

Hernán Rivera Letelier

Hombres que llegan a un pueblo



Índice

Cubierta

Un hombre llega a Altagracia

Epílogo

Un hombre llega a Tricolor

Un hombre llega a Los Dones

De fotografías perdidas y halladas I

De fotografías perdidas y halladas II

De fotografías perdidas y halladas III

De fotografías perdidas y halladas IV

De fotografías perdidas y halladas V

De fotografías perdidas y halladas VI

Créditos

Un hombre llega a Altagracia

*¿Y si un trozo de madera descubre
que es un violín?*

Arthur Rimbaud

Ahí va Tristán el Triste, profesor de música y genio del violín, aunque él no lo acepte. Ahí va tranqueando en pleno desierto, siguiendo una ardiente huella de tierra camino a su confinamiento.

Es pasado el mediodía y en el aire no flamea una hilacha de viento.

Sobre su cabeza el sol es una piedra en llamas.

* * *

Veintitrés años, huérfano de padres y fanático de Paganini, Tristán San Martín es un solitario, un silencioso, un soñador, pero sobre todo un triste. No por nada le dicen Tristán el Triste.

Y tiene un violín.

Antes de conocer a Margarita, él decía que su tristeza era más bien lírica; su silencio, un violín dormido; su soledad, casi un retiro espiritual. Ahora, tras la felonía de la maligna, afirma que su tristeza se volvió prosaica; su silencio, un violín muerto; su soledad, un pesado tren de carga.

* * *

Y es que Tristán el Triste, hasta hace poco, tenía una vida, tenía un amor, tenía un violín. Hoy le queda solo el violín. Instrumento que lleva a todos lados y al que le habla como otros hablan a su mascota.

«Un violín francés, de construcción en serie y acabado artesanal. Su diseño está basado en un modelo de Andrea Amati, de 1630. Y caracterizado por su estrecha silueta, por sus tapas muy planas y su dulce sonoridad». Todo esto había dicho el embajador francés al micrófono antes de entregárselo como primer premio en el primer concurso de violín auspiciado por la embajada de Francia. Tristán fue premiado como el mejor violinista del año cuando recién cumplía los diecisiete. Pero a él aún le daba rubor que lo llamaran violinista.

«Violinista, Paganini», decía.

Gracias a ese concurso Tristán pudo cambiar el violín que su madre le había comprado, de segunda o tercera mano, el día en que cumplía siete años. El mejor regalo que recibió antes de que sus padres sufrieran el accidente automovilístico.

* * *

En mitad del desierto, encandilado por esas llanuras interminables, Tristán se ha detenido un

momento en su camino al destierro.

A pesar del calor que resquebraja las piedras, él está maravillado. Y es que el aire en este desierto es tan limpio y transparente que a simple vista permite ver a más de ochenta kilómetros de distancia. En un momento deja su mochila en la huella y sube a un pequeño montículo, se hace visera con las manos y da una mirada en trescientos sesenta grados: el pavoroso círculo del horizonte —un horizonte mondo y lirondo— le hace percibir el vértigo de la redondez de la Tierra. Totalmente encendido, se dice a sí mismo que justo aquí deberían de traer a los idiotas que aún creen que la Tierra es plana.

* * *

«Después de la maligna, el diluvio», habría dicho Tristán antes de partir. Y es que, tras la puñalada en el corazón, él no sabía qué hacer para no trastornarse, para no morir de ese mal de amor. ¿Encerrarse? ¿Desaparecer? ¿Irse a otro planeta?

Por eso había dejado la metrópoli y había partido en busca de un lugar con menos fandango. Más afín con su tristeza, más acorde con su silencio, más coherente con su soledad. Un lugar donde no tuviera que oír nunca más ese canturreo nefasto: «Me quiere mucho, poquito, nada».

Un lugar, violín mío, donde nadie sepa quién soy. Donde no florezcan margaritas.

O sea, otro planeta.

* * *

La idea de irse a un planeta deshabitado pataleaba en la cabeza de Tristán.

No quería volver a enamorarse.

Y para eso debía dejar la ciudad, huir de lo populoso, de las multitudes, de la posibilidad latente de que un día cualquiera, en medio de un gentío, la Tentación lo tomara por sorpresa y le presentara a fulana, o que, de improviso, pasado un tiempo, la Tentación lo llamara por teléfono con la voz dulce de zutana, o que una tarde de otoño alguien de pronto le cubriera la vista y le preguntara: adivina quién soy, y fuera la mismísima mengana paseando a la Tentación con una cadenita de perro. Entonces Cupido, siempre al aguaite, volvería a ensartarle la flecha en el culo.

Mientras planeaba su marcha, retomó su violín (encerrado en su estuche desde el día de la puñalada) y se obligó a ensayar hasta cortar las cuerdas. Intentaba borrar el recuerdo de la maligna con música, eludir esas ráfagas de felicidad vividas con ella que no lo dejaban concentrarse. Pero se hallaba tocando una sonata y, de pronto, ¡zaz!, se veía de su mano corriendo por los senderos del Parque Forestal, comprando barquillos de helado, tendiéndose en el pasto húmedo, besándose, riendo y jugando como dos niños recién escapados de un orfanato.

Para defenderse de esas ráfagas, Tristán alzó una casamata en su memoria y, parapetado en

ella, respondía con balas de malos recuerdos. Su mueca de fastidio, por ejemplo, cuando lo veía aparecer con su violín al hombro. O cuando con cierta perversidad se lo escondía sabiendo la angustia que le producía no tener su violín para ensayar. O cuando aparecía con margaritas prendidas en los crespos de su melena rubia y, en medio de sus encuentros, en el momento menos adecuado, desprendía la flor de su pelo y, como una enajenada, se ponía a arrancarle los pétalos uno a uno, mientras iba recitando la maldita tonadilla: «Me quiere mucho, poquito, nada. Me quiere mucho, poquito...».

* * *

Tristán el Triste compró un montón de mapas de distintos tamaños y formas. Mapas del país, mapas de regiones, mapas de pueblos. Y se puso a estudiarlos como si fueran mapas estelares.

Lupa en mano, se pasó la noche en vela marcando puntos, apuntando distancias y subrayando nombres, no de grandes ciudades, sino sobre todo de pueblecitos y caseríos dejados de la mano de Dios. Todo lo marcado lo halló hacia el sur o hacia el norte. Esa noche Tristán descubrió que este país, de tan flaco, no tenía este ni oeste.

Al amanecer se quedó dormido con un mapa regional en las manos, con el índice apuntando a un extenso territorio coloreado en café. Estaba decidido, su escondrijo sería en el norte, específicamente el desierto de Atacama.

Suspendido en un estado de gracia, sintiéndose liviano como el aire, se desprendió de todas las cosas materiales que devendrían en lastre para su escape. Vendió lo que pudo, regaló lo demás y compró un pasaje en el tren Longitudinal Norte. El boleto decía: «Pasaje La Calera – Iquique, 23 de enero de 1961 a las 16.00 horas».

Era solo de ida.

Y lo compró hasta Iquique, destino final del tren. Sin embargo, el plan, para que nadie pudiera encontrarlo, era bajarse en pleno desierto, en el pueblito más perdido que hallara a su paso.

Allí se refugiaría.

Viviría como un anacoreta.

* * *

Quince días después de la puñalada de la maligna, el lunes 23 de enero, a las 13 horas, Tristán abordó el tren que iba desde la estación Mapocho hasta La Calera. Allí debía hacer el transbordo al tren Longitudinal Norte, el Longino, como lo llamaba la gente. En este tren de trocha angosta, en un duro coche de tercera, Tristán emprendió el viaje que cambiaría su vida para siempre.

El tren era lento como un planeta y paraba en cada una de las estaciones. En los mil setecientos kilómetros hasta Iquique, sumaban ciento cuarenta y dos las estaciones, según un

dato hallado en uno de los mapas. En todas subían pasajeros y nadie bajaba. Los coches se fueron sobrellenando.

Al amanecer de la primera noche, el tren comenzaba a dejar atrás los campos con vaquitas y labriegos encorvados, y se iba internando en los territorios en donde la marabunta del desierto, en su voraz avance hacia el sur de la patria, había llegado arrasando con todo lo verde. Y ya a la hora del mediodía el paisaje era una gran peladera que parecía no terminar nunca.

Como si hubieran pegado una foto del desierto en las ventanillas, el paisaje no variaba, y daba la impresión de que el tren no avanzaba un carajo.

Todo eso fue compensado en la segunda noche, cuando el tren horadaba la oscuridad del desierto. Bastó que un pasajero se fijara en la luminosidad del cielo para que todos los demás se acercaran a las ventanillas a maravillarse del formidable espectáculo que regalaban los diáfanos cielos del norte.

* * *

Tristán no estaba de ánimo para mirar estrellitas. Desde que abordara el tren, el día anterior, la imagen de la maligna se había adherido a su memoria, lo mismo que el paisaje a las ventanillas del tren. Ahora mismo venía recordando la tarde de su última cita frente al Museo de Bellas Artes. La encontró extraña ¿o era el cielo color aluminio que le daba ese aspecto asonambulado? No quiso correr de la mano por el parque, no quiso comer helado, no quiso tenderse en el pasto. Al final optaron por sentarse señorilmente en un escaño. No habían transcurrido ni diez minutos hablando nimiedades, cuando de súbito se desprendió la margarita del pelo y, más trastornada que nunca, comenzó su masacre de pétalos, mientras entonaba la cantinela, ahora trastocada: «Lo quiero mucho, poquito, nada. Lo quiero mucho, poquito...». Cuando el último pétalo cercenado dijo *nada*, ella se paró y con toda calma, pero con una mueca dura en su cara, le dio el navajazo:

—Estoy enamorada de otro —dijo.

Él quedó como atontado.

Entonces, no conforme con eso, le revolvió el filo en sus entrañas:

—Enamorada y embarazada —enfaticó.

Cada vez que recordaba esa escena se le oprimía el pecho y soltaba algunos lagrimones. Para que eso no ocurriera ahora en el coche, Tristán sacudió la cabeza como lo hace un perro mojado: ¡Basta!, se dijo, y se puso a contemplar el cielo al igual que los demás. Y como todos, se maravilló de esos firmamentos nortinos con sus millones de cuerpos celestes que parecían estar al alcance de la mano.

* * *

Inspirado por esa visión estelar, tomó su estuche y, con la delicadeza de una madre recién parida, hablándole despacito, procedió a sacar su violín. Una pasajera sentada frente a él le preguntó por qué le hablaba a su instrumento como si fuera un ser vivo.

—Los violines tienen alma, señora mía —dijo Tristán.

En ese momento el tren subía lastimosamente una vasta colina de arena. Tan lento avanzaba que algunos pasajeros, para estirar las piernas, se bajaban a caminar junto a los coches. Y aunque Tristán sabía que no era conveniente hacerlo, se paró, acomodó su instrumento entre el hombro y el mentón, hizo un leve afinamiento, tensó un poco las cuerdas y se puso a tocar una sonata de Paganini.

Ante el sortilegio de la música, el clima del vagón cambió, los pasajeros dejaron de charlar o de comer o de dormir, para admirar el frenesí con que Tristán tocaba su violín, paseándose y retorciéndose por el pasillo. Los que habían bajado a caminar subieron y, ahí, todos amontonados, sobrecogidos de emoción, escucharon con respetuoso silencio, como si fuera música sacra. Algunas mujeres lagrimearon.

* * *

Al amanecer de la tercera jornada, el bramido ronco de la locomotora pasando por una estación abandonada indicaba que ya habían entrado en lo más duro del desierto: la pampa salitrera, los territorios coronados de historias sangrientas.

Desmadejados de aburrimiento, con sus caras terrosas y sus ropas marchitas, los pasajeros se pegaban a las ventanillas tratando de abstraerse de la pestilencia de los baños ya colapsados, del humo de la locomotora colándose en los vagones y de la incomodidad de sus asientos de palo. Por no hablar del monótono traqueteo de su marcha interminable, ese trac trac que iba horadando el cráneo como una tortura china.

A media mañana, el paisaje dejó de ser estático como una fotografía. Ya no daba la impresión de que el tren estuviera quieto. Ahora, atravesando estas comarcas de salitre, cada tanto aparecían cementerios olvidados y restos de oficinas salitreras que, con sus tortas de ripio y sus grandes usinas apagadas, semejabán barcos encallados en la arena.

* * *

Cerca de las doce del día el tren se detuvo en una pequeña estación situada en medio de la nada. La vieja locomotora a carbón jadeaba como una mula, parecía a punto de reventar de sed. ¿Por qué habremos parado en estas peladeras?, preguntaban algunos. Aquí la locomotora se reabastece de agua, decían los más avisados.

El coche de Tristán era el penúltimo en un convoy de nueve vagones. En la pequeña estación

no bajó ni subió ningún pasajero. En el andén nadie esperaba a nadie. Salvo un anciano sentado en el único banco del pequeño andén y que, pese al calor de perro, vestía un anacrónico terno negro a rayas, chaleco de fantasía incluido, y zapatos de charol. Frente al anciano se alcanzaba a ver un letrero con letras de madera: Estación Mirage. Tristán había estudiado algo de francés y tradujo al instante: Estación Espejismo.

Entusiasmado por el nombre de la estación, Tristán bajó a mirar el entorno.

Era mediodía.

La hora sin sombra del desierto.

El panorama que se abría ante sus ojos era alucinante: bajo el cielo de un azul pavoroso, el desierto con su color de lagarto y sus piedras rajadas por el calor se extendía más allá del horizonte de cerros pelados.

En verdad no me equivoqué, se dijo Tristán.

Esto es otro planeta.

* * *

En un instante, haciéndose visera con las manos, giró la vista hacia el oriente y entonces las vio: las casitas a lo lejos parecían tórtolas echadas. Quiso preguntarle al anciano del terno a rayas qué pueblo era ese, pero había desaparecido. No se veía por ningún lado. ¿Fue un espejismo, o el agotamiento del viaje lo estaba haciendo ver fantasmas?

Le preguntó al inspector del tren. Se llama Altagracia, indicó el hombre. Y es una oficina salitrera. A Tristán le pareció el pueblito más desamparado de la tierra.

Este es el lugar, dijo a su violín.

Seguro que aquí no crecen margaritas.

* * *

Tristán bebió un trago de agua de su cantimplora recién abastecida en la estación. Se mojó un poco la nuca. Miró al cielo. En estos páramos ardientes, y a estas horas del día, un hombre daría cualquier cosa por una sombrita de nube. Pero se conformó con sacar la última naranja de su mochila, y siguió su camino pelándola con los dientes.

A la entrada del pueblo (no le calzaba llamarlo oficina) le extrañó no oír ladridos de perros ni gritos de niños jugando, que es lo primero que ve y oye el forastero a la entrada de los pueblos chicos. Al internarse por la que parecía ser su calle principal, de tierra, lo sobrecogió la sensación de estar entrando a un lugar no sabía si sagrado o maldecido.

Las casas no tenían puertas ni ventanas, algunas ni techumbre. Con un desasosiego en el pecho, se oyó decir: «Aquí no hay nadie». Luego, recordando lo leído sobre las matanzas de

obreros habidas en las salitreras, imaginó que este podía ser uno de esos fatídicos lugares donde los habían matado a todos.

* * *

Al adentrarse en el pueblo, Tristán se iba dando cuenta de que el tiempo, el silencio y la soledad eran los únicos habitantes. Con el alma en puntillas llegó al lugar en que había estado la plaza. Solo rastros quedaban. Algunos derruidos escaños de piedra, un esqueleto de algarrobo crispado por el sol, unas cadenas de columpios colgando de un oxidado arco de fierro. Sin embargo, en medio de estos vestigios, el kiosco de la música se veía intacto, y era lo único que le daba licencia de plaza a este terreno baldío.

El sol rugía sobre su cabeza. Como una araña negra, la sombra recién comenzaba a salir por debajo de las piedras. Tristán pensó que el mejor lugar para almorzar era en los altos del kiosco. Una vez arriba, revisó su mochila: le quedaba un pan con mortadela y un kilo de harina tostada. El pan sería su almuerzo.

Se sentó en el piso, apoyó la cabeza en una de las vigas de madera y cerró un momento los ojos, como si estuviera rezando. Luego, con toda la parsimonia del mundo, comenzó a desenvolver el pan, lo tomó con las dos manos, lo examinó por unos segundos, como buscando el punto exacto donde darle la mordida. De ahí en adelante, después de cada mordisco, se quedaba mirando un punto en el aire, mientras masticaba, deglutía y tragaba, todo con una sincronización de reloj suizo.

Saboreando cada miguita, sin dejar caer una sola al piso, Tristán terminó de comer ese pan con mortadela como si hubiese sido su último deseo antes de ser ajusticiado.

Luego se acomodó para hacer la siesta.

* * *

Tendido de espaldas en el piso de madera, las manos enlazadas sobre el pecho, y a su lado, como si fuera su mujer, el violín, Tristán se preguntaba qué iba a hacer ahora. ¿Se iría a la carretera de inmediato? ¿Se quedaría a dormir aquí para partir mañana? Ya con los ojos cerrados pensó en cómo sería tocar un concierto de violín en un escenario como este: en los altos de un viejo kiosco de madera subsistiendo en medio de la plaza de un pueblo fantasma, en mitad del desierto más inhóspito del mundo. Debe de ser algo fantástico, se dijo. Lo tengo que hacer.

Ya en el limbo del entresueño se le apareció la maligna. Sin poder abrir los párpados, no sabía si estaba soñando o recordando el momento en que la conoció. Había sido en la terraza de un café, cerca del Museo de Bellas Artes. No había mesas libres y ella estaba sola, ocupando una con dos sillas. Se veía preciosa con su blusita blanca, su naricilla altiva y una margarita prendida

en el pelo rubio. Él andaba con su violín al hombro y su larga melena negra peinada al viento. ¿Me puedo sentar contigo? Ella le dio una mirada de entomóloga. Luego dijo:

—Si adivinas mi nombre.

Por la flor que llevaba en su pelo, él respondió:

—Margarita.

Ella le tiró encima el linaje de sus dos apellidos: Margarita Echaurren Valdivieso, dijo.

Se quedó dormido...

* * *

Tristán abrió los ojos. Demoró varios segundos en darse cuenta dónde estaba. El cielo atardecido le decía que ya no era hora de salir a la carretera. Tendré que quedarme a dormir aquí, se dijo. Pero qué problema se hacía si todas las casas del pueblo estaban a su disposición.

Se puso de pie. Desde los altos del kiosco alcanzaba a ver la techumbre de las cinco calles que componían la oficina. Hacia el lado sur, más allá de las casas, solo pampa, peladeras, nada. Hacia el norte, lo mismo. Al este, la planta con sus talleres desmantelados, sus maquinarias oxidadas, dos usinas gigantescas y, detrás, la característica torta de ripios. Al oeste destacaba una casa grande, con cancha de tenis, que debió haber sido ocupada por el administrador en los tiempos de esplendor del salitre (ahí dormiré, se dijo). Más allá de la casa se veía la estación del tren, y más atrás un grandioso crepúsculo a medio cielo.

Sacó su violín del estuche.

* * *

Tocar en este anfiteatro será como tocarle al universo, pensó Tristán en voz alta. El desierto lo llenaba de energía. Se sentía capaz de llevar el violín hasta los límites de sus posibilidades. Buscó en el repertorio de su memoria un autor y una obra que estuvieran a la altura del escenario. Y, claro, no podía ser nadie más que Paganini. Y la pieza a tocar: «Capricho para violín solo N° 5», una de las sonatas más bellas y difíciles de interpretar. Todo un reto para cualquier concertista profesional; más todavía para un músico como él, recién salido del conservatorio, aunque graduado con las más altas calificaciones y cuyos maestros respiraron aliviados al verlo partir. Es difícil hacerle clase a un genio, decían algunos.

* * *

De cara al crepúsculo, Tristán acomoda su violín entre hombro y mentón y le susurra:

—Aunque yo no soy Paganini ni tú un Guarnerius, y hemos tratado cien veces de alcanzar la

perfección técnica que requiere esta pieza, ahora y aquí lo intentaremos de nuevo.

Alza el arco y empieza a tocar.

Enfebrecido, gestual, fáustico, con sus mechones de pelo negro caídos sobre la cara, investido por el reflejo del crepúsculo, Tristán toca el violín de forma precisa, rápida, violenta. A ratos con suavidad de seda, a ratos como aporreándolo. Da la impresión de que su violín en cualquier instante podría estallar de pura música. Siempre que interpreta a Paganini, Tristán sufre esa especie de transfiguración que parece conectarlo con el mismísimo «violinista del diablo».

Y corre y brinca y retuerce su cuerpo como un poseso. En los momentos más rápidos, su mano diestra hace rebotar el arco sobre las cuerdas, dando repentinos saltos de una nota baja a una alta, o de una alta a una baja. Y en el pizzicato los dedos de su mano izquierda digitan tan rápido como el aletear de un colibrí.

Sin dejar de contorsionarse, al borde de llegar a los dos minutos y cuatro segundos que dura la pieza, se le rompe una cuerda. Tristán no se inmuta, sigue tocando (en una milésima de segundo recuerda que a Paganini se le cortaron tres cuerdas y terminó de tocar la pieza con una). Cuando la última nota se desprende de su violín y salta como una chispa en el clima fantasmagórico de este pueblo desamparado, oye que alguien lo aplaude.

Siente el zigzaguo de un escalofrío.

Mira hacia abajo: un hombre vestido de negro le hace una reverencia.

* * *

Por el lado oeste, el crepúsculo ya había consumido sus últimos rescoldos. Por el lado este, resbalando por la pendiente de la torta de ripios, un lento alud de negrura bajaba cubriendo el pueblo. Anochece en Altagracia.

Tristán en los altos del kiosco, luego de guardar su violín, dejaba correr el tiempo ordenando la mochila sin necesidad. Se suponía que él estaba solo en un pueblo abandonado, y de pronto se le aparecía un hombre de negro. ¿No será que el sortilegio de la música de Paganini había atraído al diablo? Dos estremecimientos pugnaban en su interior: uno de júbilo porque sentía haber hecho su mejor interpretación del «Capricho». El otro, de miedo. Tristán recuerda que de adolescente muchas veces imaginó hacer un pacto con el diablo, como Paganini. Y ahora ya se hacía en los pantalones. Al fin se decidió. Con el violín en una mano y la mochila en la otra, comenzó a bajar despacio, peldaño a peldaño.

El hombre lo esperaba al pie de la escalera. Vestía un viejo abrigo negro, largo hasta las rodillas y sus zapatos, también negros pese a la tierra de las calles, lucían brillantes. Era alto, huesudo, nariz encorvada y mirada inquisidora. Sin embargo, lo que inquietó a Tristán fue su palidez cadavérica y esas dos arrugas en su ceño semejantes a las *ff* de los violines. Cuando habló, su voz ronca pareció salir de su esófago.

—¿Paganini? —preguntó.

—¿Qué?

—Que si era Paganini a quien tocaba.

—Sí, claro —dijo Tristán, sorprendido.

—Ajá.

—¿Le gusta la música de Paganini?

—Nunca la había oído hasta ahora en que usted me dice que lo que acaba de tocar es de Paganini.

—¿Y cómo supo que era de Paganini?

—Porque usted tiene un parecido físico a él.

—¿Usted qué sabe de Paganini?

En la mirada del hombre relumbró el chispazo propio del fanático.

—Mire, joven, si usted me está preguntando qué sé yo de Niccolò Paganini Bocciardo, el violinista italiano más famoso del mundo, el violinista del que se aseguraba tenía pacto con el diablo, el violinista irrepitible que en un concierto en París llegó a tocar su famoso «Moto Perpetuo, Op. 11» a la increíble velocidad de doce notas por segundo, si usted, joven, se refiere a ese Paganini, entonces sí, algo sé de él.

Intrigado, Tristán quiso seguir preguntando, pero el hombre alzó la mano. Si iban a seguir con el tema Paganini, era mejor que fueran a su casa.

Lo invitó a tomar el té.

* * *

Aquí vivo yo, dijo el hombre frente a la casa grande con cancha de tenis. Al oírlo hablar, dos bultos negros salieron de la oscuridad del porche y lo recibieron con restriegues y gemidos. Estaba tan oscuro que no se veían las manos. Tristán supuso que eran perros aunque no ladraban. El hombre apenas murmuró «a dormir» y los bultos negros desaparecieron.

De un bolsillo de su viejo abrigo negro, largo hasta las rodillas, extrajo una linterna, apuntó el chorro de luz hacia arriba, y descolgó un artilugio pendido de un clavo en el alero. Era una lámpara de carburo. De otro bolsillo sacó una cajita de fósforos. Luego de poner el carburo en el depósito de abajo y el agua en el de arriba, encendió uno y lo arrimó al quemador.

Fue un lamparazo de incandescencia.

En los dos segundos que el anciano demoró en calibrar la llama, Tristán alcanzó a ver a un costado del porche algo así como una junta de cachivaches antiguos.

* * *

Bienvenido a mi mansión, dijo el hombre, y entró a la casa con la lámpara en alto. A Tristán el fuerte olor a carburo le quedó aleteando en las narices.

Es pegajoso como el olor a azufre, pensó.

La casa por fuera se veía imponente, por dentro daba la impresión de haber sido el epicentro de un terremoto. La amplia sala que ocupaba el hombre era la parte habitable de la casa. Su piso era de madera, tal como el techo, que estaba construido con recias vigas a la vista. Todo de pino Oregón. El hombre colgó la lámpara en un gancho dispuesto en la viga central.

—Acomódese por ahí nomás, joven. Yo haré hervir agua.

Tristán se desprendió de la mochila, apoyó su violín en ella y se dejó caer en un sillón de cuero café tan desvencijado que quedó totalmente hundido. Desde las profundidades del sillón, hizo funcionar su periscopio: la sala, pintada de blanco, tenía tres ventanales a la calle y, a vuelo de pájaro, le calculó una amplitud de ocho metros por lado. El amoblado era exiguo, por no decir miserable. El rincón izquierdo era el lugar de la cocina. Allí estaba el anciano ahora mismo encendiendo un pequeño anafre de parafina y poniendo al fuego una tetera tan negra como su abrigo. A un costado del anafre había dos tambores de aceite —de esos de doscientos litros—, para almacenar el agua. Esto lo supo Tristán porque vio al hombre verterla en la tetera desde uno de ellos. Había además un mueble construido a puro serrucho y martillo, en donde se guardaban los utensilios de cocina. El amueblado lo completaba una mesa de madera con dos sillas tan toscas como el mueble aparador.

Desde la entrada a la derecha estaba el living: una mesita de centro artesanal y dos desvencijados sillones de cuero café que, en su tiempo, debieron haber sido todo un lujo. El rincón del fondo era el dormitorio. Allí campeaba un catre de fierro forjado, un cajón de dinamita como velador y, a los pies del catre, tres maletas de madera apiladas una sobre otra.

En el rincón del fondo, a la izquierda, un cuartito hecho de material ligero desentonaba claramente con el resto de la construcción. El cuarto, que bien podía ser una bodega, no tenía más de tres metros de ancho por cuatro de largo. Un candado resguardando su pequeña puerta le agregaba un unto de misterio. Para Tristán se convirtió en el cuarto misterioso.

* * *

El hombre, sin sacarse el abrigo ni aceptar ayuda de su invitado, puso pan y queso en la mesa, preparó dos tazones, dejó caer un puñado de té a granel en cada uno, vertió en ellos el agua hervida, y el té estaba servido.

Los dos adictos al silencio se sentaron a la mesa, uno frente al otro, sin hablar. A ratos se miraban de reojo, pero no se decían nada. Terminado su té, Tristán esperó otro rato mirando el techo, al final dio las gracias y dijo que en la plaza no había quedado conforme o no había entendido la respuesta a una pregunta suya.

—Ajá, diga usted.

—¿Cómo supo que era una pieza de Paganini si nunca había oído su música?

El anciano se paró de la mesa, hizo un gesto con las manos como pidiendo paciencia y retiró los tazones.

—Si vamos a seguir charlando sobre Paganini será mejor que nos sentemos en el living.

* * *

Hundidos cada uno en su sillón, frente a frente, el anciano sacó de un bolsillo interior de su viejo abrigo negro, largo hasta las rodillas, una cajetilla de Particulares. De otro bolsillo sacó la cajita de fósforos, encendió un cigarrillo, se echó para atrás en el sillón y exhaló el humo en tres argollas perfectas. Entonces se dio cuenta de su mala educación al no ofrecerle un cigarrillo a la visita.

—No fumo, gracias —dijo Tristán.

El anciano se disculpó:

—La costumbre de estar solo, y por tantos años.

—¿Cuántos años?

—Veinte. Y respecto de su pregunta, joven, le debo decir que lo hallé parecido a Paganini no solo en lo físico, sino por la rapidez con que interpretó la pieza, que parecía ser muy complicada, por cómo hacía rebotar el arco sobre las cuerdas, por sus brincos, sus contorsiones, su pelo negro caído sobre la cara. Todo eso junto lo hace parecerse a Paganini. Y para rematar el cuadro, los últimos rayos del crepúsculo lo iluminaban de tal forma que, desde abajo, no se sabía si el que tocaba el violín allá arriba era ángel o demonio. Lo mismo que ocurría con Paganini.

* * *

—Por los detalles que me cuenta, don, cualquiera diría que usted tuvo la suerte de conocer a Paganini en persona. ¿Es así?

El hombre guardó silencio, se arregló el cuello del abrigo como si le incomodara, y una desvaída sonrisita le arrugó la cara remarcándole las *ff* de los violines en el entrecejo.

—Buen intento ¿eh? —dijo—. Ojalá lo hubiese conocido. Pero no, no soy tan viejo.

—Cómo puede, entonces, dar detalles tan precisos de Paganini, como eso de hacer rebotar el arco sobre las cuerdas, de sus gestos y contorsiones mientras tocaba, y lo de los mechones de pelo negro cayéndole sobre la cara, si nunca lo vio tocar en persona.

—A ver, joven, permítame hacerle yo ahora una pregunta a usted. ¿Todo lo que he dicho de Paganini es verdadero o es creación mía?

—Eso es lo increíble, que todo es cierto.

El anciano dibujó de nuevo su sonrisita desvaída y dijo:

—¿Y cómo sabe usted que es cierto? ¿Acaso vio tocar alguna vez a Paganini?

Tristán se dio cuenta de lo que quiso decirle el hombre: si yo lo aprendí en las aulas, ¿por qué él no podría haberlo aprendido por su cuenta, nada más que leyendo? Por su vocabulario se notaba que era un gran lector.

—¿Usted toca el violín, don?

—No.

—¿Y cómo puede reconocer una buena interpretación de otra mediocre?

El anciano acercó su cara a la de Tristán y, como si le estuviera entregando un secreto, le susurró:

—Porque con respecto al violín, jovencito, hay solo dos posibilidades: se es sublime o se es execrable. Y usted execrable no es.

—Ajá —lo imitó Tristán.

* * *

Tristán ya no sabía qué pensar. El hombre enfrente suyo, con el que estaba solo en un pueblo abandonado, en pleno desierto y en mitad de la noche, bien podría ser un loco ilustrado, el fantasma de Paganini o el mismísimo diablo en persona. En ese momento la puerta se abrió de golpe y Tristán llegó a rebotar en el sillón del susto.

Eran dos perros negros.

Uno más negro que el otro.

—Estos ya tienen hambre —dijo el anciano. Y sin chasquear los dedos, sin voz de mando ni tono autoritario, incluso sin mirarlos, les dijo que esperaran afuera. Los perros de inmediato dieron media vuelta, cabizbajos, y salieron, pero solo hasta la puerta, ahí se detuvieron, torcieron la cabeza y lo quedaron mirando. El hombre fue hasta el rincón de la cocina y volvió con una olla tan negra como la tetera. Les dejó la olla en el porche y volvió a hundirse en el sillón.

Sacó de nuevo la cajetilla de Particulares. Dio la primera pitada y, tras exhalar las tres argollas, el anciano cambió de tema.

—Los hallé cachorritos en la puerta de la iglesia. Los dejaron en una caja de zapatos. Nunca han ladrado. Para mí fue una suerte porque, de tantos años solo, se me estaba olvidando hablar. Ahora hablo con ellos de cualquier tema, les cuento mentiras, les invento chistes. Ellos paran la oreja, me escuchan. Eso sí, trato de no hacerles preguntas, pues cuando se las he hecho me han quedado mirando fijo a los ojos con sus ojos brillosos y he sentido el pavor atávico de que estaban a punto de contestarme.

* * *

—¿Cómo se llaman? —preguntó Tristán, solo por preguntar.

—¿Quiénes?

—Los perros. ¿Tienen nombre?

—¿No cree usted, jovencito —dijo con gravedad pedagógica el anciano—, que en honor al Manual de Carreño deberíamos presentarnos primero nosotros? Aún no nos hemos dicho ni los nombres.

Tristán le dio la razón y se presentó:

—Mi nombre es Tristán San Martín, me dicen Tristán el Triste. Vengo de la capital, soy un profesor de música que aún no ha ejercido. Por ahora, me veo como un músico errante.

—Tristán el Triste —repitió el anciano—. Buen nombre para un virtuoso del violín.

—¿Y usted? —preguntó con cierto julepe Tristán.

Mi nombre es Luzbel o Lucifer o Satanás o como diantres quiera usted llamarme. Aunque Diantres es otro de mis nombres. En su fijación por el diablo, así imagina Tristán que le va a responder el anciano.

Tras un rato de silencio, el hombre giró la cabeza para toser, escupió, levantó la barbilla y con su voz ronca, salida de sus entrañas, dijo:

—Me llamo Ursicinio.

Tristán nunca había oído ese nombre. Se quedó pensando: ¿será otro nombre del diablo?

* * *

Luego de presentarse, el anciano volvió a enmudecer. Tristán tuvo la impresión de que no le agradaba decir su nombre. Que le gustaría volverse anónimo.

Para sacarlo de su ensimismamiento, le preguntó, en tono conciliatorio:

—¿Y los perros?

—Y los perros qué —se sobresaltó el anciano.

—¿Cómo se llaman?

Don Ursicinio suspiró resignado:

—Uno se llama 27 de Octubre y el otro, el más negro, 27 de Mayo.

Tristán quedó pasmado. ¿No lo estará vacilando el viejito? Tras un rato de silencio, preguntó cauteloso si las fechas habían sido elegidas al azar o tenían algo que ver con los perros. Que no, dijo don Ursicinio, que esas eran las fechas de nacimiento y de muerte de Niccolò Paganini. Que en paz descanse.

Ante la extrañeza de Tristán, que se lo quedó viendo como a un extraterrestre, el anciano dijo, con cierto unto de ironía en su tono, que no le agregó el año pertinente a cada fecha solo porque como nombres quedarían demasiado largos.

—Como nombres de perro, digo.

* * *

Tras el silencio que se instaló entre ellos, como un tabique de cristal, don Ursicinio se removió en su sillón y de un bolsillo de su viejo abrigo negro, largo hasta las rodillas, sacó un Longines:

—Van a ser las doce de la noche.

Tristán, que había comenzado a cabecear, se enderezó sobresaltado.

—Prepárese una cama juntando los dos sillones —dijo el anciano.

—Tengo saco de dormir, gracias.

—Como usted quiera, joven, solo le recomiendo que no ponga su saco en el suelo. Hay una plaga de pericotes que en las noches se meten por todos lados, y se lo pueden comer vivo, con saco y todo —descolgó la lámpara de la viga—. Ahora tengo que salir. Ahí le dejo una vela y fósforos.

Tristán le dio las gracias. Que mañana seguiría su camino, dijo. Y como la carretera estaba más o menos lejos, lo haría lo más temprano posible.

—Eso para capear el sol, usted sabe.

El anciano salió sin decir nada.

* * *

Apenas don Ursicinio traspasó la puerta, Tristán se abalanzó sobre su mochila. De uno de sus bolsillos internos sacó un puñal y una linterna.

La noche era negra como el abrigo de don Ursicinio que, iluminado por su lámpara, caminaba de forma apacible, como si de un paseo se tratara. Sus perros, uno a cada lado, lo acompañaban silenciosos como la noche.

La mayoría de las casas no tenían puertas, de modo que Tristán, con el corazón martillándole el pecho, lo siguió escondiéndose de casa en casa.

Al pasar frente al kiosco de la música, el anciano alzó su lámpara como para iluminar los altos. Luego siguió caminando. Tristán lo seguía a corta distancia. Lo vio llegar al arco de entrada de la iglesia, lo oyó ordenar a los perros que se quedaran afuera y, con su lámpara en ristre, lo vio entrar a lo que quedaba de la iglesia.

* * *

¿Por qué a la iglesia? ¿Por qué a medianoche? ¿Qué va a hacer ahí? Como era arriesgado seguirlo hasta la iglesia, Tristán se devolvió. Pero ahora caminando por el medio de la calle, como lo hacía el anciano. Ni loco volver a entrar a una de esas casas. Ni siquiera acercarse mucho, pues en cada una de las que se escondió había tenido la sensación de sentir gente en las

otras habitaciones. Escuchó murmullos, ruidos de platos, sintió toser a alguien muy enfermo. Incluso en una oyó el llanto de una guagua. De esa salió corriendo. ¿Por qué causará tanto pavor el llanto de una guagua, de noche y en un lugar solitario? Treinta minutos más tarde, cuando el anciano volvió, Tristán ya había juntado los sillones, dispuesto su saco de dormir sobre ellos, y yacía en posición fetal.

—Qué bien, me hizo caso —dijo don Ursicinio—. Que tenga un buen dormir.

Antes de volver a cerrar los ojos, Tristán alcanzó a ver que debajo del abrigo el anciano vestía un traje impecable, con chaleco y todo. Lo que inquietó a Tristán fue el bate que sacó del interior de su abrigo y dejó junto a su cama.

Él tenía su puñal envainado en la juntura de su sillón de cabecera. Bien a la mano.

Se durmió inquieto.

* * *

En mitad de la noche, mientras chapoteaba en un sueño intranquilo, Tristán fue despertado por unas notas de violín que resonaron limpias en sus oídos. ¿Alguien le había sacado su violín? ¿Lo habría prestado él? No. Nunca. Su violín era algo sagrado. Abrió los ojos: la casa estaba a oscuras. Se sentó, paró la oreja: las notas eran de afinamiento y provenían del porche. Iba a levantarse para exigir una explicación cuando el intruso dejó de afinar, y lo que Tristán comenzó a oír a continuación lo dejó pasmado.

Era la misma pieza de Paganini que él había tocado en la plaza. Pero la ejecución que estaba oyendo ahora era magistral, magnífica, soberbia. Un sonido cristalino y una técnica endiabladamente perfecta. El que tocaba se había instalado junto a la ventana que daba al living —su ventana—, como para asegurarse de que él lo oyera. Entre asustado y maravillado, Tristán se dijo que si el violinista dueño de tal virtuosismo no era don Ursicinio, único ser humano en el pueblo, no podía ser nadie más que el alma del gran Niccolò Paganini. O, derechamente, el diablo en persona.

Se tapó hasta la cabeza.

* * *

Tristán despertó. La luz cruda del amanecer aún no traspasaba los vidrios de su ventana. Debían ser poco más de las seis. Muy temprano aún para salir a la carretera. Cuando iba a acomodarse para dormir otro ratito, se acordó de la música oída por la noche. Saltó del sillón a revisar su instrumento. ¿Alguien lo habrá usado?, se preguntó. Tomó el estuche, lo puso en su regazo, lo abrió y he ahí su violín: entero, exacto, incólume. Ningún daño.

—¿Todo bien con su violín?

Tristán se sobresaltó.

Don Ursicinio, sentado a la mesa esperando que hirviera la tetera, lo había estado observando todo el tiempo. Ya no llevaba el traje elegante de ayer. Ahora vestía una cotona de trabajo y unos desteñidos pantalones de mezclilla. Y en vez de sus zapatos brillosos, un par de bototos viejos.

—Todo bien, gracias.

—Venga a desayunar, joven, hay pan, queso y mortadela.

Tristán se levantó mirando al anciano con recelo. Se hacía el cucho y era un violinista extraordinario, de una técnica sobrenatural.

—Antes quisiera lavarme la cara —dijo.

El anciano le pasó un lavatorio y un pichel.

—El primer tambor está vacío, pero en el otro queda un poco agua. Creo que le alcanza.

Tristán se asomó a los tambores: por dentro estaban recubiertos por una gruesa capa de cemento, seguramente para mantener el agua fresca. Metió el pichel, y lo tuvo que raspar en el fondo para sacar algo de agua.

Salió al porche y puso el lavatorio sobre una banca arrimada a la pared. No sabía que debajo dormían los perros y le pisó la cola a uno. Imaginó un mordisco y hasta le pareció sentirlo. Pero los quiltros salieron en silencio y, mansamente, se dirigieron hacia el lote de cachureos, donde se echaron junto a una damajuana de quince litros y una carreta apoyada contra la pared.

Al verter el agua en el lavatorio, Tristán vio que estaba infectada de gusanillos. Eran decenas de pirigüines nadando felices de la vida. ¿Y con esta agua prepara el té el anciano?

Si parecían espermatozoides.

No pudo lavarse la cara. Arrojó el agua al suelo y vio que los bichitos seguían moviéndose un rato como peces fuera del agua.

* * *

Ya sentado a la mesa, Tristán dijo que hoy no tomaría té, que se comería solo el pan.

—No sabe lo que se pierde, joven, el té de Ceylán es el mejor té del mundo.

—Puede ser, don, pero igual que todos los té, son altamente diuréticos, y en la carretera, haciendo dedo, es muy incómodo andar meando a cada rato.

—Ajá.

—Y a propósito de escopeta, don Ursicinio, tengo que reconocer que usted es un genio del violín. No entiendo por qué se hace el leso.

El anciano acababa de darle un mordisco a su sándwich y, mientras comenzaba a masticar, negaba con la cabeza. Luego de tragarse el bolo con un sorbo de té, dijo que no, que él no sabía tocarlo.

—¿Acaso hay otra persona viviendo aquí?

—Que yo sepa, nadie más.

—Supongo que oyó el violín anoche.

—¿Qué violín?

—Cómo no lo iba a oír, don, si tocaron el «Capricho para violín solo N° 5» de Paganini, y con una técnica que daba miedo.

—Por si no se ha dado cuenta, joven —dijo con sosiego don Ursicinio, quizás con demasiado sosiego—, aquí usted es el único que tiene violín. Y el único que sabe tocarlo.

—¿Está seguro que usted no sabe?

—Mire, joven, si yo tocara el violín, y lo hiciera con esa técnica fabulosa que usted dice, no estaría en esta ratonera en medio de la pampa. Andaría por el mundo dando conciertos.

—¿Y por qué sabe tanto de Paganini?

—Cultura general, ya le dije —y con una candidez artificial, el anciano contrató: ¿acaso no será usted un violinista sonámbulo, jovencito?

Tristán lo miró como diciendo: no sea pendejo, don.

* * *

Después de un incómodo silencio, en que los dos se miraban de reojo, el anciano insistió:

—También puede ser que lo haya soñado.

—Puede ser —pareció entregar la oreja Tristán—. O quizás fue un alma en pena, como la guagua que oí llorar anoche.

—¿Qué historia es esa?

Que anoche, le contó Tristán, luego de que él saliera con sus perros, tuvo ganas de dar una vuelta por el pueblo, y que en una casa donde entró de puro curioso, había oído llorar a una guagua. Aquí hizo una breve pausa y remató:

—Y a usted lo vi entrar a la iglesia.

Don Ursicinio lo indagó con la mirada. Tristán se dio cuenta de que no se tragó el cuento de salir a dar una vuelta. Pareció que iba a decir algo sobre la iglesia, pero, tras un leve silencio, se quedó con el tema de la guagua. Si al jovencito le había impresionado el llanto de la guagua, tendría que saber que esa alma en pena era la más trivial de las cosas que ocurrían en este lugar. Que él llevaba un Libro de Novedades en donde anotaba todo, lo natural y lo sobrenatural, y en los años que llevaba desterrado en esta oficina ya había llenado catorce libros. Si el violinista supiera la de cosas que él había visto, oído y olido.

—Desde el llanto de la guagua, pasando por el aroma del perfume que usaba mi mujer, hasta la increíble experiencia de ver aparecer cada cierto tiempo una flota de siete discos voladores que, como bolas de fuego anaranjado, aterrizan aquí, en lo que fuera la cancha de tenis del señor

administrador. Por no decir nada de unos asaltantes de bancos que una vez llegaron a esconderse, y me tuvieron diez días secuestrado.

—Ajá. ¿No le hicieron daño?

—No, se portaron como bandidos buenos.

—Sabe qué, don —se entusiasmó Tristán—, me gustaría echar una ojeada a esos libros. Debe de haber casos y cosas que imagino interesantísimas.

Justamente por eso, le dijo don Ursicinio, el libro número quince aún estaba en blanco. Este último tiempo no había pasado nada digno de registrar.

—Nada *interesantísimo*, como dice usted —y cambiando de tema preguntó—: ¿Así que hoy parte el violinista errante?

* * *

Tristán admira en el anciano la manera de hacerle verónicas a los temas que no le convienen. Y se resigna y dice que sí, que saldrá a la carretera. Que en uno de sus mapas regionales halló que por ese lado de la pampa salitrera, llamado Cantón Central, hay varios pueblitos como ese. En alguno de ellos se quería quedar.

—¿Y de qué piensa vivir?

—No sé, quizás de profesor de música. Es lo único que sé hacer.

—Pero, ¿sabe qué?, joven Tristán, la carretera está a más de diez kilómetros de distancia, y no hay camino para ir hacia allá, solo una huella de cuando en la pampa se trabajaba con carretas tiradas por mulas. Huella que el tiempo y los remolinos han ido borrando y hoy apenas se nota. Hay largos trechos en que incluso desaparece por completo. Y eso es peligroso, pues se corre el riesgo de empamparse. Le aconsejo que mejor aguarde el próximo tren.

—¿Qué es eso de empamparse?

—Perderse en la pampa.

* * *

Tristán se quedó pensando.

—¿O sea, don, que ayer, cuando me vine caminando de la estación, pude haberme empampado?

—No, porque en este corto recorrido las casas y la estación están siempre a la vista. Pero en tramos largos, si se le pierde la huella y no hay puntos de referencias ni naturales ni contruados por el hombre, se verá de pronto en el centro de un círculo criminal, el círculo del horizonte. Los puntos cardinales se habrán difuminado. Para donde mire será lo mismo. Y comenzará a caminar a la deriva. Y si a los dos días, con sus dos noches, no lo encuentran, usted ya estará bebiendo de

su orina y quebrándose los dientes tratando de masticar el cuero de su cinturón. Todo eso sin hablar de la bandada de jotes que, oliendo la muerte, comenzará a planear en círculos sobre su cabeza, cada vez más bajo, hasta que usted ya no pueda más y quede tirado en la arena. Entonces, a una orden del rey —es el de la corona de plumas blancas en el cogote—, comenzarán a bajar, a acercarse de a poco, cerciorándose de que ya no se mueva. Y usted no se moverá, porque el frío de la noche, el calor del día, la sed y el cansancio ya lo habrán convertido en carroña para los jotes.

* * *

Tristán estaba contando que el inspector del tren le había dicho que esto era una oficina salitrera, pero que no le advirtió que estaba deshabitada.

Don Ursicinio lo sorprende de nuevo cuando le dice que lo vio hablando con el inspector.

—Es que los días de tren yo voy a la estación a ver si llega una persona que espero hace veinte años, y de paso subo a la locomotora a saludar al maquinista, que es mi amigo. Además, ayer me traía un encargo que le hice la semana pasada. Por eso tenemos pan, queso, jamón, té a granel y hasta cigarrillos. Y ya mañana viene el camión que me trae los víveres para la quincena.

Tristán quiere preguntarle a quién espera desde hace veinte años, pero se contiene y termina preguntando de dónde le traían los víveres.

De Pedro de Valdivia, le cuenta don Ursicinio. Y retoma el tema, desde la locomotora que lo vio enfilarse hacia acá.

—Esperé a que se adelantara lo suficiente para que no me viera, y me vine detrás.

—¿Y por qué no quería que lo viera?

—Porque sospeché que podría ser el «loro» de alguna banda de saqueadores.

Tristán sonrió.

—¿Saqueadores? ¿Y qué se puede saquear en este desierto?

—El pino Oregón —dijo don Ursicinio—. Esta es una madera carísima, y tiene una gran demanda.

—Y si es tan cara, ¿por qué las oficinas fueron construidas todas con esa madera?

—A los industriales del salitre les salía gratis. Cuando volvían los buques que transportaban salitre a Europa se venían vacíos y usaban los troncos de pino Oregón como lastre. Al llegar a los puertos salitreros debían tirarlos para desocupar las bodegas y dar espacio a la carga. Además de los saqueadores de pino Oregón —prosiguió el anciano, su voz cada vez se oía más esofágica—, están los llamados *buitres*, individuos que se dedican a profanar los cementerios pampinos. Abren tumbas y nichos para rapiñar el oro con que la gente enterraba a sus muertos en aquellos tiempos: argollas de matrimonio, pulseras, collares, aretes. Los dientes de oro son lo más codiciado por estos profanadores. Y no les va mal, pues en los buenos tiempos del salitre, aparte

del Longines y los siete ternos —uno para cada día de la semana—, era signo de elegancia entre los hombres hacerse arrancar un diente sano y ponerse uno de oro. O, en su defecto, tachonarse los dientes con tapaduras de oro. En los ranchos y cantinas, ya un tanto ebrios, hasta se hacían apuestas sobre quién tenía más quilates en la boca.

* * *

Saltaba a la vista que don Ursicinio hacía siglos que no charlaba con nadie, salvo con sus perros. Tristán, que nunca ha usado reloj, mira por la ventana para calcular la hora.

—Ya deben de ser más de las siete —piensa en voz alta.

—Son las siete y un cuarto —dice don Ursicinio, que venía de vuelta del baño con un cigarrillo apagado. Se hundió en el sillón y lo encendió. Tras hacer su numerito de las tres argollas, miró a Tristán y dijo serio—: Usted quería saber qué hacía yo entrando a la iglesia a medianoche. Ahora lo sabe pues, jovencito. Como cuidador de estos escombros debo hacer rondas de día y de noche. En los años que llevo aquí he sorprendido y correteado con el bate a varios «loros». Estos llegan por la tarde, entran por cualquier parte, marcan todo lo factible de llevarse y esperan escondidos a que caiga la noche. ¿Sabe cuáles son sus escondites preferidos?

—Ya sé: la torre de la iglesia y los altos del kiosco de la música.

—Exacto. De modo que cuando lo vi a usted subir al kiosco, ajá, me dije, este es uno de ellos.

Y que escondido en la pulpería, dijo, había estado esperando a que bajara a marcar lo que pensaban llevarse. Como no bajaba, dedujo que se había quedado dormido. Entonces, sin hacer ruido, subió con el bate en la mano, dispuesto a romperle la crisma. Pero al verlo dormido junto a su violín se dio cuenta de que ladrón no era. Quiso asegurarse y le abrió el estuche para ver si de verdad llevaba adentro lo que debía llevar. Al ver el violín se emocionó hasta el nudo en la garganta. Un músico ambulante, se dijo. Y sintió envidia. Era lo que a él le hubiese gustado ser en la vida.

—¿Y todo eso ocurrió sin que yo despertara?

—Le podría haber revisado hasta los bolsillos, jovencito. La Bella Durmiente es una insomne comparándola a cómo duerme usted.

—Es que el viaje en ese tren fue toda una epopeya.

Pensando que el joven del violín descansaría un rato y luego seguiría su peregrinaje, lo dejó dormir tranquilo. Pero al atardecer, cuando sentado en el porche conversaba plácidamente con sus perros, sintió de pronto unas notas de violín —sonidos sueltos, como de afinamiento— que le llegaron a los oídos como briznas de brisa fresca.

—¡Zuácate!, exclamé, va a tocar. Ordené a los perros que no me siguieran, no quería que usted se asustara, y salí corriendo a la plaza.

* * *

Eran las ocho de la mañana cuando Tristán se paró de la mesa.

—Está buena la conversa aunque ya debería haber partido. Tendré que correr el riesgo de sufrir una insolación o de empamparme, como dice usted.

—¿Y por qué no espera el tren? Los tres pueblitos, como los llama usted, tienen estación. Y el boleto vale una bicoca.

—¿Y qué día pasa el tren?

—El próximo miércoles.

—¿Sabe qué, don?, es que no quiero vivir todos estos días a costa suya.

—No se preocupe usted, joven, porque mañana, como ya le he dicho, viene el camión con las vituallas de la quincena. Y usted sabe: donde come uno comen dos. Ah, y otra cosa, mañana también me reponen el agua de los tambores. Así podrá tomar su té tranquilo. ¿O cree que no me di cuenta? Sin embargo debiera saber que esos pajaritos que vio en el agua son completamente inocuos. Se lo digo yo que me los he tragado a montones.

En verdad Tristán no quería irse. Acababa de dar con el mejor violinista que había oído nunca y quería aprender de su técnica maravillosa. Aunque el don repitiera cien veces que él no era el músico de la noche, no le iba a creer. Porque si no fue él, entonces quién.

* * *

Mientras el anciano hablaba, a Tristán la duda, como una cucaracha ardiendo, le seguía quemando por dentro.

—Dígame la verdad, don Ursicinio, era usted el que tocaba el violín anoche ¿cierto?

—¿Sabe qué, jovencito? Creo que usted es una persona de mucha imaginación. Yo soy un simple sereno.

—No todos los serenos se saben la vida de Paganini al revés y al derecho.

—Ya le dije, joven, cultura general.

—Ni tocan el violín como usted, pues, don.

—Y dale con que las gallinas mean.

Luego de un intervalo, en que ambos se miraban de reojo, Tristán volvió a la carga:

—Anoche, mientras lo oía tocar, hasta pensé que usted podría ser el diablo.

—Ajá. Y si yo fuera el diablo —dijo con su voz más esofágica que nunca—, ¿haría un pacto conmigo, como hizo Paganini?

Tristán se quedó en silencio.

* * *

Mientras, afuera el tiempo y la soledad se paseaban por esas calles vacías. Dentro de la casa el clima era de tensión. Los ojos del violinista escrutaban al anciano sin pestañear, esperando su respuesta. Tristán parecía estar buscando, pesando y sopesando las palabras, por si el don era de verdad el diablo.

Al final pensó que podría haber sucedido en su adolescencia —a los catorce o quince años—, cuando todo muchacho sueña con hacer pacto con el diablo para hacerse rico, para tener amores, para viajar por el mundo, etcétera. A esa edad, él mismo soñaba con eso para llegar a ser el más grande violinista del mundo, como se decía que hizo Paganini. Pero el tiempo le fue ayudando a dudar, a sentir que no sería buen negocio. ¿Por qué? Nunca supo cómo explicarlo, hasta ayer. Sí, porque ayer, después de tocar en el kiosco de la plaza y sentir lo que sintió, se había dado cuenta de que, en definitiva, no querría hacer ningún pacto, ni con el diablo ni con nadie. Y no solo por miedo —que anoche lo sintió de verdad—, sino porque había visto clarito que al vender el alma tocar el violín perdería todo su encanto. Dejaría de ser él quien manejara el arco. Sería lo mismo que si el diablo le ofreciera un pacto a un novelista: su alma por la receta para escribir. Hacerlo se convertiría en una reverenda lata para ese escritor, pues todo el placer del proceso de creación, ese tachar, cortar, cambiar, corregir —en la superficie y en el fondo—, avanzar lleno de dudas tratando de alcanzar las entretelas de la perfección, sabiendo que la perfección no es posible, se perdería.

A él le ocurría lo mismo. Lo que más le gustaba era echar el bofe ensayando, buscando mejorar la técnica, tratando de arrancarle notas como lágrimas a su violín. Para él un día sin sacar su instrumento del estuche, aunque solo fuera para limpiarlo, era un día miserable, perdido.

—Con un pacto de por medio ya no experimentaría ese gozo que me hace levitar cuando le arranco un sonido nuevo al violín. O cada vez que logro tocar alguna pieza difícil, como ayer en el kiosco. Además, los aplausos me dejarían impávido. Todo sería automático, maquinal, mecánico. Y lo más triste de todo, don, es que dejaría de percibir esa energía que me colma con solo abrir el estuche y ver mi violín ahí: bello, noble, explícito.

El anciano aplaudió con displicencia. Lo mismo que en el kiosco de la música.

* * *

La conversa con don Ursicino, o con el diablo o con quien quiera que fuese el anciano, se había alargado demasiado. Cuando eran las nueve de la mañana, Tristán salió a mirar afuera: el desierto ardía de sol por los cuatro costados. Caminar diez kilómetros bajo ese sol rugiente, sin la mínima esperanza de que alguna sombrita de nube lo ungiera, no sería bueno ni para él ni para su violín. Además, se le había terminado el agua de la cantimplora y no iba a llenarla con la del tambor, por muy inocuos que fueran esos bichos.

—Me quedo, don.

—Buena decisión —dijo don Ursicinio—. Y para que no se aburra lo invito a hacer un recorrido por los recovecos más interesantes de este «pueblito», como lo llama usted, pues, amigazo.

Los dos hombres y los dos perros recorrieron Altagracia de arriba abajo, de lado a lado. El anciano y los perros caminando a pleno sol, Tristán buscando sombra pegado a las paredes como las lagartijas. Don Ursicinio iba diciendo que los gringos no bautizaban las oficinas y las calles al tuntún. Buscaban nombres que contrastaran con lo estéril del entorno y subieran la moral de la gente. Y Altagracia no fue la excepción.

—Esa que pasamos es la calle Buenaventura. Esta otra se llama Mil Delicias. Y a la que vamos llegando es la calle Viña del Mar. Ahí vivía yo con mi Uberlinda.

Lo dijo susurrando y apuntando a una casa esquina. Antes de que Tristán preguntara nada, siguió andando, y al llegar a la calle siguiente, continuó:

—Esta que da a la iglesia fue bautizada como la Calle de la Virgen. Por aquí sacaban a pasear a la Virgen del Carmen cada 16 de julio. La última era la calle Héroe de la Concepción. Allí se alzaba el Sindicato de Obreros. Y fue ahí, al estallar una de las huelgas, donde el Ejército, ducho en disparar contra los obreros, perpetró una matanza, otra más, en la que cayeron decenas de hombres, mujeres y niños. Después de eso la gente le cambió el nombre a la calle: Héroe de Altagracia comenzaron a llamarla.

Siguieron caminando, hicieron un recorrido por las cuatro construcciones que se alzaban alrededor de la plaza. Entraron a la pulpería, pasaron al biógrafo, al lado estaba la filarmónica. Por último, fueron a la iglesia.

Todos los edificios se hallaban desbastados por los depredadores que para llevarse el pino Oregón cortaban vigas a destajo, dejando la techumbre de las construcciones a medio caer. En la iglesia, don Ursicinio ordenó a los perros que se quedaran afuera, y por el arco sin puerta (sus macizas puertas también habían sido robadas), entraron a la nave principal. La iglesia estaba revestida de una madera noble, una llamada palo rosa, originaria de la India, le contó Don Ursicinio. Los depredadores se la fueron llevando de a poco. También se habían llevado la campana cuya fabricación se había encargado a una fundición en Italia. Era de bronce y una de las más grandes de toda la pampa.

* * *

Eran las once de la mañana cuando volvieron a la casa. Don Ursicinio se chantó un coleteo de soldador al arco como delantal y se dispuso a cocinar su último kilo de lentejas. Antes de ponerlas a cocer hizo pasar tres veces el agua por el colador, y se la mostró al violinista:

—Como puede ver, joven, limpia como agua de vertiente. Ningún guarisapo.

Tristán dijo que, de todas maneras, él iría a la estación a llenar su cantimplora. Ofreció traerle

si tuviera algo en donde hacerlo. En el porche había una damajuana de quince litros, pero resultaría muy pesada. Del armatoste que hacía de mueble de cocina, el don sacó una olla porotera, de esas con aro.

Tristán se demoró una hora en ir y volver. Al llegar, las lentejas ya estaban. Almorzaron. Después de una breve sobremesa fueron a sentarse al living. En un momento, mientras conversaban de esto y lo otro (Tristán ya le había contado gran parte de su vida, menos la historia de su mal de amor), empezaron a cabecear. Despertaron dos horas más tarde ensopados de sudor.

Para espantar la modorra, Tristán se sacudió como un perro mojado, lo hacía siempre para espantar cualquier cosa que lo perturbara. Luego sacó su violín para limpiarlo y cambiarle la cuerda rota.

—Don Ursicinio, ¿le molestaría que yo ensayara aquí en la casa?

—Al revés, pues, joven, yo estaba por pedirle que se tocara alguna cosita, pero no quería ser inoportuno. Me acordaba de que a Paganini le molestaba mucho que gente de la alta sociedad, en especial las mujeres, lo invitaran a comer a sus casas, y de paso le dijeran: «No olvide el violín, maestro». Él respondía siempre: «Mi violín no come nunca fuera de casa, señora».

Tristán lo miró inquisitivo.

—Cultura general —sonrió el anciano.

* * *

En tanto Tristán reponía la cuerda de su violín, don Ursicinio preguntó si siempre se le rompían, como pasó en el kiosco. Solo con las piezas de Paganini, le respondió Tristán. Por eso siempre llevaba consigo un juego de cuerdas nuevas. Aunque no se rompieran en la fricción frenética de alguna pieza difícil, el uso frecuente obligaba a hacer un recambio cada cierto tiempo. Y como también solían romperse las crines de cola de caballo que constituían la cinta del arco, mantenía algunas de repuesto.

Tristán terminó de cambiarla y procedió a limpiarlo. Al terminar, lo dejó un rato sobre la mesa de centro. El anciano se quedó mirando el violín fijamente, sin pestañear, como magnetizado.

—¿Le sucede algo, don?

—¿Me lo pasaría un ratito, joven?

Tristán lo miró con cierta aprensión, pero se lo pasó. El anciano lo tomó con la delicadeza de un sacerdote alzando el cáliz. Lo miró por ambos lados, luego, con la finura de estar acariciando la piel de una mujer, pasó las yemas de sus dedos por la caja de resonancia, por las *ff*, por el diapasón. Después de ese pequeño ritual, don Ursicinio se acomodó el violín entre el mentón y el hombro con una naturalidad sorprendente. Y cuando en un elegante movimiento alzó el arco, Tristán se figuró que se delataría al arrancar con los primeros compases de la «Sonata del

diablo», pieza que, según la crítica de la época, figuraba entre las mejores interpretaciones de Paganini. Pero, de pronto, sin siquiera rozar el arco en las cuerdas, el anciano le devolvió el violín y se incorporó de golpe:

—Hora de ronda —dijo, y salió con paso de urgencia.

No volvió sino hasta el anochecer. No dijo nada. Tristán tampoco preguntó. Esa noche, antes de irse a dormir, se tomaron un tazón de té preparado con el agua limpia de la estación. Y les quedó para el desayuno y el almuerzo del día siguiente.

* * *

La mañana del viernes los hombres desayunaron en silencio. El anciano, apenas terminó su té, dijo «permiso» y salió a su primera ronda.

Volvió a las doce. Dejó el bate donde siempre y, en completo silencio, se puso a preparar el almuerzo. Una cebolla era todo lo que le quedaba. Y como Tristán le había pasado su paquete de harina tostada («Vea usted qué puede hacer con esto», le había dicho), estaba ahora preparando un cocho guisado con cebolla frita. Eso fue todo el almuerzo.

—Esta tarde llegan los víveres —habló por fin don Ursicinio mientras rebañaba el plato. Tristán aprovechó el instante:

—¿Por qué no se atrevió a tocar el violín?

El anciano puso cara de consternación.

—Porque no sé tocarlo y porque no hay ruido más horroroso que el de un violín en manos de alguien que no sabe tocarlo.

Tristán iba a replicarle, pero el anciano ya se había puesto a hablar de otra cosa cualquiera.

* * *

Con los tres ventanales y las dos puertas abiertas, por si entraba algo de brisa, los hombres esperaban las cuatro de la tarde en camiseta y ensopados de sudor. El joven violinista hundido en los pantanos de la siesta y el anciano sentado en la mesa, encorvado sobre su Libro de novedades N° 15, en el que ya había empezado a escribir.

Después salieron al porche a esperar el camión de las vituallas. El don dijo a los perros que fueran a sombreadarse debajo de la carreta y ellos se sentaron en la banca. Los dos en silencio. El anciano con la vista fija en el punto por donde debería aparecer el camión; el joven concentrado en un remolino gigante formándose a lo lejos, por el lado de la estación. Eran las cuatro de la tarde.

La hora de los vientos en la pampa.

* * *

A las cuatro y diez se divisó un vehículo que avanzaba por una huella de tierra dejando atrás una polvareda blanca, como una estela en un mar calcinado. Cuando, envuelto en un aura de polvo, el camión se detuvo frente a la casa, don Ursicinio corrió a abrir la puerta. Primero bajó una mujer de unos cincuenta años, y tras de ella una joven que debía de andar por los veinte. Las dos se notaban alegres, las dos eran risueñas, las dos, hablantinas. Solo que la joven era más pizpireta.

En tanto el anciano abrazaba y era abrazado por las mujeres, Tristán ayudó al chofer a bajar las cajas con los víveres, entre las cuales venía un fardo de diarios y revistas. Tristán subía y bajaba del camión sin dejar de observar a las visitas.

La mujer era alta, tenía el pelo corto y lucía un sencillo vestido de popelina, con florecitas azules. Su belleza se apreciaba un tanto resquebrajada por el sol. La joven, al contrario de su madre, tenía una larga cabellera trigueña y lucía un vestido de tafetán azul, acampanado y sin mangas, dejando la piel de sus hombros a la vista. Tristán pensó en la piel de los damascos.

Terminada la descarga, el anciano le pidió al chofer el favor de ir a buscarle un poco de agua a la estación. Tenía que atender a las visitas, dijo, y el concho de agua que le quedaba se veía llena de guarisapos.

—¿Tiene algo en qué traerle, don Ursi?

Don Ursicinio le pasó la damajuana de quince litros.

* * *

Cuando el camión se fue, recién las mujeres parecieron reparar en el joven de pelo largo. El anciano hizo las presentaciones:

—Ella es mi hermana, y esta belleza es mi sobrina nieta favorita.

—¡Porque soy la única! —brincó riendo la jovencita.

—Y este joven melenudo es Tristán el Triste, el mejor violinista de Altagracia y sus alrededores —las mujeres lo saludaron de mano.

—Encantada —dijo la madre.

—Un placer —dijo la hija.

Ya dentro de la casa, el perfume de las mujeres impregnó el clima de la sala, desplazando el olor a carburo. Don Ursicinio y su hermana se hundieron en los sillones de cuero, encendieron cada uno su cigarrillo y se largaron a conversar. El violinista y la joven se acomodaron en las sillas de la mesa.

La mujer le traía las últimas novedades ocurridas en Pedro de Valdivia (ella decía «novedades», él decía «cahuines»). Después, don Ursicinio les contó cómo fue que Tristán se

apareció por la oficina, cómo él lo había confundido con un saqueador y estuvo a punto de agarrarlo a palos.

—Su violín lo salvó.

Tristán no supo si las mujeres lo miraron con admiración o conmiseración.

De vuelta con el agua, el chofer del camión de las vituallas se despidió comunicándole a don Ursi que a las siete de la tarde venía el camión aljibe a llenarle los tambores, y de paso a recoger a las damas.

* * *

Aparte de las provisiones de la compañía, las mujeres habían traído por su cuenta los ingredientes del sándwich favorito de los pampinos: pan amasado, mantequilla, queso de cabra y aceitunas de Azapa. Y el chofer del camión le trajo el cartón de Particulares de la quincena, que él, claro, le pagaba.

Los vicios se pagan, decía don Ursicinio.

De modo que apenas el camión llegó con la damajuana de agua, se dispusieron a preparar el té de las cinco. La mujer, dirigiéndose a Tristán, dijo que esa era una de las costumbres que los ingleses, dueños de varias salitreras, nos dejaron a cambio de llevarse el salitre.

—Se llevaron el oro blanco y nos dejaron el té negro —dijo don Ursicinio, parodiando a Neruda.

—Eso sí, ellos lo tomaban en finas tacitas de porcelana —dijo la mujer—, con galletitas, cucharillas de plata y el meñique levantado. Y, por supuesto, servido por un estirado mayordomo inglés vestido de smoking.

Durante el rato que duró el té —los mayores en los sillones, los jóvenes en las sillas de la mesa—, Tristán notó que la muchacha lo miraba por el rabillo del ojo con insistencia. Cuando don Ursicinio dijo que Tristán era profesor de música, y que pensaba postular a la escuelita de Coya Sur, la joven saltó en la silla para decir que el profesor de música de Pedro de Valdivia pensaba renunciar este año. Antes de que Tristán respondiera, la hermana del don comentó que si el joven tocaba tan bien el violín, por qué no se integraba a una orquesta sinfónica.

Don Ursicinio metió su cuchara:

—Ojo, que este violinista es proclive a la soledad y al silencio. Incluso a la tristeza. De ahí que lo llamen Tristán el Triste. Y prefiere la tranquilidad de un «pueblito» perdido en el desierto antes que sufrir el ruido y el asedio de las multitudes.

* * *

Eran las seis de la tarde cuando terminaron de tomar el té. Don Ursicinio y su hermana, siempre

hundidos en los sillones, siguieron charlando. En esos momentos se hallaban inmersos en los recuerdos de juventud. Tristán salió a sentarse en la banca del porche. La joven lo siguió.

—Así que eres violinista.

—Aprendiz —respondió Tristán, sin voltear a mirarla.

—No seas humilde, si el abuelo dice que eres bueno, es que lo eres.

—¿Le crees todo a tu abuelo?

—Sí.

—¿Acaso no sabes tú —sonrió Tristán— que los viejos, más que los jóvenes, mienten, inventan, imaginan, fantasean y exageran siempre?

—Él nunca miente. Y es muy sabio.

Tristán, mirando siempre al horizonte, dijo:

—¿Sabe de violines tu abuelo?

—Mira, por qué mejor no me acompañas a recorrer la oficina. Hace tiempo que no venía. Le digo a mi mamá y nos vamos.

Camino a la plaza, la joven dijo que en verdad el abuelo no era su abuelo, porque él y su madre no eran hermanos de sangre. Eran amigos. Se habían conocido hace muchos años y se querían tanto que se trataban de hermanos. Y mirando hacia la torta de ripios, cambió olímpicamente de tema:

—Me gustaría oírte tocar el violín.

Él giró al fin la cabeza y vio que la joven tenía un perfil como para ser acuñado en monedas de oro.

—¿No te aburrirías? —dijo.

—Estás loco. Me encanta la música clásica.

Y sonriéndole con los ojos, le tomó la mano. Tristán se turbó. Ella se dio cuenta.

—Solo quería ver si tus dedos eran tan largos como los dedos de los violinistas famosos.

Y sonriendo agregó que eso también se lo oyó a su abuelo.

* * *

—Y tu abuelo ¿siempre ha vivido así?

Estaban en la plaza, frente a la iglesia, sentados en uno de los derruidos bancos de piedra.

—Según mi madre, desde que su mujer se fue con su amante en el tren del sur, le dio la chifladura de ir a la estación todos los días de tren, a ver si ella volvía. Se bañaba, se afeitaba, elegía su mejor terno, se rociaba medio frasco de Agua de Colonia Inglesa y se iba a la estación. Después, cuando la oficina paró sus máquinas, él se las arregló para que lo dejaran de sereno. Decía que si su mujer se había ido en el tren, en el tren iba a volver. Y él tenía que estar aquí para recibirla.

—Triste la historia de tu abuelo.

Los ojos de la joven brillaban humedecidos. Está bien, le dijo, dejemos tranquilo al abuelo. Se puso de pie y le pidió a Tristán que la acompañara a subir al campanario. Siempre había querido hacerlo y su madre no la dejaba.

—Esa escala es muy peligrosa, hija mía —dijo la joven, imitando la voz de su madre.

—Ajá —dijo Tristán, imitando la voz esofágica del anciano.

Subieron.

Él la tomó de la mano.

—Por si refalas —dijo.

A la mitad de la escala, ella se detuvo.

—Espera un poco. Me cansé.

—¿No serás enferma del corazón?

—Por hoy sí —dijo ella.

Y sin más le estampó un beso. Confundido, Tristán solo atinó a decir:

—Tu madre tenía razón, esta escala es peligrosísima.

* * *

En lo alto del campanario, Tristán le contó lo de la campana. Malditos ladrones, musitó ella. Y los dos, muy juntos, se quedaron mirando el atardecer. En el horizonte el cielo era de un azul pastel. Y no se veía una sola nubecita que se pudiera transformar en arrebol.

—El día que llegué —dijo él— me recibió un crepúsculo de película.

—¿En technicolor y cinemascope? —sonrió ella.

A propósito de arrebol, Tristán quiso contarle su versión de cómo fue que conoció a su abuelo. Ella le dijo, quedito:

—Cortémosla con mi abuelo y háblame un poco de ti.

Tristán alegó que su historia era muy aburrida, y que para no fastidiar a nadie había optado por resumirla en once palabras.

—¿A ver?

—Nací, crecí, quedé huérfano, estudié violín, me enamoré, me traicionaron, hui.

* * *

Antes de bajar del campanario, él le pidió que lo sacara de una duda.

—¿Toca el violín tu abuelo? ¿O lo ha tocado alguna vez?

—Y dale con el abuelo —suspiró la joven—. No sé, ese tema casi no se habla en casa. En mis dieciocho años de vida, he ido reconstruyendo su historia con pequeños retazos de cosas oídas.

Como las que ya te dije, y alguno que otro detalle: por ejemplo, que la mujer se llamaba Uberlinda Linares. Pero de violines, nada.

* * *

—¡Margaaaa!

—¡Margaaaaaaaaa!

Los gritos de su madre resonaron en todo el ámbito del campamento: los jóvenes se asomaron por una de las ojivas del campanario. Su madre gritaba en medio de la plaza. Le hicieron señas.

—¡Ya vamos! —gritó la joven.

—¡Bajen al tiro! ¡El camión está por llegar!

Ya camino a la casa, ella confesó estar sorprendida de que su abuelo lo dejara quedarse en sus dominios, si siempre ha sido un ogro con los visitantes. Él sonrió:

—Yo creo que san Paganini hizo el milagro.

Ella se detuvo y lo miró a los ojos.

—¿Sabes qué? Coya Sur y Pedro de Valdivia están muy cerca, a solo una hora en góndola. Demás podrías ir a verme.

Él hizo un gesto con la cabeza, no era un sí pero tampoco un no. Y emulando al don, cambió de tema con una finta impecable:

—¿Sabes?, góndola es una bella palabra, siempre me ha gustado. Igual que la palabra alfajor. Me gustan las palabras por su sonido.

Llegaron a la casa a la par con el camión aljibe. Mientras se llenaban los tambores, las mujeres comenzaron a despedirse. La madre subió al camión y don Ursicinio se encaramó en la pisadera, para seguir hablando con ella. Entonces la joven se acercó a Tristán para despedirse.

—Me debes una sonata —le dijo mientras por lo bajo le pasaba un papel doblado, susurrándole al oído—: ahí va mi dirección. Si te animas y vas a Pedro de Valdivia, pasa a verme. Me llamo Margarita.

Tristán quedó estático.

* * *

Don Ursicinio y Tristán se quedaron sentados en la banca del porche. Los dos en silencio. Uno emocionado aún por las visitas; el otro, desconcertado por lo que había pasado con la joven (no quería ni repetir su nombre).

La noche se venía deslizando por el oriente, y en los cielos de occidente ya parpadeaban los primeros luceros.

—Voy a hacer una ronda —murmuró el anciano. Entró y salió de la casa y, sin decir nada

más, se echó a caminar por el medio de la calle, con un perro a cada lado (como encerrado en un paréntesis).

Aunque el calor era del carajo, el don se había chantado su viejo abrigo negro, largo hasta las rodillas. Es como su uniforme de ronda, pensó Tristán. Dentro del abrigo llevaba el bate. No llevó la lámpara, se fue nada más que con su linterna. Tristán no sabía encender la lámpara. De modo que entró a la casa, prendió la vela y se dejó hundir en el sillón, con la cabeza apoyada entre sus manos. Estaba perplejo. Es que no podía comprenderlo. Había dejado la ciudad huyendo de la Tentación como de una peste; se había internado en el desierto más áspero del mundo; había encontrado refugio en un pueblito abandonado en medio de la nada (a mil trescientos kilómetros de distancia). Y he aquí que, en medio del más fiero desierto, refugiado en un pueblito abandonado en medio de la nada (a mil trescientos kilómetros de Santiago), se le aparece la Tentación sonriéndole en los ojos dorados de una joven preciosa. Y para más inri, llamada Margarita.

Esto tenía que ser cosa del diablo.

* * *

Dos desasosiegos, como dos mosquitos, zumbaban en la cabeza de Tristán. Uno tenía que ver con la nieta del anciano. Se negaba a aceptar que en el instante mismo en que la vio bajar del camión supo que sería muy fácil volver a enamorarse. El otro era la duda que le causaba don Ursicino. ¿Tenía un violín escondido? Sería bueno descubrirlo, así ya no podría negar que fue él quien tocó la otra noche. Y eso confirmaría que es la reencarnación de Paganini o el mismísimo diablo en persona.

Hundido en el sillón y en sus cavilaciones, Tristán no se dio cuenta en qué minuto el anciano, silencioso como sus perros, había vuelto de su ronda. Sentado en la penumbra de la cocina, con el bate sobre la mesa, hacía rato que lo observaba.

—¿Qué pasa, violinista? ¿Está pensando en la inmortalidad del cangrejo?

Tristán se sobresaltó. Su voz ronca, adolorida, tenía algo de ultratumba.

—Algo parecido —dijo Tristán, tratando de sonreír—. Estaba pensando en la importancia del agua en la práctica de la navegación.

El don se hizo el loco con la salida de Tristán. Le preguntó, en cambio, si acaso no sabía el violinista errante que dormir con velas era de mal augurio.

—¿Ah, sí? No lo sabía.

—Sabe qué más, gancho, déjese de comer caldo de cabeza y acompañeme. Le voy a enseñar a encender la lámpara.

Lo sacó al porche y en un rato le enseñó los pasos a seguir. Que no olvidara que lo más importante era calibrar bien la llama.

—Ni demasiado baja que no ilumine lo suficiente, ni demasiado alta que pueda provocar un incendio.

—Para mí lo más difícil —dijo Tristán— es soportar el olor del carburo.

—Yo a estas alturas ni lo siento —dijo el anciano, mientras colgaba la lámpara cuya luz incandescente, irradiando las paredes blancas, le daba a la pieza un aire de sala de hospital—. Voy a preparar té.

Tristán dijo que por ahora pasaba. Y volvió a hundirse en el sillón, sin cambiar su cara de desconcierto.

En tanto don Ursicinio hacía hervir el agua, se preparaba el té y se lo terminaba de tomar, no había dejado de observarlo. De modo que luego de lavar su taza fue a hundirse en el sillón frente a él. Pierna arriba, encendió un Particular, echó a volar las tres argollas y dijo, en tono festivo:

—Bueno, ¿de qué quiere conversar hoy el señor violinista? Si quiere hablar de Paganini le puedo contar, por ejemplo, que tenía tan largos los dedos y tan largos los brazos, que se permitió el lujo de hacerse construir un arco más largo de lo normal y de ese modo abarcar más espacio en las cuerdas. Pero si Tristán el Triste prefiere el manido, trillado y estropeado tema del amor, entonces debería de comenzar él.

Adelante.

* * *

Tristán se cohibió. Guardó silencio.

Don Ursicinio le revolvió el dedo en la herida:

—Es por Margarita ¿verdad?

—Sí, don Ursicinio, pero por otra Margarita, una que me partió el corazón. Con su nieta nos hicimos amigos. Nada más.

—¿Y el recuerdo de esa otra Margarita lo deja así, hecho un estropajo? En eso no se parece en nada a Paganini que, se dice, fue un mujeriego empedernido. Así feo y desgarrado como lo pintan, ejercía una poderosa atracción en las mujeres. En los conciertos, en tanto los hombres lo vitoreaban y aplaudían, ellas caían desmayadas. Si hasta se llevó a la cama a dos hermanas de Napoleón. Con eso le digo todo.

Tristán, en un arranque de sinceridad, dijo que le iba a contar por qué no podía, o no quería, enamorarse de nadie. Nunca más. Ni siquiera de su nieta. O sea, le iba a contar su mal de amor. Pero que no se creyera el don que su historia daba para hacer una película.

El anciano se acomodó en el sillón.

—No importa, soy todo orejas. Haga usted cuenta de que soy su padre.

* * *

A sabiendas de que toda historia de vida se va amononando a medida que se cuenta o se escribe, Tristán trató de ser lo más sincero posible. Comenzó diciendo que con la maligna habían estado juntos poco más de un año; y que en ese tiempo llegó a quererla como nunca había querido a nadie. Las pocas mujeres que tuvo antes habían sido incidentales. Ella fue el primer gran amor de su vida.

Cuando la conoció, él iba con su violín al hombro y pensó que eso había sido fundamental para que aceptara ser su polola. Craso error, porque al poco tiempo de su relación, se dio cuenta de que a Margarita no le gustaba nada la música clásica. Y lo peor de todo es que no tenía ningún respeto por su violín. Incluso, por una de sus primas, supo que no soportaba verlo en la calle con el violín al hombro, ni la «tontera» de hablarle como si fuera algo vivo. Varias veces llegó a la infamia de escondérselo. Así era la maligna. La última vez que lo hizo lo tuvo tres días sufriendo sin poder ensayar y creyendo que se le había perdido.

En esta parte el anciano, que hasta ahí lo escuchaba con rostro inalterable, tuvo un leve temblor en los párpados.

Al saber que ella se lo había escondido sintió que le estaba dejando solo dos opciones: o se olvidaba de la música y se dedicaba únicamente ella, o se olvidaba de ella y se quedaba con la música.

Fue por esos días, estando a punto de elegir una de las opciones, que la maligna, de un solo tajo, le mandó el corazón a las pailas.

Sin mezquinar detalles, a ratos riendo y a ratos sollozando, Tristán terminó de contárselo todo.

—Como puede ver, don Ursicinio, mi mal de amor no da ni para un cortometraje.

Con gesto adusto, el anciano prendió un Particular, se echó hacia atrás en el sillón y exhaló sus tres argollas, ahora sin ningún pavoneo. Luego, en un tono de clara animosidad hacia él, comentó:

—Si a esa pajarraca no le interesaba la música clásica, hasta el punto de llegar a abominar de su violín, es que se trata de una mujer frívola y huera que no merece un hombre como usted. Se lo dice un viejo que algo sabe del tema. Usted es mucho corazón para ella, joven. Y es muy inteligente de su parte tener el valor de ventilar su mal de amor, que es una manera de exorcizar esos rencores vivos que van pudriendo el alma. Los que prefieren esconderlo en sus entrañas como algo de lo que nadie debe enterarse, al pasar el tiempo terminan por idealizar ese mal recuerdo, tanto así que de vez en cuando, obnubilados de nostalgia, lo sacan un rato al aire para acariciarlo, sin darse cuenta de que lo que están acariciando es un gran pedazo de mierda.

* * *

Terminada su confesión, Tristán aprovecha que el don está caído al sentimentalismo, para

preguntarle si en el fardo de diarios que llegó junto con los víveres venían diarios de la capital. El anciano dice que sí.

—¿Y dónde quedó el fardo?

—Está guardado, ¿por qué?

—Solo quería darle un vistazo, hace rato que no leo una portada de diario.

—¿Me está usted diciendo que solo lee la portada de los diarios?

—La mayoría de las veces. Para qué le voy a mentir.

—Entonces no vale la pena desarmar el fardo; lo que es yo, leo hasta las páginas sociales. Como puede ver, joven, ni siquiera tengo radio. No me gusta la música moderna. Prefiero leer los diarios, aunque sean noticias añejas.

—¿Mejor si son noticias o reportajes de violinistas?

—Claro que sí, y tanto mejor si se refieren a la vida y obra de Paganini ¿Acaso es un crimen?

—No, pero me extraña que pueda admirarlo sin haberlo oído, porque según usted mismo jamás ha escuchado su música.

Como hace cada vez que se ve urgido, Don Ursicinio sacó su cajetilla de Particulares, prendió uno y, en un gesto de resignación, exhaló las tres argollas mirando al techo. Luego volteó hacia Tristán y con la gravedad de quien está a punto de revelar el secreto de la Inmaculada Concepción, dijo:

—Los colecciono de pura curiosidad, jovencito.

Ante el gesto suspicaz de Tristán, el anciano agrega que se interesó por Paganini cuando a los dieciséis años leyó un artículo sobre su vida. Que desde ese día se puso a leer y a juntar todo lo relativo al genio del violín. Así como había gente que coleccionaba servilletas de papel o cajetillas de cigarrillos o fichas de la pampa antigua, él coleccionaba artículos, notas, fotografías, caricaturas y todo lo que tuviera que ver con Paganini. Y coleccionaría sus grabaciones si las hubiera.

—Sí —dice Tristán—, es una gran pena que se haya muerto antes de que se inventara y se hiciera sonar la primera grabación musical.

—Para ser más exacto —se luce don Ursicinio—, la primera grabación se realizó en 1860, o sea veinte años después de su muerte.

—Por lo tanto no nos quedó ningún maldito registro del endiablado sonido de su violín. Solo los testimonios escritos por sus contemporáneos, críticos, músicos, mecenas, admiradores, que tuvieron la suerte de oírlo y verlo en alguno de sus conciertos, en donde causaba histeria. Era como el Elvis de su época.

* * *

Esa mañana de sábado, don Ursicinio se levantó silbando una melodía extraña, nueva, alegre. Y

la silbaba en el baño mientras meaba; la silbaba en el patio mientras se lavaba la cara; la silbaba en su dormitorio mientras tendía su cama. Y, ya en la cocina, mientras preparaba los huevos revueltos, la seguía silbando.

Después se levantó Tristán y repitió todo el protocolo del don, solo que sin silbar. Hablaron algunas trivialidades. Tristán le preguntó qué melodía era la que silbaba. Ni yo lo sé, le dijo don Ursicinio. Se rieron. Tristán comentó que existían duendes que por las noches se acercaban al músico dormido y, solo por diversión, le silbaban melodías al oído, melodías que al día siguiente silbaba o tarareaba sin saber de dónde le habían brotado. Decía que la mejor música que hemos escuchado había sido soplada al oído de los músicos por estos duendes melómanos. Y remató el cuento mirando directamente a los ojos de don Ursicinio:

—Claro que estos duendes soplan melodías solo en los oídos de los mejores. Como usted, pues, don.

—Y dale con la payasada —reclamó el don.

* * *

Eran las once de la mañana. Tristán contaba a don Ursicinio sobre cosas vividas en los días y noches que duró el viaje en tren.

—Imagínese, don, partí el lunes 23 de enero y llegué el miércoles 25, y todavía faltaban más de quinientos kilómetros para llegar hasta...

—¡Un momento, violinista! —lo interrumpió don Ursicinio—. Si usted llegó el miércoles 25, ¿qué fecha es hoy?

—Sábado 28 —dice Tristán.

El anciano se paró de la mesa de un corcoveo. Que lo disculpara el joven, pero tenía que salir.

—¿Usted sabe cocinar?

—Hasta el té en bolsita me queda malo —dice Tristán. Pero si había que cocinar, cocinaba.

El anciano entró a la pieza del museo y salió con medio pliego de papel de seda amarillo, un retazo de papel crepé verde, un trozo de alambre de cobre como de veinte centímetros y un par de tijeras. Hizo un pichintún de engrudo, y se instaló en la mesa con todos esos materiales. En quince minutos había florecido en sus manos una rosa amarilla en todo su esplendor, una rosa con su tallo y sus hojas verdes.

Tristán preguntó adónde iba.

—Al cementerio

—¿Queda muy lejos?

—Detrás de la torta de ripios.

—¿Quiere que lo acompañe?

—No, esto es personal.

Eran las seis de la tarde cuando don Ursicinio volvió. Tristán recién había terminado tres horas de ensayo con su violín y, hundido en el sillón, dormitaba en camiseta, empapado de sudor. Solo se percató de la llegada del anciano al oír un ruido de platos.

—Le quedaron buenos los fideos, jovencito. En serio, casi tan buenos como los míos.

* * *

En estos últimos días al don le había dado el afán de preguntarle sobre su vida a Tristán. Quería conocerla hasta en sus más pequeños detalles. Tristán justificaba su preguntadera imaginando lo solo que debían de sentirse los desterrados como él. Aunque sea un destierro voluntario.

Había anochecido.

El don se paró de la mesa, se chantó el viejo abrigo negro, largo hasta las rodillas, y dentro de él guardó el bate.

—Será una ronda cortita. Llevaré solo la linterna.

Volvió a la media hora.

Tristán ya había encendido la lámpara y de nuevo se hundieron en los sillones.

—Así que cincuenta años coleccionando recortes de Paganini, ¿eh? —dijo Tristán, recordando la charla de la noche anterior.

—Sí —tosió don Ursicinio—, y la mayoría los he hallado en los diarios y revistas que me juntan en el sindicato de obreros y que me mandan cada quince días con el camión de las vituallas.

—Está bien, don Ursicinio, pero aún no ha dicho el motivo principal de querer saberlo todo sobre Paganini. Porque «pura curiosidad» es una respuesta muy vaga. Lo suyo es más que eso. Es devoción pura. Obsesión compulsiva, diría un médico.

El anciano, queriendo pasar por sonrisa una mueca sarcástica, dijo:

—¿Y por qué el violinista errante quiere saber tanto sobre mi vida? ¿Curiosidad? ¿Devoción? ¿Obsesión compulsiva?

Tristán carraspea. Que lo suyo es puro cariño. Aunque al principio creía que era el diablo en persona, ahora cada vez se convence más de que es un gran violinista, un virtuoso que, igual que él, se ha escondido del mundo a causa del mal de amor. Unos leprosos del amor que han hecho de este desierto su leprosario.

El anciano guardó silencio, metió la mano en un bolsillo de su abrigo y sacó su Longines:

—Las diez de la noche. Voy a dar otra vueltecita.

Con el bate bajo su viejo abrigo negro, largo hasta las rodillas, salió a la noche franqueado por sus dos perros guardianes.

* * *

Tristán se asomó por el ventanal del living: la luna de Altagracia, elevándose por sobre la torta de ripios, daba al cielo una claridad espectral. Sacó su violín del estuche y salió al porche. La noche era templada y una leve ola de aire tibio le rozó la cara como lengüetazo de animal mamífero.

De pie, a la entrada del porche, bajo un cielo de platino, Tristán dio comienzo a un concierto interpretando una sonata de Vivaldi. En el silencio del desierto y con la acústica de un pueblo vacío, las notas de su violín resonaban limpias y vibrantes.

Cuando llevaba buen rato tocando, en mitad de una pieza de Paganini, le pareció ver un bulto negro que aparecía y desaparecía a la vuelta de la casa. Se asustó. Se dio cuenta pronto de que era uno de los perros. ¿Le habrá ocurrido algo al don? Interrumpió la música, dejó el violín en la banca, y fue a ver qué pasaba. A la vuelta de la casa encontró al anciano sentado en el suelo junto a sus dos perros. Tenía los ojos arrasados en llanto.

—¿Qué ocurre, don Ursicinio! ¿Le pasó algo?

El anciano metió su mano en un bolsillo de su viejo abrigo, largo hasta las rodillas, y sacó un pañuelo apelotonado (Tristán lo ha visto sacar tantas cosas de su abrigo de mago que teme que en cualquier momento saque un tridente) y se limpió las lágrimas de un manotón.

—Estaba oyendo su música, jovencito —dijo—. Usted es un genio del violín.

Y se puso de pie y lo abrazó con fuerza. Abrazados entraron a la casa.

—Usted me contó la historia de su mal de amor, yo, en retribución, le voy a mostrar algo que nadie más ha visto.

—¿Su violín?

—No se ponga cargante, pues, don Tristán.

* * *

Al entrar a la casa, el anciano, desdeñando el calor reinante, siguió con su abrigo puesto. Tristán se dijo que tal vez él sabía que sin su viejo abrigo negro, largo hasta las rodillas, perdía porte, perdía presencia, perdía autoridad.

El anciano descolgó la lámpara de la viga, sacó una llave de debajo del colchón y abrió la puerta del cuarto misterioso. Antes de entrar, dijo:

—Este es mi santuario.

A Tristán se le atravesó una piedra en la garganta. Tres paredes empapeladas a lo largo y a lo alto con recortes: artículos de Paganini, dibujos de Paganini, caricaturas de Paganini, retratos de Paganini, entrevistas a grandes violinistas que hablaban de Paganini, todo recortado de diarios y revistas satinadas. En la pared de fondo, un gran mesón, construido en madera bruta, atiborrado de diarios y revistas.

En el centro de la pared lateral del lado derecho destacaba un gran retrato de Paganini, hecho a

lápiz. En la otra pared lateral, además de los recortes pegados, estaba el sofá de cuero café que era parte del living y que se veía más desvencijado que los sillones. A su lado, una especie de santuario. Se trataba de un fino mueble esquinero en cuya cubierta campeaba un busto de Paganini, similar al famoso busto de Beethoven. A su alrededor se veían algunas flores de papel, restos de cera de velas y cirios a medio consumir.

A Tristán, que no comulgaba con animitas o santitos milagreros, lo que llamó su atención fue el cajón de manzanas asomado debajo del santuario. Carecía de tapa y se veía su contenido: los catorce «libros de novedades».

Qué ganas de darles una ojeada, pensó.

* * *

En tanto Tristán recorría el cuarto mirando y leyendo los recortes en las paredes, don Ursicinio lo seguía pegado a la oreja contándole sobre cada uno de ellos. Que el retrato a lápiz lo había hecho él a los dieciséis años. Que la particularidad del busto de Paganini residía en que fue moldeado en salitre fundido, hecho por un amigo al que le bastó ver la foto de un retrato recortado de una revista.

—Ya ve, tengo a Paganini convertido en un santo de altar.

Tristán, sin quitar la vista del cajón con los catorce libros de novedades, comentó que le gustaría mucho hojearlos.

El don, cambiando drásticamente de tema, dijo que Paganini antes de morir se había quedado sin dientes y sin voz a causa de enfermedades como la tuberculosis y la sífilis, entre otras. Y que, por su fama de andar en negocios con el diablo, el obispo de Niza, ciudad donde murió, negó el permiso a la familia para que lo sepultaran en su cementerio. De modo que su cadáver embalsamado permaneció más de treinta años en un sótano, hasta que su hijo, Ulises, al fin pudo llevarlo al cementerio de Parma, única ciudad que aceptó dar sepultura a sus restos.

Tristán estaba asombrado.

—Este es el poco material que he conseguido juntar —suspiró el anciano.

—¿Usted encuentra que es poco, don?

—Por los cincuenta años que llevo juntándolos, claro que sí. Se escribe mucho menos de lo que Paganini se merece.

Y comentó que la mayoría de los escritos se solazaban en describir los mitos que surgieron en torno a su figura. Algunos tan estrafalarios como ese en que Paganini habría asesinado a dos de sus amantes y que todo el tiempo que pasó en prisión solo disponía de un viejo violín con una sola cuerda. Y el detalle macabro: que esa única cuerda estaba hecha del intestino de una de sus amantes.

—¿Hizo algo Paganini por desmentir esos rumores?

—Al contrario, su facha y su actitud en los conciertos parecían corroborarlos. Semblanzas de su época dicen que era alto y flaco; frente alta, nariz aguileña y una palidez de muerto que realzaba vistiendo de negro. Que, en sus conciertos, con su largo pelo negro caído sobre la cara, corría, brincaba y contorsionaba su cuerpo mientras tocaba el violín. Todo eso y sus deslumbrantes proezas técnicas, que parecían sobrehumanas, hacían de verdad creer a la gente de la época que, por un pacto con el diablo, Paganini se había convertido en el mejor violinista de este mundo.

—De este mundo y del otro, don.

* * *

Los hombres salieron del cuarto para hundirse de nuevo en los sillones. Don Ursicinio sacó un Particular, lo encendió y, apuntando a un clavo que sobresalía en una viga del techo, expelió las tres argollas de humo. Las tres dieron en el blanco. En un claro gesto de satisfacción, siempre mirando al techo, preguntó qué le había parecido su museo personal.

—Sorprendente, por decir lo menos. Lo felicito. Pero sabe qué, don, yo esperaba encontrar un violín.

El anciano explotó. Lanzó su cigarrillo lejos y las dos *ff* se le remarcaron en el ceño cuando dijo que si acaso el joven melenudo estaba loco, que si toda la juventud del mundo estaba loca. Luego, tratando de controlarse, de no alzar la voz, dijo con calma:

—¿Sabe usted cuánto debe costar uno de esos violines?

La furia y la voluntad de no llegar al grito le volvía la voz más ronca, más profunda, más dolorosa.

—No hablo de un violín de Paganini —dijo en tono de conciliación Tristán.

El anciano metió su mano en un bolsillo interior de su viejo abrigo negro, largo hasta la cintura.

Ahora, pensó Tristán, si no saca un tridente, saca un puñal.

El don sacó otro cigarrillo, lo prendió, se lo fumó sin hacer una puta argolla, y se fue a dormir.

* * *

Esa mañana, Tristán el Triste despertó tarde. Era domingo, el sol entraba a manos llenas por su ventana. Al incorporarse en los sillones quedó perplejo: en el suelo, junto a su violín, se hallaba el cajón de manzanas con los catorce Libros de Novedades. Desconcertado, quiso agradecerle el gesto al don, pero no estaba. Se levantó y se fue al baño.

Cuando regresó a la sala, don Ursicinio ya había vuelto. Tristán lo saludó con reticencia, no fuera a ser cosa que el don siguiera enojado. El anciano lo saludó de vuelta con toda normalidad.

Que venía de hacer una ronda rapidita, dijo, pues se había quedado dormido y aún no había desayunado. Mientras esperaban a que hirviera el agua, Tristán le agradeció la confianza de dejarle echar una miradita a los libros de novedades.

Era su manera de disculparse, señaló el anciano, por la rabieta de anoche. Es que ya había perdido la costumbre de estar en compañía. Pero que el jovencito debiera ya dejar de andar cazando brujas. Él no era el diablo ni la encarnación de Paganini, ni nada parecido. Aunque algo hay de todo eso, dijo entre dientes.

El agua hirvió.

Mientras don Ursicinio se paraba a apagar el anafre, dijo que por mandato de un sueño que había tenido la noche anterior, le iba a revelar la verdad sobre su obsesión por el violinista italiano.

* * *

Desayunaron en silencio. Apenas terminaron, Tristán dijo que le gustaría oír esa revelación. El anciano terminó de tragar el último mordisco de pan, se echó hacia atrás en la silla y metió su mano en uno de los insondables bolsillos de su viejo abrigo negro, largo hasta las rodillas.

Ahora sí que saca una pistola y me pega un tiro, pensó Tristán.

El anciano sacó algo muy diferente, estiró su mano por sobre la mesa y se lo pasó sin decir nada. Tristán lo tomó, leyó, y quedó sin habla. Era el carnet de identidad de Ursicinio Nicolás Paganini Torres. Fecha de nacimiento 22 de noviembre de 1890, ciudad Bariloche, Argentina.

—Creo que pertenezco a la última rama de su árbol genealógico —dijo con su voz cada vez más ronca.

Tristán se quedó sin palabras. El anciano explicó que lo único que sabía de su padre, uno de los últimos descendientes de la familia Paganini, era que se casó con una parisina, su madre, y que en 1889 habían emigrado a la Argentina. A un año de haberse instalado en la ciudad de Bariloche había nacido él. Pero su madre, que había quedado delicada de salud, murió dos semanas después del parto. Su padre no soportó el dolor de su ausencia y, a seis meses de su muerte, se devolvió a Italia, solo. A él lo dejó al cuidado de una familia chilena que trabajaba para ellos y que lo había cuidado desde su nacimiento. Como el padre viajaría a Europa en barco, y el viaje era larguísimo, lo más conveniente para la guagua era que se quedara. Se suponía que el viaje de su padre era de ida y vuelta, pero en Europa tuvo problemas y nunca pudo regresar. De modo que fue criado por esa familia oriunda de la zona de Ovalle, compuesta por el matrimonio y una hija con síndrome de Down. Tres años después, la familia regresó a Chile y se instaló en Monte Patria, un pueblito al interior de Ovalle. Durante todo este tiempo su padre nunca dejó de enviar dinero. Y, respondiendo a su pedido, la familia chilena nunca dejó de mandarle una foto cada año. No había sido sino hasta cumplir quince años que se enteró de la

importancia de su apellido. Lo descubrió en la escuela, en una enciclopedia de las grandotas. Entonces comenzó a hacer preguntas en casa, a hincharle las pelotas a sus padres adoptivos, hasta que se rindieron.

—Ahí supe que mi padre biológico era Pietro Paganini, descendiente del violinista. Supongo que ahora le queda claro por qué me interesé en reunir ese montón de recortes. ¡El violinista más famoso de la historia era mi antepasado! ¿Entiende, jovencito?

—Yo habría hecho lo mismo, don —dijo Tristán, pasmado de asombro por la revelación que acababa de sacarlo de toda duda: no podía ser más que él el violinista de la primera noche.

* * *

Ese domingo fue un día dedicado al silencio, ese silencio lleno de resonancias, repercusiones, reverberaciones, que conllevan la lectura y la escritura. El anciano pasó todo el día escribiendo en su Libro de Novedades N° 15, escritura que interrumpió solo para almorzar y hacer un par de rondas. Nunca dejó el libro sobre la mesa. Lo guardaba con llave en su museo particular. Tristán, por su lado, se había sumido en la lectura de los catorce libros, que interrumpía solo para ir al baño, o para mojarse el pelo pues el calor de enero aturdía. Así pasaron la jornada: uno instalado en la mesa escribiendo, el otro hundido en un sillón leyendo. Los dos en camiseta, los dos amelcochados de sudor.

Tristán empezó a leer los libros por el más reciente, el número catorce. Sin embargo, al correr de algunas páginas, halló una anotación que decía:

Hoy en la plaza volví a sentir el aroma del perfume de mi U. L.

Presintió que si quería encontrar alguna referencia al violín debía buscar las anotaciones que hablaran de U. L., iniciales que coincidían con el nombre que le había dado la nieta del don: Uberlinda Linares, la mujer que le provocó el mal de amor. Y la mayoría de estas notas deberían estar en los primeros libros. Dejó de lado el número 14 y tomó el primero.

* * *

El libro número 1 relataba un montón de novedades nimias, casi ociosas, como estas:

Hoy, a mediodía me vino a visitar un zorro colorado. Hice que los perros compartieran su comida con él.

Ayer, a eso las 16.25 hrs. pasó un remolino gigante ovillando el tedio de la tarde y llevándose algunas calaminas del campamento.

Y algunas otras más interesantes:

Hoy, pasadas las seis de la tarde, sorprendí al «loro» de una banda de piratas del pino Oregón. Amenazó con un cortaplumas. Tuve que corretearlo con el bate. No corrió sangre.

Ayer por la tarde una tormenta de arena nos cubrió, a mí y a mis perros. Cubrió la casa, cubrió todo el campamento y cubrió el sol. Y el día se hizo noche.

Pero entre estas notas, y cientos de otras similares, encontró algunas que hablaban de su amor por U. L., designada solo con las iniciales.

Hoy me pareció ver el talle de U. L. doblando en la esquina de la calle Mil Delicias.

Esta tarde fue una tarde buena para mí: el viento de las cuatro me trajo la melena de leona dorada de U. L. esculpida en una nube.

Hoy en mi ronda nocturna U.L. me volvió a penar: al pasar por la Filarmónica, la oí reír su risa de loca desatada.

Sin embargo, en ninguna de esas notas se mencionaba un violín. Por lo menos no en el libro número 1, que terminó de leer en cuatro horas. Los libros se podían leer en menos tiempo, pero había que ir desentrañando la letra enmarañada de don Ursicinio. Con el agravante de que los primeros libros estaban escritos con lápiz de grafito, por lo que las notas, con los años, se veían difuminadas.

Por otra parte, lo que tenía sorprendido a Tristán, más que las novedades mismas, era la forma en que estaban escritas. Don Ursicinio tenía aires de poeta, aunque él no lo supiera.

O tal vez sí lo sabía.

* * *

El lunes, Tristán despertó temprano. Se quedó un rato mirando al techo. Creía que si hallaba una sola nota que mencionara un violín sería prueba fehaciente de que don Ursicinio era quien tocaba tan endiabladamente bien como Niccolò Paganini, su antepasado.

Se levantó. Hoy le tocaba baño. Para no derrochar agua se bañaba día por medio. Don Ursicinio lo hacía una vez por semana, solo el día de tren. «Baño a tarrazos», lo llamaba Tristán. Había que llevar el agua al patio en un tarro de manteca, al que le pusieron aro, y llevar un tarro de leche Nido, sentarse calato en una batea de lata y, con el tarro de leche, ir sacando agua del tarro de manteca y derramándosela encima.

Luego acompañó al anciano a desayunar.

Cuando don Ursicinio, con su viejo abrigo negro, largo hasta las rodillas, salió a su ronda

mañanera, Tristán se sumergió en la lectura del Libro de Novedades N° 2. Tenía la esperanza de subir a flote con una perla entre los dientes.

Cuando el anciano volvió, a las once de la mañana, Tristán ya estaba convertido en un Champollion para descifrar los jeroglíficos de don Ursicinio: tenía más de la mitad del libro leído. Pero había pescado muy poco y ninguna perla todavía.

Al verlo tan entusiasmado en la lectura, el anciano le preguntó por qué le interesaban tanto.

—Pura curiosidad —le contestó Tristán, con el mismo rictus de ironía con que contestaba él.

—Ajá.

—Y sabe qué, don Ursicinio, dejando de lado su letra de doctor, usted, aparte de tener buena ortografía, escribe muy bien. Yo creo que usted, con todo lo que cuenta en sus páginas, podría escribir un buen libro de cuentos. O, en su defecto, armar una novela.

El don lo miró con cara de qué me está diciendo este baboso.

—¿Cuentos? ¿Novelas? ¿Me está queriendo decir, jovencito, que lo escrito en los libros es todo mentira, ficción, inventos míos?

Tristán quiso disculparse.

—Mire, don, si lo que aparece en estos libros es todo real, está muy bien. Pero si está mezclado con ficción, con imaginación, con inventos suyos, entonces está doblemente bien.

El anciano no lo quiso oír más. Le dio la espalda y se puso a cocinar la proletaria porotada de los lunes. Por la noche los había dejado remojando.

* * *

El día martes, en vísperas de su partida, Tristán siguió leyendo toda la mañana sin hallar nada que acusara un violín. El anciano, por su parte, escribía como afiebrado en su nuevo Libro de Novedades. Daba la impresión de que sí habían ocurrido cosas en este caluroso mes de enero y que ahora se estaba poniendo al día. Sería interesante echarle una ojeada al libro, ver qué habría escrito sobre la aparición de un tipo con un violín en Altagracia. Pero el don no lo descuidaba.

Por la tarde, antes del té de las cinco, cuando el anciano recién había salido a una ronda, Tristán encontró una perla. Una nota en el Libro de Novedades N° 3 lo hizo saltar en el sillón.

—¡Eureka! Lo tengo. Ahora sí que el don no se podrá correr por la tangente.

No terminaba de celebrar aquello, cuando el 27 de Octubre, el perro más negro, volvió solo de la ronda. Se paró frente a él gimiendo. Lo miraba con ojos de perro pordiosero y gemía.

¡Algo le pasó al don!, se dijo Tristán. Y salió detrás del perro. En el porche del lote de cachivaches arrumados, tomó un tubo de fierro y sin gritar, sin voz de mando, sin chasquear los dedos, mandó a correr al animal, que no dejaba de gemir. El perro se dirigió rumbo a la plaza, y él corrió detrás, siguiéndolo a corta distancia. Al llegar, le pareció oír el motor de un vehículo. ¡Mierda!, se dijo, deben ser los ladrones de pino Oregón. Y comenzó a gritar:

—¡Don Ursicinio! ¡Don Ursicinio! ¡Llegaron los carabineros!

Y cambiando la voz:

—¡Sí, don Ursi, ya llegaron los carabineros!

Sus gritos hacían eco en todo el ámbito del campamento. Tristán sabía que lo oirían, así como él y la joven de los ojos risueños oyeron claramente los gritos de su madre desde la torre de la iglesia. En la plaza el perro giró hacia la pulpería y él detrás, gritando:

—¡Allá vamos, don Ursi!

El perro entró a la pulpería y él seguía gritando a todo pulmón y a dos voces. El perro lo llevó a una bodega detrás de la sección abarrotes. Iba a gritar de nuevo cuando oyó arrancar un camión. Alcanzó a ver que era azul, con tolva alta, en donde llevaban algunas vigas. Entró a la bodega. En un rincón, tirados en el piso, halló a don Ursicinio y al 27 de Mayo. Cada uno en su charco de sangre. Temblando, se acercó al anciano cuya sangre le brotaba por una herida en la cabeza. Le tomó el pulso. ¡Estaba vivo! Se sacó la camiseta y se la ató en la cabeza para estancarle la sangre. El don seguía inconsciente cuando Tristán salió corriendo a la casa y volvió con la carreta del porche. Primero subió al don, y luego, a su lado, acomodó al 27 de Enero. El perro estaba muerto.

* * *

Cuando don Ursicinio volvió en sí, se hallaba tendido en su cama y Tristán le limpiaba la sangre de una herida en la sien derecha que al principio le brotaba a borbotones.

—¿Y los rateros? —balbuceó el anciano.

—Tranquilo, don, que los malos ya se fueron. Los espanté a puros gritos —dice, riendo, Tristán.

El anciano trató de sonreír, pero su cara no pudo. Entonces preguntó por el perro y si los ladrones habían alcanzado a llevarse mucho material. Tristán dijo que los piratas solo alcanzaron a llevarse un par de vigas y que, lamentablemente, el perro estaba muerto.

Al anciano se le aguaron los ojos. Dijo que tenía que ir a verlo, y trató de levantarse. Que no podía, dijo Tristán, que aún no le estancaba la sangre. Para distraerlo, le pidió que contara cómo fue que pasó todo. Don Ursicinio, a puros balbuceos, dijo que oyó ruido al interior de la pulpería y entró con el bate en la mano. Pero ellos eran tres y se le fueron encima a quitarle el bate. Y mientras forcejeaba con ellos, el 27 de Mayo y el 27 de Octubre, sin ladrar ni gruñir sino emitiendo una especie de rugido que nunca les había oído, saltaron sobre los rateros. Mordieron a dos, pero el otro logró arrebatarle el bate, con el que golpeó en la cabeza a 27 de Mayo, el más negro. No alcanzó a ver qué pasaba con 27 de Octubre porque sintió un golpe en la cabeza y ya no supo más.

—Menos mal que el golpe fue de refilón —dijo Tristán—. Si hubiese sido de lleno, a esta hora

estaría en el cielo con el perro. Si es que en el cielo no se prohíbe la entrada a los perros, como en las iglesias.

El anciano aseguró que los tipos no eran de ninguna banda, solo unos idiotas que aprovecharon la ocasión, nada más. Seguramente andaban perdidos buscando la carretera y al pasar por aquí quisieron llevarse algunos palitos de recuerdo.

Mientras Tristán le estancaba la sangre a pura agua con sal, le preguntó si tenía vendas y alcohol por ahí.

—Que no —dijo el anciano.

—¿Y alguna sábana limpia?

—En la maleta del medio.

—¿Y colonia?

—En la primera maleta.

Cortó dos tiras a lo largo de la sábana. Desinfectó la herida con Agua de Colonia y la cerró un poco a puro parche curita, que él llevaba en la mochila. Luego procedió al vendaje de la cabeza.

Don Ursicinio comenzó a lagrimear de nuevo.

—No puedo dejar a 27 de Mayo allá, tirado como un perro —dijo.

—No se preocupe por eso, don, el perro está afuera, en el porche.

* * *

—Estamos listos, don.

La venda alcanzó para tantas vueltas que le quedó hecho un turbante.

—Gracias, joven.

—¿Y no quiere el espejo? Ahora parece un faquir hindú.

—No, solo quiero ver a mi perro.

—No le conviene levantarse, ahora tiene que descansar. Más tarde, con la fresca, le hacemos un funeral.

—Y a propósito, ¿cómo se las arregló para traernos hasta la casa a mí y al perro?

—Fácil, vine a buscar la carreta y me los traje a los dos como sacos de papas.

El anciano pareció sacudido por un golpe eléctrico, se quedó mirando a Tristán con ojos de insano. Después rompió en llanto. Tristán no supo qué pensar.

A medianoche lo comprendería.

* * *

Al atardecer sepultaron a 27 de Mayo en el patio de la casa. Cavarón la fosa apegada al muro que daba con la cancha de tenis. Ninguno de los dos sabía rezar. Tristán ni siquiera sabía persignarse.

Descansa en paz fue todo lo que dijeron. Don Ursicinio marcó una cruz en el muro con una piedra. Al hacerlo rompió en llanto de nuevo.

Cenaron en silencio, y terminaron hundiéndose en los sillones. El anciano le agradeció a Tristán lo que había hecho por él.

—Hoy se lo pagaré, le contaré la historia de mi mal de amor.

—¿Con violín incluido?

—Usted es como un sabueso, ¿no? Jamás suelta la presa. A ver, deme una sola razón por la que cree que yo toco el violín.

—Puedo darle varias, pero si quiere una sola, ahí le va —fue hasta el cajón de los libros y tomó uno—. Este es el Libro de Novedades N° 3, en la página 22, fecha 11 de julio de 1944, hay una nota escrita de su puño y letra que deja muy en claro que usted tiene o tuvo un violín. Si no se acuerda, escuche: «Para mi amada U. L., a tres años de su partida: A estas alturas ya te habrás dado cuenta, mujer, de que cambiaste la nobleza del violín por la camorra del acordeón».

—Ajá, para esto quería leer mis libros, ¿verdad?

—Lo siento, don, lo estoy haciendo porque creo que el mundo debe conocer el talento del último de los Paganini.

Don Ursicinio guardó silencio.

Luego de un rato prendió un cigarrillo, tiró el humo sin hacer argollas y, con ánimo condescendiente, dijo que él tenía claro que el violinista hacía lo que hacía con buenas intenciones.

—Sin embargo, jovencito, espere a que le cuente mi mal de amor, y hablamos.

* * *

—Yo rondaba los treinta y cinco años cuando la conocí —comenzó a contar don Ursi—. Ella era una jovencita de diecinueve años enfundada en un cuerpo de mujer veinteañera. Llegó a Altagracia junto una amiga dos años mayor que ella. Dijeron que venían de Ovalle y que buscaban trabajo. Las contrataron en la pulpería, de empaquetadoras. Su amiga no alcanzó a estar dos meses en Altagracia y se fue a Antofagasta con un hombre de malos antecedentes. Cuando la conocí, ella llevaba solo dos semanas en la localidad. Fue en un baile. Era la mujer más bella que había visto nunca, belleza que se elevaba al cubo cuando salía a bailar. Su actitud, las líneas de su cuerpo y su modo de bailar intimidaban a los jóvenes de su edad. Se llamaba Uberlinda Linares. Y aunque lo único que teníamos en común era que los dos veníamos del interior de Ovalle, yo de Monte Patria, ella de Sotaquí, a los tres meses nos casamos. Un día le pregunté si le sonaba mi apellido. No tenía idea. Le dije que era el apellido de un violinista italiano, el más grande de la historia. Con su mejor carita de muñeca me dijo: «Para mí no hay nada más latoso que la música de violín». Así era ella: directa como patada de mula. Además, le traía malos

recuerdos, dijo. Y es que en el orfanato de donde había huido con su amiga (lo del orfanato y su huida me lo contó un día antes de casarnos) había una monja, la más castigadora de todas, que se creía violinista. Su violín sonaba horrible. No me importó. Éramos felices, al menos yo lo era. Lo único que empañaba en algo mi felicidad era el hecho de que Uberlinda se negaba a darme un hijo. Cada vez que le sacaba el tema me decía, mimosa: «No querrás que se deformen las líneas de este cuerpecito, ¿verdad?». Ella cuidaba su cuerpo como un ánfora de placer. Yo no quería que el apellido Paganini desapareciera conmigo.

Aquí el anciano guardó silencio. Respiró hondo como para ahogar un sollozo. Y enseguida sacó un cigarrillo. Pero no lo encendió y siguió hablando:

—Alcanzamos a vivir juntos cerca de quince años. Su único quehacer en la vida era ella misma. Además, tenía un algo misterioso: mientras yo me volvía cada vez más viejo, ella parecía rejuvenecer cada día. En el último tiempo no sé qué aire malo la tocó, que le dio por reclamarme que ya no salíamos lo suficiente. Que se le estaba marchitando el corazón. Que ella era joven y necesitaba salir, ir más seguido al cine, a bailar. Sobre todo, a bailar. En las pistas de baile su cuerpo campante y sus escorzos sensualísimos eran un espectáculo. El baile me pone en éxtasis, decía. Los hombres aullaban. Para darle el gusto, y mantenerla contenta, nos pusimos a organizar pequeñas fiestas en el living de nuestra casa. Cada fin de semana invitábamos a algunos matrimonios amigos y bailábamos con música de victrola, a veces hasta el amanecer. Cada matrimonio cooperaba con algo. Como dije, íbamos a cumplir quince años de casados cuando ocurrió lo que ocurrió. Yo trabajaba en la mina. Un día llegó a la cuadrilla un joven que venía del sur. Nunca dijo de qué ciudad o pueblo, solo decía *del sur*. Yo había conocido a varios de su laya, que se avergonzaban del nombre de su pueblo natal, porque si era muy extravagante, los viejos de inmediato se lo colgaban como apodo. Yo conocí algunos casos, por ejemplo: el Piedra colgá, el Putú, el Cherquenco. El trabajador nuevo era un joven fornido y muy simpático. Se llamaba Lorenzo Anabalón, y aunque yo era mucho más viejo que él, nos hicimos amigos desde el primer día. Un día supe, por uno de sus compañeros de camarote, que Lorenzo tenía un acordeón, y que lo tocaba muy bien. Ese fin de semana lo invité a la fiesta, le expliqué de qué se trataba y le pedí que lo llevara. La fiesta fue un éxito. Lorenzo, además de ser un gran acordeonista, descolló como bailarín. Un rato bailábamos con la música de su acordeón y otro rato con la victrola. Esa noche bailó, habló y galanteó con todas las mujeres, excepto con mi Uberlinda. A ella ni la miró. Me pareció extraño porque en todas partes los hombres babeaban por sacarla a bailar. Ella a veces accedía, pero eso sí, nunca un lento. «Los lentos con mi marido», decía. Tarde entendí que el comportamiento de Lorenzo Anabalón aquella noche no había sido precisamente por respeto a mi persona, como al principio creí, sino que se trataba de una táctica de seducción. Eso lo aprendí después, y en ningún libro, simplemente se lo oí decir a un viejo carrilano: «A las mujeres bellas y rogadas hay que darles con el látigo de la indiferencia». Táctica, al parecer, muy efectiva, porque a Lorenzo esa misma noche le dio

resultado. Al final de la fiesta, cuando todos se preparaban para irse, la vanidad herida de Uberlinda no soportó más la indiferencia de ese hombre que tenía a todas las mujeres embrujadas. ¡Vamos a bailar la última!, dijo a los invitados. Y fue hasta la victrola, puso un disco, tomó de la mano al acordeonista y lo sacó a bailar. Nunca la vi haciendo eso con ningún hombre. Y más encima era un lento. Esa noche todo el mundo quedó hablando maravillas del acordeonista, de modo que lo seguimos invitando y acabó convirtiéndose en el alma de las fiestas.

Aquí el don encendió el cigarrillo que mantenía entre los dedos, no hizo ninguna argolla, y prosiguió:

—A seis meses de la llegada del acordeonista, corrió la bulla de que Altagracia iba a paralizar sus faenas, iba a apagar sus humos, iba a convertirse en otro pueblo fantasma. Un día de enero, un mes antes de que la bulla se hiciera realidad, y la gente tuviera que emigrar, mi mujer desapareció. Al día siguiente, temprano, puse la denuncia en Carabineros. Por la tarde supe que se había ido con el acordeonista. Lo supe en la pulpería. Se rumoreaba que alguien los había visto subir en el tren con rumbo al sur. Nunca supe de dónde era el acordeonista, por eso nunca pude ir a buscarla. La quería encontrar no para «lavar mi honra» o «reivindicar mi honor» —esas son pendejadas, les decía a mis amigos—, sino para preguntarle qué hice mal, para tratar de repararlo y así volver a ser marido y mujer. Cuando días después la oficina apagó los humos y todos teníamos que emigrar, me las ingení para que me dejaran de sereno, de ese modo podía seguir esperándola. De eso hace ya veinte años, tres meses y doce días, y aún la sigo esperando. Sé que un día mi Uberlinda volverá. Por eso no puedo irme de aquí. Por eso cada miércoles, día de tren, visto mi mejor traje, limpio bien mis zapatos, me empapo de Agua de Colonia Inglesa y me voy a la estación a esperarla. Muchas veces ha sucedido que, desde la ventanilla de un coche, una mujer me mira y me sonrío y yo la hallo parecida a ella y, enloquecido, grito y subo al coche para abrazarla. Pero nunca es ella. La sigo esperando porque sé que cualquier día el mismo tren que se la llevó me la traerá de vuelta.

* * *

Iba a ser la medianoche cuando don Ursicinio terminó de contar su mal de amor. Se quedó un rato hundido en el sillón con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Tristán pensó que terminaría su narración llorando, pero no parecía tan afectado. Aplastó su cigarrillo con el pie, extrajo su pelotón de pañuelo, se limpió los mocos, estrepitosamente, y dijo:

—Supongo que me creyó, ¿verdad?

—Claro que sí, pues, don, bien intenso su mal de amor, pero el violín no apareció por ninguna parte.

—Tenga paciencia, aún no he terminado. Lo que le acabo de contar es la versión oficial, la que

todos aceptaron y que aún repiten cuando se da la ocasión. Ahora le voy a contar la historia oculta de esta historia, esa que lleva veinte años fermentando en mi interior, pudriéndome el corazón, y que nunca he contado a nadie, porque nadie me había inspirado la confianza que me inspira usted, señor violinista. Ahora sé que usted es la persona que, con solo oírme, aliviará mi mal de amor. Será como un exorcismo —sacó su Longines—, son las doce de la noche, la hora perfecta para contarla.

Tristán se removió inquieto en el sillón.

Se estaba asustando.

El anciano prosiguió:

—Luego de esa fiesta en que por primera vez vi a la Uberlinda bailar abrazada con otro hombre, empecé a inquietarme. No querer darme un hijo y no dejarme tocar el violín (solo podía hacerlo cuando ella no estaba) podía soportarlo. Pero que viniera ahora a ponerme los cuernos... Esos toqueteos al bailar, la manía de hablar en susurros y las miraditas de burla que me daban las otras mujeres, me fueron haciendo una llaga en el vientre. Cuando estaba solo bramaba de celos. A Uberlinda no le decía nada. No se fuera a enojar. Me convencía a mí mismo de que lo mío eran solo sospechas, presunciones, indicios. Que no tenía nada en concreto para enfrentarla. Hasta que una noche, un mes antes de la paralización de la oficina, la Uberlinda llegó demasiado tarde de sus clases de corte y confección, donde se había inscrito hacía cinco meses. Eran clases de siete a nueve de la noche, tres días a la semana, según lo que me había dicho. Después supe que eran de siete a ocho. Bueno, esa noche Uberlinda llegó más tarde aún. Yo estaba ensayando con mi violín cuando la oí abrir la puerta. No tuve tiempo de esconderlo. Llegó radiante, como no la veía desde los días en que nos conocimos. Venía con todas sus luces encendidas. No me dijo nada por el violín. Yo ni siquiera pude decirle lo linda que se veía porque antes de que yo abriera la boca se paró ante el espejo de cuerpo entero, hizo un giro de media vuelta y, mirándose y palpándose sus glúteos firmes, dijo, como al desgaire: «Mañana me voy». Se paró frente a mí, sin arrugar el ceño, casi sonriente. «Que mañana me voy al sur con Lorenzo». Fue como una patada de mula en los compañeros. Ante mi cara de espanto, volvió al espejo y desde ahí, sin mirarme, dijo que suponía que ya me había dado cuenta de lo que pasaba entre ellos. Yo no podía hablar. Que se iba con él, dijo, no porque yo haya sido un mal marido. Solo que con Lorenzo se amaban desde antes de que se vieran por primera vez. Quizás de otra vida. Y así como ella, dijo, me había dado los mejores años de su juventud, ahora iba a gozar de la juventud que le ofrecía ese hombre. Le rogué, le lloré, le supliqué, me arrodillé. No hubo caso. Ya totalmente abatido, de a poco fui cediendo y al final me rendí. Sin embargo, porque la amaba más que a nadie en el mundo y no quería que le hicieran daño, le dije que me gustaría hablar con él. «¿Y para qué? ¿Qué le vas a decir?», preguntó ella. Sería una conversación de hombres. «¿Acaso vas a insultarlo? ¿O a pegarle?». De ninguna manera. Le dije que la amaba tanto que iba a pedirle que la cuidara, que no la maltratara. Que era una mujer digna de que la quieran como la

quería yo. Ahora, si desconfías... «¡Claro que desconfío!», me dijo ella. «Quiero estar presente, oír todo lo que le digas». Para hacerme ver lo decidida que estaba, tomó de nuevo su cartera y dijo que iba a buscarlo al tiro. Que después no habría tiempo porque se iban mañana mismo en el tren del sur. Dile que traiga su acordeón, alcancé a decirle. Yo pongo las cervezas. Al rato los oí en la calle, eran ellos. Venían riéndose. Entraron a la casa abrazados. Él traía su acordeón. Para abreviar, los maté a los dos.

* * *

Tristán quedó helado. No sabía qué decir ni qué hacer ante la confesión del anciano.

Don Ursicinio sollozó un buen rato con la cabeza echada hacia atrás. Luego sacó su pañuelo y se limpió los ojos.

—Parece que los Paganini y sus diletantes estamos condenados a matar a nuestras amantes, como dicen que hacía el maestro. ¿No le parece, violinista?

—Si usted lo dice, don.

Luego encendió otro Particular y exhaló el humo sin ningún divertimento. Se acomodó en el sillón y prosiguió contando:

—Puse los cuerpos en dos sacos de gangochó y los cargué en la carreta. En medio de los dos acomodé el acordeón y a la medianoche los llevé al cementerio, único lugar donde, pensé, no se les ocurriría buscarlos. Llevé pala y chuzo.

—Me va a decir —interrumpió Tristán— que los llevó en la misma carreta en la que yo lo traje a usted medio muerto.

Don Ursicinio asintió con la cabeza.

—Ahora me explico su reacción cuando le conté.

—Jugarretas de la vida —dijo el anciano. Y siguió narrando—: Para mi suerte, esa noche se llevaba a cabo un festival de boxeo regional en la oficina. Se había instalado un cuadrilátero en la cancha de básquetbol, y el programa era de lo mejor que se había visto en Altagracia. Sobre todo la pelea de fondo, donde se enfrentarían el campeón de Antofagasta, Patricio Rojas, el «Asesino del ring», con el representante local, ídolo de la oficina, el gran Emilio Torres, el Pampero. De modo que todo el campamento estaba en el estadio viendo las peleas. El griterío de la gente alentando a los púgiles locales resonaba en la alta noche pampina. De modo que crucé las calles sin que nadie me viera. Trabajé toda la noche cavando una fosa. La hice en una de las esquinas del cementerio, apegado al muro del fondo. Ahí los enterré a los dos juntos, y encima les puse el acordeón. Cuando terminé de aplanar la tierra, ya comenzaba a clarear, tomé una piedra puntuda y gravé en el muro de adobe una pequeña cruz. Ese fue mi único signo piadoso. Todo esto lo hice llorando.

—Eso fue un 28 de enero, ¿verdad? —dijo Tristán, que oía todo con la boca abierta—. Por eso

la flor de papel y la ida al cementerio.

El anciano asintió con la mirada.

—Y eso de enterrarlos con el acordeón, ¿fue un acto de ternura o de perversidad?

—En verdad fue solo por coartada. Que Lorenzo se hubiese ido con lo puro puesto era creíble, pero que no se llevara su acordeón habría sido sospechoso, ¿no? Por eso lo enterré con ellos. Por igual razón hice desaparecer todas las joyas de Uberlinda y quemé algunos de sus vestidos más elegantes. Y al mismo fuego tiré su carnet de identidad. Al día siguiente, luego de la partida del tren al sur, armé todo un plan de despiste por si se ponían a investigar los desaparecimientos. Todo el mundo sabe que para la policía el cónyuge de la víctima es siempre el primer sospechoso. A las cuatro de la tarde salí a ver a algunas de las amigas de Uberlinda. Escogí a las de lengua más filuda. Fui a preguntarles si la habían visto, si sabían algo de ella. No la encuentro por ninguna parte, les decía. La misma pregunta le hice a dos amigos que encontré en la calle. Y como toda Altagracia estaba al tanto de mis cuernos, enseguida se empezó a correr la bola de que la Uberlinda Linares andaba escondida por ahí con el acordeonista. Después fui a Carabineros. ¿Estás seguro de que no sabes a dónde se fue tu mujer?, me dijo con un mohín de burla el sargento de guardia. Si supiera ya la habría ido a buscar, dije en tono de lamentación. Al día siguiente me fui a meter a la pulpería, centro social del cahuín pampino, a las once de la mañana, hora en que había más gente. Ahí, poniendo cara de globo desinflado, me bastó con decirle a dos o tres personas que alguien ayer había visto a mi Uberlinda embarcándose en el tren del sur en compañía de Lorenzo, el acordeonista, para que la bola corriera rápidamente y, ya por la tarde, todo el mundo repetía lo de la huida al sur de los amantes. Incluso aparecieron dos o tres personas que decían haber visto a la pareja subiendo al tren. Y hubo alguien que aseguró que el hombre llevaba su acordeón. Pedí tres días de permiso en la mina. Para calmar mi espíritu, argumenté. Me los dieron sin problema. Y si necesita más nos avisa. Todos me hablaban y miraban con compasión. A la semana siguiente, el día en que llegaba el tren procedente del sur, le puse la guinda a la torta. Me bañé, me afeité, me empapé de Agua de Colonia Inglesa, vestí mi mejor terno y me fui a la estación. Espero a mi mujer, le dije al primero que me preguntó en qué andaba. En este tren se fue, en este tren va a volver. Frase que comencé a repetir con algunas ligeras variantes: Este tren me la llevó, este tren me la traerá. Las semanas siguientes hice lo mismo. Para todo el mundo la traición de Uberlinda Linares me había venteado el cerebro. Y no andaban muy errados. Tanto quise a esa mujer que me quedé encerrado aquí nada más para estar cerca de ella. Todo lo que he escrito en los libros de novedades es absolutamente cierto. Me ha penado muchas veces. La he sentido reír, la he entrevisto doblando alguna esquina, he olido el aroma de su perfume, o de lo que usaba como perfume. Porque en varias oportunidades la sorprendí desnuda frente al espejo untándose delicadamente flujo vaginal detrás de las orejas, su secreto para enardecer a los hombres. Así era ella. Como de otro mundo.

—¿Y el violín, don Ursicinio? —preguntó Tristán, aún pasmado por la confesión.

—Ajá, le acabo de confesar un crimen horrendo y el jovencito del carajo me pregunta por el violín —de un bolsillo de su viejo abrigo negro, largo hasta las rodillas, sacó su Longines—: van a ser las dos de la madrugada. Vamos a dormir. Mañana como despedida capaz que le cuente sobre el violín.

* * *

Al amanecer del día miércoles, día de su partida, Tristán despertó agobiado. Había soñado toda la noche con mujeres asesinadas y violines ardiendo.

Oyó al anciano trajinar en la cocina. Andaba con una toalla atada a la cintura. Recién se había bañado. Tristán se levantó y se fue directo al baño. Al volver a la sala, don Ursicinio se veía irreconocible. Además de haberse afeitado y peinado, se había cambiado de ropa. Lucía un terno azul marino a rayas, camisa blanca y chaleco de fantasía. Y en vez de sus calamorros enterrados, unos impecables zapatos de charol. Quedaba confirmado: era él el fantasma de la estación.

Tomaron desayuno en silencio. Tristán con cara de acontecido, don Ursicinio, aunque no se levantó silbando, se veía contento. Tristán le preguntó la hora. Iban a ser las nueve de la mañana.

—El tren pasa a mediodía, ¿no?

—Debiera, aunque con el Longino nunca se sabe. Son muy pocas las veces que llega puntual. Me acuerdo de la vez que se retrasó catorce horas: estuve las catorce horas sentado en el andén. Con que nos vayamos a la estación media hora antes del mediodía está bien.

—¿Nos vamos? No me diga que, después de lo que me contó, va a ir esperar a Uberlinda Linares.

El anciano se levantó de la mesa, retiró los tazones, y lo invitó al living.

—Ya es hora de que le cuente lo del violín.

Y hundidos en los sillones, comenzó diciendo que lo contado el otro día sobre su nacimiento, lo que pasó con sus padres biológicos y lo de la familia chilena que lo crio, era todo cierto. Como cierto era que recién a los quince años se había enterado de la importancia de su apellido.

—Pues bien, al cumplir mis dieciséis, mi padre en Italia enfermó gravemente. Al saber que iba a morir, me envió lo que refrenda fehacientemente mi descendencia de Niccolò Paganini.

El anciano guardó silencio un instante. Luego sacó un Particular, lo encendió, se olvidó de las argollas y dijo:

—¿No desea saber el joven violinista qué me envió mi padre desde Italia?

Y antes de que Tristán alcanzara a responder, don Ursicinio continuó con otra pregunta:

—Se dice que, a lo largo de su vida, Paganini tuvo cientos de violines. ¿Sabe usted cuántos poseía al momento de su muerte? Tenía cinco: dos Stradivarius, dos Amati y un Garnerius. Este último fue su violín favorito, «el amor de mi vida», decía él mismo. Y por la potencia de su

sonido, hasta le tenía nombre: *il mio cannone violini*. ¿Sabía usted que ese violín se conserva en el Museo de Génova?

—Sí, lo sabía —alcanzó a decir Tristán.

—¿Pero sabe qué pasó con los otros cuatro? Yo se lo voy a contar. Paganini dejó uno a su hijo Ulises y los otros a tres de sus familiares más cercanos. Cada uno de ellos fue dejando el violín a sus hijos y esos hijos a sus hijos. Y así, cada uno de los violines fue pasando de generación en generación. Ningún heredero podía vender el suyo pues se dice que el día antes de su muerte, luego de echar a patadas al sacerdote que fue a darle los santos óleos, Paganini imprecó que una maldición caería sobre el familiar que osara vender alguno. Ya habrá adivinado lo que me dejó mi padre de herencia, ¿verdad?

Tristán tenía los ojos redondos.

—¿Uno de los cinco violines?

—Exacto. Y es uno de los Stradivarius. Si esto no prueba que soy descendiente de Paganini, no sé qué podría demostrarlo. Más aún, soy el último Paganini sobre la tierra, porque no tengo descendencia.

Tristán lo oía con cautela. No fuera a ser que el anciano resultara un charlatán de imaginación desatada.

—¿Quiere verlo? —ofreció don Ursicinio.

* * *

Faltaba poco para las once de la mañana. Había que partir a la estación. Afuera, cosa rara, el cielo se estaba nublando.

—Claro que me gustaría verlo. Pero debe saber una cosa, don, yo sé reconocer perfectamente esos violines.

Don Ursicinio no dijo nada, se paró, fue a su museo y regresó.

—El estuche ya es precioso —dijo Tristán.

—Cuando un violín no se va a usar por largo tiempo —dijo en tono didáctico el anciano— hay que aflojarle las cuerdas y guardarlo en un estuche bien acolchado y lo más hermético posible, como este. Mi violín lleva veinte años guardado. Desde que se fue mi Uberlinda, nunca más lo usé. Y ya lo verá: está intacto.

El anciano lo puso sobre la mesita de centro.

—Es una maravilla, ya lo verá.

Lo abrió. Y lo que Tristán vio era más que una maravilla, era un ángel con forma de violín.

Quedó embelesado.

—Tómelo, pues, joven —oyó que le decía el don.

Cuando Tristán lo levantó tuvo la sensación de tener en sus manos algo vivo. Si hubiese sido

ciego, su tacto habría captado algo así como el sutil palpitar de un corazón de pájaro.

—¿Qué tal, jovencito?

—Debe tener un sonido de aleluya —susurró Tristán—. ¿Puedo tensar las cuerdas y sacarle algunas notas?

—Por supuesto. Si es suyo.

Tristán lo miró, incrédulo.

—No me jorobe, pues, don. ¿Cómo que es mío?

—Mire, amigo Tristán —primera vez que lo llamaba amigo—, soy el último Paganini en el mundo, me quedan pocas vueltas en la carretilla, no tengo heredero a quien dejárselo y no quiero que caiga en manos profanas que solo pensarían en venderlo. En cambio sé que para usted el violín es sagrado. Y sé que jamás lo vendería.

Tristán emergió del sillón y comenzó a pasearse para allá y para acá. Se mesaba los cabellos, hacía pucheros, no sabía qué hacer ni qué decir. Todo era demasiado increíble. Tocaría un Stradivarius, y no uno cualquiera, sino uno que fue tocado por Paganini, ni más ni menos. Es asombroso, se decía.

—Si yo vine a dar aquí de pura casualidad.

Don Ursicinio lo rebatió al vuelo. Que esto no era ninguna casualidad. Tampoco había que culpar al destino. Él creía sinceramente que el diablo se la debió de jugar entera para hacer que el mejor discípulo de Paganini viniera a caer por estos desiertos para quedarse con el violín.

—Y ahora deje de gimotear, arregle sus cositas y tome sus violines, que ya tenemos que irnos a la estación.

* * *

Los hombres salieron de la casa a las once y diez. Tristán cargaba su mochila y el Stradivarius, mientras el don se acomodó a llevar el otro violín (cuando Tristán le dijo a don Ursicinio si le dejaba su violín, el anciano dijo que lo mejor sería que se lo regalara a algún niño de la escuela).

Caminaron un buen rato en silencio. A esas horas el cielo siempre azul de la pampa se había nublado. No hacía calor. Y pese a que la huella era de tierra, Tristán se fijó que los zapatos del anciano permanecían como espejos.

Don Ursicinio iba extrañamente abstraído.

De pronto se detuvo, miró a los ojos a Tristán y dijo que los males de amor hay que sacárselos de un solo tirón, como los parches de tela adhesiva.

—¿Por qué me dice eso, don?

Don Ursicinio se metió la mano en el bolsillo interior de su paletó cruzado, sacó un sobre de carta sin cerrar y se lo entregó.

—Será mejor que lo lea cuando vaya viajando —dijo.

Tristán se preocupó. ¿Qué contendrá el sobrecito? Ya quería verlo. En la estación se acomodaron en el banco. Eran los únicos en el andén. De golpe, y a propósito de nada, sin quitar la vista del punto por donde aparecía el tren, el anciano preguntó como al desgaire si pensaba seguir viendo a su nieta.

Tristán se atolondró, no sabía qué decir.

—¿Por qué, don?

Don Ursicinio dejó de preocuparse del tren por algunos segundos, volteó la cabeza y lo miró a los ojos:

—Ella no es como su otra Margarita. Incluso a mi nieta le gusta la música clásica.

Tristán, incómodo, le quitó la vista. Luego dijo que tenía dos preguntas. ¿Podía?

—Adelante, profesor —dijo el anciano, que ya se había vuelto a mirar hacia el lado por donde aparecía el tren.

—Ahí le va la primera: ahora que ya sabemos de la existencia de otro violín en la casa, ¿va a seguir negando que usted es el violinista de aquella noche?

El anciano dio un suspiro de resignación:

—Le repito, yo no sé tocar el violín. Por lo mismo la Uberlinda no me dejaba hacerlo, decía que lo mío era pelea de gatos. Eres peor que la monja del orfanato, se burlaba. Debo ser el único Paganini que nunca aprendió a tocar el violín.

—¿Entonces quién fue?

—Si hubiese leído todos los libros de novedades se habría enterado de que oír música de violín en la noche es uno más de los fenómenos sobrenaturales que ocurren aquí, como oír el llanto de una guagua, la tos de un enfermo, o la risa alegre de la Uberlinda. La primera noche que me despertó una música de violín fue una en que me quedé dormido en el sofá del museo. Por lo que había leído sobre su forma de tocar el violín, imaginé que era el ánima de Paganini. Después, a través de los años, lo oí dos o tres veces más. Hasta la otra noche, cuando tocó para usted.

—¿Y no podría ser el diablo, don?

—¡Allá viene el tren! —gritó el anciano.

* * *

Primero se divisó un penacho de humo negro, enseguida se oyó el silbato ronco de la locomotora anunciando su llegada. La expresión del anciano mirando el tren a lo lejos denotaba esa ansiedad con que se espera el arribo de un ser querido. Tristán aprovechó de mirar el sobre. Lo que contenía le causó un tiritón de los pies a la cabeza, se le secó la boca y tuvo que sentarse. Era un recorte de la página social de un diario capitalino anunciando el próximo matrimonio de la señorita Margarita Echaurren Valdivieso con el economista señor Federico Márquez de la Plata.

Siempre mirando hacia el tren, el don dijo que estaba esperando la segunda pregunta. Tristán

parecía pasmado. Cuando el tren, aminorando su marcha, hacía su entrada a la estación, bufando, exhalando vapor, tocando su campana de bronce, Tristán apenas logró hacer la pregunta:

—Dígame, don Ursicinio, si esto de venir a la estación a esperar a su mujer fue solo una estrategia para evitar sospechas de su crimen, ¿por qué después de veinte años lo sigue haciendo?

La locomotora se detuvo. Sin dejar de escrutar las ventanillas de los coches, con la voz más esofágica que nunca, el anciano dijo que sí, que en efecto llevaba veinte años esperando a su mujer, y que la esperaría hasta el día de su muerte, y después de muerto su ánima la seguiría esperando. Y que si alguna vez el Longino deja de correr y levantan los rieles y desmantelan las estaciones, sentada en una piedra mi ánima seguirá esperando. Porque algún día, inapelablemente, el ánima de Uberlinda Linares tendrá que pasar en uno de esos trenes que van al Purgatorio.

Epílogo

El primer domingo de sus vacaciones en la Escuela Ecuador de Coya Sur, donde fue contratado como profesor de música, Tristán decidió hacer lo que tenía planeado de antemano: ir a ver a don Ursicinio. Habían pasado once meses y algunos días desde que se despidieron en la estación de Altagracia.

De modo que se embarcó en El Galgo Azul, la góndola que iba a Pedro de Valdivia. Primero debía ver a Margarita, preguntarle cómo hacer para ir Altagracia. Pero no solo por eso la quería ver. Sucede que esa Margarita había estado desplazando de su mente a la otra durante todo el tiempo de exilio. Según una teoría seudocientífica que Tristán había leído en una revista satinada, un desengaño amoroso demoraría en cicatrizar la mitad del tiempo que duró la relación. Sin embargo, desde los primeros meses de su estadía en Coya Sur venía sintiendo que la puñalada de la maligna sangraba cada día menos, y hasta comenzó a ver cierta la posibilidad de enamorarse de nuevo. Tenía razón don Ursicinio: la noticia de su casamiento fue como el tirón a un parche de tela adhesiva.

Llevaba la dirección de Margarita escrita en la mano. No demoró nada en hallarla. Estaba sentada en una banca en la puerta de su casa. Apenas lo vio venir se paró de un salto a recibirlo.

—Tanto tiempo —dijo, abrazándolo. Y, pizpireta como era, enseguida le preguntó, batiendo las pestañas, si venía a verla a ella o si todavía andaba en busca de una vacante de profesor de música.

Él le contó lo de su puesto en la escuela de Coya Sur.

—¡Entonces vienes a verme a mí! —dijo dando unos saltitos de niña.

—Sí —dijo Tristán—, y también para saber qué día sale el camión con las vituallas para tu abuelo. Quiero ir a visitarlo.

Los ojos dorados de Margarita se velaron instantáneamente.

—¿Que no sabes?

—¿Qué cosa?

—Mi abuelo murió.

Tristán sintió algo así como un gancho directo al hígado. No lo podía creer.

—Ocurrió hace ocho días —dijo la joven—. El chofer del camión aljibe lo halló colgado de la viga en donde ponía su lámpara de carburo. Vestía elegante. Era día de tren.

—¿Y se conocen los motivos?

—Basados en una carta de despedida que dejó, la policía cree que fue un arranque de locura. Mi madre no me ha dejado ver la carta. Según parece, en ella mi abuelo hace una confesión horrible. Dice que su mujer no lo abandonó, que antes de que lo hiciera la mató a ella y a su amante, y que los enterró juntos en una fosa que cavó en una esquina del cementerio. «Busquen una cruz rayada en el muro», dice la carta. La policía dio con una cruz. Pero excavaron y no hallaron nada. ¿Te das cuenta?

Él no sabía qué decir. La abrazó.

De pronto, Margarita secó sus lágrimas y lo quedó mirando como si recién lo hubiese visto. Sonrió y dijo:

—Mira tú la coincidencia, anoche, ordenando las pocas cosas que rescatamos del abuelo, hallé algo que dejó para ti.

Entró a la casa y salió con algo envuelto en papel de diarios, atado concienzudamente con pita de saco, y con una nota que decía: «Entregar a Tristán el Triste».

Sorprendido, él le dio las gracias y comenzó a despedirse.

—Espera— dijo ella—, te voy a dejar.

La góndola salía de la plaza en una hora. Se sentaron en un escaño bajo la sombra de un pimiento. Hablando y mirándose a los ojos, la hora se les hizo un minuto. Al final se despidieron con un beso y un acuerdo: él vendría a verla a Pedro de Valdivia cada vez que pudiera y ella, cada vez que pudiera, iría a verlo a Coya Sur.

—Ahí veremos qué pasa —se dijeron.

Ya instalado en la góndola, Tristán San Martín no esperó llegar a Coya Sur para ver qué contenía el paquete que le dejó el don. Desamarró los nudos y rasgó el papel. Era el Libro de Novedades N° 15. Quedó desconcertado. Lo abrió por el medio. Lo hojeó un poco. No eran notas sueltas como en los otros libros. Este contenía un solo texto que ocupaba setenta y ocho hojas de las cien que tenía el libro. Setenta y ocho hojas escritas por ambos lados. Y con su enmarañada letra *pata de gaviota*. Pero él se había hecho perito en su grafía, de modo que se fue a la primera página y comenzó a leer:

Ahí va Tristán el Triste, profesor de música y genio del violín, aunque él no lo acepte. Ahí va tranqueando en medio del desierto, siguiendo una ardiente huella de tierra rumbo a su confinamiento.

Es pasado el mediodía y en el aire no flamea una hilacha de viento.

Sobre su cabeza el sol es una piedra en llamas...

FIN

Un hombre llega a Tricolor

Es lunes, y en mitad del cielo el sol irradia como si fuera domingo. Al volante de un Ford A, modelo 1927, Ángel Salomón cruza el desierto de Atacama rumbo a la oficina Algorta.

Lo acompañan Juan de Nadie y Eva La Scala.

Van preocupados. Hace rato que el motor del auto ha comenzado a refunfuñar. Para acortar camino —no vayan a quedar tirados en medio de este infierno— se internan por una huella de esas que quedaron de cuando en las calicheras se trabajaba con carretas tiradas por mulas; huellas que el tiempo y los vientos han ido desvaneciendo.

Son las dos de la tarde.

Una hora después están empampados.

Detienen el auto sin parar el motor. Bajan los hombres. Ángel Salomón se da una mirada rápida en el vidrio de su ventanilla: su negrísima cabellera incaica, larga hasta la cintura y atada en una cola de caballo, brilla metálica a los rayos del sol.

Secándose el sudor que le chorrea por la frente, ordena a Juan de Nadie, por ser más alto, que suba al techo del auto a ver si divisa algo que sirva de referencia. Nada.

No se ve ningún cerro, ninguna quebrada, ninguna señal de la naturaleza. Todo es llanura. Tampoco se avistan construcciones humanas, como postes de telégrafo o rieles de ferrocarril. La única señal de vida en esos parajes es un quinteto de jotes rayando en círculos el azul del cielo.

—Esos pajarracos de mal agüero —dice Eva La Scala— hace rato que nos vienen sobrevolando.

* * *

Son las cuatro de la tarde y los ocupantes del Ford A, modelo 1927, siguen desnortados. A su alrededor, solo el reflejo azul de los espejismos de agua creados por la reverberación de las arenas ardientes. Momentos antes de perderse, Eva La Scala había comentado que así de azul imaginaba la muerte causada por la sed.

—No se preocupen, somos muy jóvenes para morir —dice ahora Ángel Salomón.

Él tiene cuarenta años recién cumplidos. Juan de Nadie, su monaguillo, gimotea que él apenas tiene treinta y tres. La cantante lírica, Eva La Scala, incorporada a la gira solo cinco semanas atrás, se ve como la más tranquila y se niega rotundamente a decir su edad. Ángel Salomón le calcula entre veinticinco y veintisiete años.

El motor del Ford A, modelo 1927, ha comenzado a humear. No tienen agua para ellos ni para

el radiador. En cualquier momento el auto podría dejar de moverse y eso sería fatal. Atisbando el cielo por la ventanilla, la cantante lírica sigue pendiente de los jotes.

—Mientras la sombra de esos pajarracos no nos toque, podemos estar tranquilos —piensa en voz alta.

Los baches, las gibas y las depresiones de la huella de tierra zarandean al auto hasta casi desarmarlo. Ángel Salomón, aferrado al manubrio, ruega que el motor no se vaya a parar, maneja y despotrica contra el calor de mierda de estas peladeras del demonio, contra esta puta huella que se le ocurrió tomar, y contra la mismísima madre que lo parió.

Tendida en el asiento trasero, como si nada, Eva La Scala regaña a su jefe por lo soez de su vocabulario. Mientras, Juan de Nadie, mastodonte de dos metros y siete centímetros, algo tardo de mente, sentado de copiloto, atisba el horizonte sin dejar de rezar.

—Lo más carajo de todo —sigue despotricando Ángel Salomón— es que no sabemos dónde estamos ni para dónde cresta vamos. Si es que vamos a alguna parte.

Atravesando un territorio de pampa trabajada, de pronto el gigante señala algo. Detrás del oleaje de desmontes la punta de una usina brilla como un faro en medio de la tormenta.

—¿Qué es eso? —pregunta extrañado.

—¡Es una usina! —grita el charlatán.

—¡Nos salvamos, carajo, nos salvamos!

Y riendo eufóricos comienzan a azuzar al auto como si fuera un potro:

—Arre, cacharrito, arre.

En el asiento de atrás la voz de la cantante lírica, solo por joder a ese par de machos miedosos de morir, dice que aún no hay que tocar fanfarria, caballeros, que puede ser solo un espejismo. Fíjense que la usina no humea. Pero Ángel Salomón y su monaguillo no la oyen. En esos momentos ellos son unos náufragos divisando la costa.

Un poco más adelante, al subir una pequeña loma, la ven: ahí, a menos de quinientos metros, una oficina salitrera con su torta de ripios y todo.

—¡Vamos, cacharrito! —siguen azuzando al auto hasta llegar a la entrada. Allí, en un arco de latón oxidado, leen:

Bienvenido a Tricolor

Ángel Salomón, el más conocedor de la pampa, comenta nunca haber oído hablar de esta oficina. Detiene el auto (sin apagar el motor) y dice a su monaguillo que se baje ahí.

Juan de Nadie se baja.

Ángel Salomón saca la cabeza por la ventanilla:

—Attenti al lupo. Averigua lo más que puedas. Nosotros nos pondremos a trabajar en cuanto lleguemos a la plaza.

A duras penas el Ford A, modelo 1927, entra al poblado y, con el último aliento, alcanza a llegar a la plaza. Ahí exhala su último suspiro. Parece haberse fundido el motor.

—Duró mucho —dice Eva La Scala.

* * *

Un día antes de hacer su aparición en algún poblado, Ángel Salomón enviaba a su monaguillo a repartir volantes. Con sus dos metros y siete centímetros de altura, su carita de pan de Dios y su pelo negro y tieso, condecorado con dos remolinos de niño malo, Juan de Nadie causaba en la gente una extraña sensación, mezcla de temor y confianza. Y todo el mundo le recibía los volantes:

Ya está aquí Ángel Salomón, el Príncipe Incaico. Quiromántico, clarividente, mentalista, lector del tarot y doctor en yerbas medicinales. Maestro en el arte de expiar males espirituales, dolores corporales y penas del alma. Se hace lectura de mano y cartas del tarot en privado. Por su extensa trayectoria, el Príncipe ha sido diplomado y premiado con la Medalla de Oro de la Academia de los Rosacruces de Brasil.

Además, Juan de Nadie debía buscar y tener elegido el lugar más adecuado para presentar «su espectáculo», como dice el jefe, refiriéndose a sus cuarenta minutos de charlatanería. Desde la incorporación de la cantante lírica le dio por llamarlo «espectáculo astrológico-cultural». Y además, Juan de Nadie debía averiguar todo lo que pudiera sobre la situación y el ambiente del lugar al que llegaban: número aproximado de habitantes, si había iglesia o no había iglesia, si los vigilantes eran muy jodidos y cuál era la dotación de Carabineros. De ese modo, al día siguiente, el jefe hacía su entrada triunfal al poblado, sabiendo bien el terreno que pisaba.

Pero en esta ocasión no contaba con ninguna información del lugar y nadie había anticipado su llegada. Es más, hacía solo un rato ni siquiera sabía que existiera una oficina llamada Tricolor. De modo que tendría que actuar sin saber dónde pisaba ni con qué se podía encontrar.

Preocupado por la desventaja, antes de bajar del auto, le dice a Eva La Scala que hoy tiene que echar mano a su mejor repertorio y cantar con el alma. Ella frunce el ceño:

—Siempre lo hago, soy una profesional.

—Bueno, ahora tendrás que superarte a ti misma. Hazle honor a tu nombre y piensa que estás cantando de nuevo en La Scala de Milán.

Apenas Ángel Salomón baja del auto y pisa tierra, es embargado por una sensación extraña. Es raro, no parece ser lunes. Su olfato de sabueso nota en el aire un clima como de fiesta o de algo más potente, no sabe bien cómo definirlo. Que mire la plaza, le dice a la cantante lírica:

—¿Cuándo había visto una plaza borboteando de gente un día lunes? Y si se fija bien, todos van vestidos como si fuera domingo. Además, esa expresión en sus rostros y ese brillito de hacha guerrera en sus ojos denotan el arrebató que se apodera de las personas, por ejemplo, ante una declaración de guerra. Míralos bien: si parece que en cualquier rato se pintarrajean la cara, encienden una fogata y se ponen a aullar en torno al fuego.

Eva La Scala sonríe.

—¿No se estará tomando muy en serio su papel de clarividente, jefe?

* * *

Los visitantes del Ford A, modelo 1927, no sabían —no podían saber— que esa exaltación y ese ardor guerrero que veían en nosotros era porque en la madrugada de aquel mismo lunes nos habíamos atrevido a declarar la huelga. Huelga general e indefinida. Nadie salió a trabajar.

Nuestros dirigentes sindicales llevaban una semana en Antofagasta negociando el pliego de peticiones y, al parecer, aún no lograban nada. Se rumoreaba que en las primeras reuniones habían estado ganando, o más bien la compañía les estuvo concediendo, algunos puntos menores del petitorio. Después se vio que esa generosidad no era más que una estrategia. Porque ese viernes, al poner sobre la mesa el punto del aumento en el sueldo base, los tres abogados capitalinos contratados por la compañía se les rieron en la cara a nuestros dirigentes. Que el diez por ciento que pedíamos era una entelequia, dijeron en tono solemne los leguleyos. Y que deberíamos golpearlos el pecho tres veces ya que, tal como estaba la situación económica del país, hasta se había pensado rebajar los sueldos. Pero, en un acto de buena voluntad de parte de la compañía, les planteaban un aumento del uno por ciento en el sueldo base.

Y dieron por terminada la reunión.

Más encima, en un insolente gesto de paternalismo —palmaditas en la espalda y todo— los abogados, ante el rechazo del misérrimo aumento, acompañaron a nuestros dirigentes hasta la salida mareándolos con su verba de leguleyos capitalinos. Y ya en las puertas del edificio, urgidos nuestros dirigentes por la arrogancia y las palabras difíciles de los abogados, aceptaron al menos estudiar la propuesta. Entonces, como tiro de gracia, les dieron plazo hasta el lunes para convencer a sus bases. De lo contrario, la compañía retiraría los puntos del petitorio ya otorgados. Incluido el aumento del uno por ciento.

Cuando nos enteramos de la propuesta canalla de la compañía, y que nuestros febles dirigentes pensaban estudiarla, a los obreros se nos paró la pluma y les mandamos a decir que no había nada que estudiar, carajo. Que se volvieran de inmediato a la oficina. El lunes se apaga la usina y punto. Huelga general.

* * *

Ángel Salomón y Eva La Scala se cambian de ropa en el auto. Él adelante, ella en el asiento de atrás. Ella no tiene ningún empacho en cambiarse delante de él. Él, desde el primer día, intuyó que con ella solo podía tener una relación laboral, o de amistad cuanto más.

La cantante lírica se quita el pantalón vaquero y la camisa a cuadros. Ángel Salomón se quita

el mameluco color paquete de velas que usa para manejar. Ella se pone una vaporosa saya blanca y larga hasta los tobillos que, según cuenta, usó en algunas óperas. Él se pone pantalón, camisa negra y una chaqueta corta, también negra, con el bordado de un águila dorada, con sus alas abiertas a toda la espalda. Luego ella cambia sus zapatones de hombre por unas leves sandalias evangélicas. Él se quita las zapatillas de lona y calza unas azarosas botas de cuero de mula. Ella se ciñe la corona de flores, cosa que no siempre hace. Él se ciñe, como siempre, su cinturón con remaches de cobre y una enorme hebilla con forma de herradura. Y ya están listos.

Lo que realza la belleza de Eva La Scala es su melena corta, llena de tirabuzones que le llueven dorados sobre sus hombros. Lo que encumbra la facha de príncipe incaico de Ángel Salomón es su bien cuidada cabellera negra, casi azul, atada en una cola de caballo.

—Es mi distintivo —dice—. Sin mi cola de caballo perdería presencia, perdería autoridad, perdería fuerza como Sansón.

Su gran tirria es que le toquen el cabello. No lo soporta. Ni siquiera para acariciarlo.

A las seis y media de la tarde, Ángel Salomón se da una vuelta por la plaza buscando el lugar apropiado para trabajar. Lo halla a un costado del busto de O'Higgins. Además, queda frente a la pulpería, que es donde circula más gente.

Aunque esa es labor de Juan de Nadie, Eva La Scala ayuda a su jefe (así le gusta a él que lo llame) a bajar del auto una pequeña maleta de madera labrada, una mesita plegable y un bolso de cuero marrón. Acomodan todo en el piso, entre el busto del prócer y la reja de alambre de lo que pretende ser un jardín.

Él abre la maleta y saca un paño de terciopelo color obispo, todo arestinado, que extiende en el suelo. Luego saca un puntero de metal y algunas muestras de su mercancía que acomoda sobre el paño. Eva La Scala, en tanto, despliega la mesita y pone en ella un vaso con agua. El bolso marrón permanece cerrado. Cuando está lista la *mise en scène*, Eva La Scala desaparece.

Él se pone de pie, de frente a unos pocos curiosos que lo miran con recelo. En una pose de piel roja invocando al dios de la lluvia, alza sus brazos al cielo como pidiendo la bendición del Altísimo. Entonces comienza:

—Señoras y señores, les habla Ángel Salomón, el Príncipe Incaico. En esta tarde de lunes, porque hoy es lunes, ¿verdad?, antes de hablarles de mis dones y de los regalos que les he traído a cada uno de ustedes, les voy a presentar un número artístico astrológico-cultural de primer nivel. Una cantante lírica, una joven con voz de ángel que ha recorrido los mejores escenarios, no solo del país sino también del extranjero. Una artista chilena que ha tenido el honor de cantar en el teatro La Scala de Milán. Y con un éxito apoteósico. Yo sé que alguno de ustedes se estará preguntando: Y si es tan exitosa, ¿qué hace cantando en las plazas? Déjenme decirles, señoras y señores, que ustedes son unos privilegiados, porque nuestra joven artista está por filmar una película sobre una cantante que en la época medieval, en un carromato tirado por caballos, recorría los pueblos de Italia, de Francia, de España y de otros países europeos, actuando en

plazas y mercados. Nuestra artista, antes de filmar la película, que será en technicolor y cinemascope, ha querido vivir la experiencia de recorrer el país, aunque no en un carromato, sí en un Ford A, modelo 1927, cantando en plazas y mercados como se hacía en aquella época. Aclaradas las dudas, no esperemos más y vamos a disfrutar de su voz y de su cántico angelical. Señoras y señores, con ustedes ¡Eva La Scala!

La cantante lírica, camuflada entre el público, hace su aparición en el redondel con un gracioso escorzo de danza. Entona tres canciones, y la cantidad de público que reúne es portentosa. Ángel Salomón, sorprendido ante tanta gente arracimada encima de ellos, tiene prácticamente que empujarlos hacia atrás, y con el puntero metálico hacer un círculo en la tierra.

—¡Si se pudieran ganar fuera de la redondela, por favor!

* * *

Fue un miércoles nublado, a la hora del mediodía, cuando Ángel Salomón se topó con Eva La Scala. El suceso aconteció en la plaza de Armas de la ciudad de Ovalle, al terminar él su perorata de cuarenta minutos. Y como pasaba en todas partes, alguna gente se acercó después de su perorata para pedir una sesión privada de lectura de cartas o de manos. O para que le dijera qué hacer para ahuyentar a un duende instalado en la casa. O, simplemente, para darle las gracias. Y él no sabía por qué, si lo que hacía era embaucarlos.

Aquel mediodía Ángel Salomón no estaba de humor: con lo que había vendido apenas alcanzaba para almorzar en el mercado. Y ahí estaba, rodeado de esa gente, cuando irrumpió una joven de pantalón vaquero, camiseta de hombre y una carita de niña enmarcada en una melena rubia, llena de rizos como tirabuzones. Con una personalidad avasalladora, como si lo conociera de toda la vida, le preguntó si él era de esos charlatanes achanchados, o de esos trashumantes que viven yendo de un lado a otro.

—De los trashumantes —dijo él—, ¿por qué?

La muchacha lo tomó de un brazo y lo llevó hacia un lado.

—¿Y se puede saber de dónde viene ahora y hacia dónde va?

—Acabo de recorrer el sur y ahora voy hacia el norte. ¿Por qué tanta pregunta? Ni que fueras policía.

—¿Y hasta dónde piensa llegar? —siguió ella sin responder la pregunta.

—Hasta donde me lleve el viento. Ahora, por ejemplo, voy rumbo a las salitreras.

En esos momentos apareció Juan de Nadie, con una ropa distinta a la que vestía cuando hizo la primera compra. Ahora lucía una camisa que parecía pijama y una gorra de beisbolista. Se suponía que debía volverlo irreconocible, pero la joven, apenas lo vio, le preguntó al charlatán:

—¿Que no es el grandulón que fue el primero en comprar uno de sus talismanes?

Y enseguida, abriendo sus ojos orientales, pero bajando la voz, dijo:

—Claro, es su palo blanco. ¡Genial! Nunca había visto a uno.

Juan de Nadie, que hacía todo con mansedumbre de animal de carga, se puso a ordenar los elementos de trabajo para luego llevarlos al hombro a la residencial.

—Es mi monaguillo —dijo Ángel Salomón—, el mejor palo blanco del mundo, solo que no sabe camuflarse muy bien. —Y luego le reclamó—: Pero dime de una vez, ¿qué quieres?

—Nada, solo que me voy de gira con ustedes.

Ahora fue él quien abrió los ojos:

—¿Acaso eres charlatana?

—Soy cantante lírica.

—¿En serio? ¿Y qué se supone que hace un charlatán con una cantante lírica?

La rubia de los tirabuzones dijo que si el caballero no sabía que en la Edad Media los charlatanes trashumantes como él, vendedores de humo como él, recorrían los pueblos europeos en carromatos tirados por caballos. Y cada uno de ellos llevaba su número artístico como cebo para atraer público y así vender su tónico para hacer crecer el pelo, su elixir para devolver la potencia sexual, sus frasquitos de agua de la Fuente de la Eterna Juventud, o lo que fuera. Algunos llevaban saltimbanquis, otros contrataban actores, la mayoría presentaban cantantes líricas. Si hasta los sacamuelas llevaban un bufón para entretener a los pacientes mientras les arrancaban las piezas dentales con tenazas.

—Si eres cantante lírica, ¿por qué no vas a ofrecerte al Teatro Municipal?

—En el Municipal ya he intervenido en dos óperas —dijo, sin arrugarse, la joven—. Además, he cantado en el Teatro Colón de Argentina y en varios teatros importantes de otros países. Mi nombre artístico es Eva La Scala, ¿sabe por qué?

—No me digas que cantaste en La Scala de Milán.

Ella asintió con la cabeza.

—Con ese currículum no sé por qué querrías cantar en las plazas como telonera de un charlatán.

—Permítame decirle que eso es cosa mía. Le estoy ofreciendo cantar para usted sin cobrarle un veinte.

Ángel Salomón dijo que debía de haber una razón muy especial para hacer lo que quería hacer. Y que si aspiraba a integrarse a la gira, él tenía que saber esa razón, de lo contrario no le quedaba sino pensar que estaba frente una loca de patio o ante una pobre joven con delirio de grandeza.

La joven, tras un rato de silencio, le contó lo de la película en España. Que su papel sería el de una cantante trashumante y que, por esa razón, necesitaba la experiencia de cantar en las plazas y mercados, como se hacía en aquellos tiempos.

Pura pasión artística, dijo.

Ángel Salomón se rindió. Lo que oía era demasiado increíble para no ser cierto.

—Usted me presenta. Yo canto dos o tres canciones y le dejo el redondel lleno de gente.

—Eso habrá que verlo.

—Pruébeme, ¿vuelve mañana a la plaza?

—Vuelvo hoy mismo, a las seis de la tarde.

—Okey. Aquí estaré, no se preocupe.

El casting fue un éxito. Por lo menos lo del canto era verdad, Eva La Scala cantaba como los ángeles. Y juntó una cantidad de público impresionante.

Aunque respecto a la película aún le quedaban algunas dudas, Ángel Salomón dijo que la llevaría. Pero que debía advertirle que la gira no tenía nada de glamoroso. Gran parte del camino se hacía a dedo. Pues no siempre se ganaba como para tomar un bus.

—No se preocupe, jefe —dijo Eva La Scala—, ahora nos vamos en mi auto.

Ahí fue que apareció el Ford A, modelo 1927.

* * *

—Así como de la misma boca sale aire frío para enfriar la sopa, y aire tibio para entibiar las manos, de igual modo, de esa misma boca, salen versos de amor y versos de agravios, salen blasfemias y aleluyas, salen verdades y mentiras. Pero hoy, señoras y señores, yo no vengo aquí a decir versos de amor ni de agravios; no vengo a proferir blasfemias ni a gritar aleluyas; yo no vengo a vender ni a regalar. Resumiendo, señores y señoras, no vengo a contar mentiras ni a decir verdades, sino todo lo contrario. Soy Ángel Salomón, Príncipe Incaico, maestro en el arte de expiar males espirituales, dolores corporales y penas del alma. Quiromántico, mentalista, clarividente, lector del tarot y doctor en yerbas medicinales. Por mi gran trayectoria en ciudades y países extranjeros, he sido diplomado y premiado con la Medalla de Oro de la Academia de los Rosacruces.

Con esta parrafada —palabras más, palabras menos—, Ángel Salomón inicia el ceremonial de su liturgia callejera, aletargando a los oyentes con su verba narcótica, con su repertorio de embustes, infundios y engañifas. De eso se compone su faramalla. Además, tiene un vozarrón de bocina de barco, heredado de su padre, un vendedor callejero de trastos de cocina.

Sus parloteos en los mercados y plazas públicas no pasan desapercibidos. Siempre hay quienes se detienen a escucharlo un momento y terminan adquiriendo amuletos para la buena suerte, o medallitas bendecidas de la virgen de Monserrat, o bolsitas del tamaño de un escapulario llenas de semillas y palitos de montes silvestres pregonadas como «contras» para toda clase de brujerías, maleficios o nigromancias.

Ahora anda promoviendo una crema incásica que, según predica, fue descubierta por unos paleontólogos franceses. Excavando en una cueva en Bolivia habían dado con una momia de

mujer en tan buen estado de conservación que parecía dormida. Junto a ella hallaron unas ánforas repletas de esta crema, cuya mixtura es un secreto de una cultura milenaria ya desaparecida.

—Crema, señoras y señores, que tiene poderes curativos extraordinarios. Es más, se dice que uno de sus ingredientes es una porción de agua de la Fuente de la Juventud, la misma por la que en su búsqueda tantos aventureros dejaron sus huesos.

Entre los charlatanes del país, Ángel Salomón, el Príncipe Incaico, se alza como el mejor exponente del gremio. Un tipo que con su verba es capaz de vender cualquier cosa a cualquier cristiano en cualquier parte del mundo. Lo necesite o no. Se dice que este cabrón bien podría negociar bolsitas de hielo en la Antártica, o venderle catalejos de largo alcance a un club de ciegos.

El público en general lo conoce como el Charlatán de la Lengua de Oro. Aunque algunos lo joden llamándolo el Charlatán de la Culebra de Oro. Y es que, antes de la cantante lírica, para atraer público al comenzar su perorata, o cuando veía decaer la atención del respetable, se ponía a golpear el maletín marrón con el puntero, como despertando a una culebra:

—¡A ver, Ofidiana Fidelicia, a trabajar que el tiempo es oro!

Hasta ahora nadie ha visto a la puta culebra.

* * *

Era deplorable. Nuestros dirigentes sindicales, durante la semana de negociaciones, habían sido señoreados y humillados por los abogados de la compañía, cuyo vocabulario y nomenclatura legislativa los dejaba sin argumentos. Sin embargo, algunos entre nosotros señalaban que, bien mirado el asunto, nuestro pobre desempeño era entendible por los cuatro costados. Haciendo de abogados del diablo, decían que debía resultar difícil para ellos competir contra la arrogancia y la pedantería de los profesionales capitalinos. No podía ser de otra manera si ninguno de los tres dirigentes había terminado el bachillerato. En cambio, los abogados de la compañía, que ahora mismo trabajaban en los bufetes más importantes de la capital, habían estudiado en las mejores universidades extranjeras. Por ende, la discordancia entre unos y otros era abismante. Desafinaban en todo. Si en el lujo de la sala de reuniones los capitalinos se sentían a sus anchas, a nuestros dirigentes la sola mesa donde se sentaban a negociar, una mesa grande, de caoba, los aturullaba.

En esos días de negociaciones en Antofagasta, nuestros representantes, vistiendo sus tenidas más elegantes —un pantalón de brin y una polera Beatles—, se alojaban en alguna residencial, o dormían en el sofá de la casa de algún familiar. No comían en restaurantes sino en los puestos del mercado municipal. Y, en cuanto a los tragos, en vez de whiskey, tomaban agua con harina tostada. O, en el mejor de los casos, una caña del vino Sonrisa de León.

A los abogados de la compañía, en cambio, contratados en la capital, los traían en avión, les

reservaban suites en los mejores hoteles; vestían trajes de alta costura, comían en los mejores restaurantes del centro, tomaban del whiskey más caro. Y para no hablar de honorarios —que debían ser descomunales—, digamos solamente que el puro viático que recibían estos cabrones sobrepasaba el sueldo de hambre que ganábamos nosotros trabajando doce horas diarias y siete días a la semana. Cómo no se iban a achatar nuestros pobrecitos dirigentes.

* * *

Pese a la cantidad de público que le dejó Eva La Scala, pese a los pergaminos y medallas con que trampea sus presentaciones, pese a sentir que su discurso fue mucho más que una perorata, que fue uno de los mejores en mucho tiempo, Ángel Salomón tiene que admitir que esa tarde en Tricolor no fue de las mejores. Hablando al hueso, fue una de las peores de su carrera.

En verdad, el Príncipe Incaico no entiende qué pudo haber ocurrido. Si él mismo vio cómo el gentío lo oía absorto, embelesado, como suspendido en el trapecio de sus palabras. Incluso la mismísima Eva La Scala, emocionada de oírlo, se ofreció (hasta ahora nunca lo había hecho) y recorrió el ruedo un par de veces mostrando y ofreciendo la mercancía. Sin embargo, en los cuarenta minutos que duró su disertación, el único que compró una medallita bendecida por la virgen de Monserrat fue Juan de Nadie, su palo blanco.

En cuarenta minutos los había hecho reír, llorar, emocionarse. Todo para qué, para que al final se fueran sin comprar nada.

—¿Sabes cómo me siento, Tirabuzones? Me siento como el tipo que trataba de enseñarle a hablar a un búho. Cuando le preguntaban: Y, amigo, ¿aprendió a hablar el búho? Ni una puta palabra, amigo. ¡Pero me pone una atención!

Mientras acarrea los objetos al auto, Juan de Nadie dice a su jefe que en la oficina están en huelga, por eso nadie compró nada.

—Yo quise avisarle, pero cuando llegué a la plaza usted ya había empezado con su cosa.

Al mastodonte no le salía decir espectáculo astrológico-cultural.

Las personas que se acercan a conversar después de terminada su presentación le confirman que sí, que estaban en guerra. Y que no pensaban echar pie atrás hasta conseguir lo que se estaba pidiendo, que no era nada del otro mundo. «Y aunque nos suelten a la soldadesca, como se sueltan los perros a los ladrones, estamos listos para morir si es necesario».

En esos momentos, mientras su monaguillo y la cantante lírica esperan en el auto, se le acerca una boliviana, de unos treinta y cinco años, un tanto entradita en carne, pero sin perder la figura. La mujer, de una misteriosa belleza altioplánica, quiere una lectura de manos en privado.

—No tengo dónde —dice él.

—En mi casa, pues, ahí estaremos tranquilos. Soy viuda y vivo sola —y le entrega un papel con su dirección—. Mi nombre es Zenobia Choque. Lo espero mañana, pues.

—¿A qué hora, mañana?

Ella, en un batir de pestañas:

—A la hora que a usted se le antoje, pues.

* * *

Antes de llegar a la plaza para hacer su papel de palo blanco, Juan de Nadie había averiguado algunas cosas que podían serle útil a su jefe: que los obreros estaban en huelga. Que en Tricolor no había residenciales ni hoteles donde dormir. Y que el lugar más barato para cenar era el casino de obrero.

Y para el casino de obrero se encaminan los tres esa noche. Juan de Nadie con sus ridículas prendas de camuflaje —toda su ropa le queda corta y apretada— y Ángel Salomón y Eva La Scala todavía con sus vestuarios de actuación. Ella solo se quitó la corona de flores y se la colgó al cuello.

El casino de los obreros se halla repleto. Al entrar, la rubia de los tirabuzones, como la llama el jefe, causa conmoción. Casi la hacen flotar a silbidos. Las mesas —o mesones— son para ocho personas. Solo se ofrece la comida del menú. Se sientan en una mesa donde hay dos obreros. No tardan nada en servirles, hay más de diez meseras. Eva La Scala prueba una albóndiga cruda flotando en un caldo maloliente y dice que por eso este boliche es el más barato. Deja el plato de lado y pide un té. Ángel Salomón, solo por llevarle la contra, dice, mirando en rededor, que no debe ser tan malo el cocinero si tiene tantos comensales. Uno de los obreros vecinos de mesa, gordito y rechoncho, buscando conversación, pregunta si son de algún circo.

—De algo parecido —sonríe Ángel Salomón.

El compañero del gordito, un hombre de aspecto formal —bigote de alambre y diente de oro —, le dice que no sea impertinente, que cómo se le ocurre preguntar leseras.

—Perdonen, amistaitas —dice el hombre, dirigiéndose a Eva La Scala sentada a su lado—, pero este Petete es un desastre.

—Y ustedes, ¿en qué trabajan aquí? —pregunta ella.

—En la sección mina, señorita —dice el más formal—. Mi compañero es operador de palas y yo soy capataz de carrilano. Me presento, mi nombre es José Santos.

—Encantada —dijo ella. Y enseguida le pregunta si era este el único lugar donde comer.

—En Tricolor hay tres casinos y una fonda —dice José Santos—. Aunque la fonda es más para ir a tomar. Los otros son el casino de empleados y el casino de los gringos. Los obreros no podemos entrar al casino de los empleados y a los empleados no se les permite la entrada al casino de los gringos.

—La puta segregación —comenta Ángel Salomón.

—¿Qué es segregación? —dice Juan de Nadie.

Ángel Salomón pregunta a don José por un taller mecánico.

—En Tricolor —dice el hombre—, el único taller es el de la compañía.

Al salir del casino se quedan en la esquina conversando un rato con el capataz de carrilanos. La noche es cálida. Muchos hombres andan en camiseta. Mientras conversan, los obreros que entran o salen del casino saludan con gran respeto a don José.

—Así como va la cosa, amistaita, la huelga podría durar más de un mes.

—¿Tanto? —se espanta la cantante lírica.

—Hace poco en el Cantón Central una huelga duró casi noventa días —dice don José.

—¿Pero tienen buenos dirigentes? —pregunta Ángel Salomón.

—Para ser franco, amistaita, yo no apostaría por ninguno de los tres. Lo que ocurre es que aquí la gallada elige como dirigente al que habla más fuerte en las asambleas.

—¿Aunque diga puras babosadas? —interviene Eva La Scala.

—Lamentablemente así es, señorita. Ahora, si grita es apto para presidente.

Al despedirse de don José, le preguntan dónde se podría dormir, ya que en Tricolor no había hoteles ni residenciales. Que vayan al sindicato, dice el hombre, ahí tal vez podrían ayudarlos.

Camino al sindicato, Juan de Nadie comenta que los nortinos son muy buena gente.

—Eso es porque son sureños —dice Ángel Salomón.

Su monaguillo queda pestañeando.

* * *

El sindicato de obreros de Tricolor funcionaba hasta las diez de la noche. Hacía siete minutos que habían cerrado. La señora Herminia, encargada del local, les abrió y los atendió con un pucho colgando de los labios. De manera un tanto áspera, dijo que lo sentía, pero si no estaban los dirigentes no era mucho lo que ella podía hacer. La mujer era alta y huesuda, de unos cuarenta años, vestía una bata descolorida, llevaba el pelo corto y poseía una voz rasposa, seguramente a causa del cigarrillo. Sin embargo, el celeste cielo de sus ojos desentonaba bellamente con todo eso.

Ángel Salomón ya se apresta a echar mano a su poder de persuasión, cuando la mujer se fija en Eva La Scala. La cantante lírica se ha quedado a un lado mirando una fotografía de Elías Laferte.

—¿Es la joven que cantó en la plaza?

Al saber que sí, que era ella, le esplendió el celeste de sus ojos, se le ablandaron los huesos de la cara y el tono de voz se le suavizó hasta la zalamería.

—Qué suerte verla de cerca —dice, tomándole las manos. Y se queda mirándola fijamente. Luego, sin sacarse el pucho de la boca, continúa—: No canta como los ángeles. No señor. La gente está equivocada. Usted canta como cantan las sirenas. Y esto se lo digo porque las

personas que estábamos a esa hora en la pulpería, al oír su voz, caímos en una especie de encantamiento, y sin medir consecuencias abandonamos el puesto en las filas, como marineros abandonando el barco, salimos a la calle y echamos a correr arrastrados por el embrujo de su canto, buscando de dónde provenía. Y cuando la encontramos, yo, por mi parte, apenas alcancé a verla de lejos. Su voz encantadora había atraído a mucha gente a su alrededor.

En esos momentos entra un joven vestido y peinado a lo James Dean.

—Mi sobrino —lo presenta la señora Herminia.

El joven los saluda y les pregunta si son ellos los dueños del Ford A varado en la plaza. Les advierte que los carabineros los andan buscando.

La encargada del sindicato dice que se cuiden de no caer en manos del Ajicito, el capitán más abusivo de la oficina. Luego confiesa que el sindicato cuenta con una pequeña pieza con un catre de campaña, para una sola persona.

—Si quieren se puede quedar ella. Pero no puedo dejarlos a los tres.

* * *

Son las once de la noche. Queda poca gente en la plaza. Ángel Salomón y su monaguillo, sentados en un escaño, contemplan el cadáver del Ford A, modelo 1927. Ya han dormido en él una vez, en Vallenar, cuando la plata alcanzó solo para pagarle una pieza a la cantante lírica, por lo que ya saben lo estrecho que resulta. Esa vez, Ángel Salomón, en la parte de adelante, debió acomodarse en posición fetal; la parte de atrás, algo más espaciosa, se la cedió a su corpulento monaguillo. Aunque igual el mastodonte, para no quedar con medio cuerpo afuera tuvo que encarrujarse como un acordeón.

—¡A ver, los afuerinos, sus documentos!

La pareja de carabineros apareció como de la nada. El que tenía más cara de canalla de seguro era el Ajicito, se dice Ángel Salomón.

Con sus documentos en la mano, el canalla arruga el ceño y, para comprobar lo que lee, les pregunta sus nombres. Ángel Salomón le da el suyo y Juan de Nadie guarda silencio.

—¡Tu nombre, grandulón!

Ángel Salomón se interpone.

—Él no habla.

El carabinero mira a Juan de Nadie con suspicacia, pero le ve cara de bobo y no insiste.

Ellos tenían acordado que cada vez que los llevaran detenidos —en Santiago les ocurría seguido— solo Ángel Salomón hablaría, Juan de Nadie debería hacerse el mudo.

—Van a tener que acompañarnos —dijo el otro carabinero.

—¿Razón? —pregunta el charlatán.

—¡Andando nomás, huevón! En el retén hablamos —ladra el gordo, y lo toma fuerte del

brazo, le hace una llave y con las manos atrás le pone las esposas.

Juan de Nadie salta como resorte y pone sus dos metros y siete centímetros de estatura al lado de su jefe.

—Tranquilo, Juanito —dice el charlatán—, nos están haciendo un favor, cualquier mazmorra puede ser más amplia que el auto.

Juan de Nadie se deja esposar.

Al llegar al retén, a cuatro cuadradas de la plaza, a Juan de Nadie le quitan los cordones de los zapatos y a Ángel Salomón el cinturón de remaches de cobre y los empujan a un calabozo.

Apenas los encierran, Juan de Nadie se tiende de espaldas en el pringoso cuadrado de madera al centro del calabozo, entrelaza las manos sobre el pecho, como los muertos, y sin hacer caso del nauseabundo olor a meados y vómitos de borrachos, se queda dormido como si estuviera en la mejor de las residenciales de mala muerte que frecuentan.

Al día siguiente, temprano, tres carabineros entran al calabozo de improvisado. Entre dos toman a la fuerza a Ángel Salomón, lo esposan, le ponen una capucha y se lo llevan. Todo mientras el tercero apunta con una pistola a Juan de Nadie que de un salto se había parado a defender a su jefe.

—¡Muévete y te mato, gorilón!

Ángel Salomón, debajo de la capucha, intuye, por el piso de tierra y el olor ambiente, que ha sido llevado a una especie de bodega junto a las caballerizas. Sin quitarle la capucha, lo sientan en una silla, esposado, y le dan un fuerte golpe de puño en el estómago.

—¡Vas a contestar todo lo que te pregunten, huevón! ¿Oíste?

Por la voz, confirmó que era el Ajicito.

Recibe otro golpe en el estómago que lo hace doblarse en la silla.

—¡Y vas a contestar bien! ¿Oíste, cabrón? —y agrega, dirigiéndose a alguien que viene entrando—: Es todo suyo, señor.

Una voz de acento gringo comienza a interrogarlo.

* * *

Nuestros dirigentes, que en Antofagasta pudieron embarcarse más temprano, lo hicieron en el último bus para llegar a Tricolor a altas horas de la noche. Tenían miedo de ser abucheados e insultados, y hasta de ser golpeados por algunos obreros de malas pulgas, que no eran pocos.

Así y todo, en la agencia habíamos varios obreros esperando. Apenas bajaron del bus nos preocupamos. No traían muy buen semblante. Ellos, nada más pisar tierra y ver al grupo de nosotros que los esperaba con no muy buena cara, anunciaron de inmediato una asamblea para mañana martes a mediodía. Que allí darían cuenta de su gestión. De todas maneras se llevaron

algunos empujones —de los de mecha más corta— que insistían en saber al tiro el resultado de las negociaciones.

Cada vez subía más la efervescencia por saber si la semana que pasaron en el puerto negociando el petitorio había valido la pena. Además, queríamos saber si era cierto el rumor de que el menos malo de los tres pensaba renunciar, y no solo a la dirigencia del sindicato, también a su trabajo en la compañía. Y eso era sospechoso. Pues todos sabíamos que una de las estrategias de las compañías salitreras consistía en neutralizar, en sacar de la mesa de negociaciones al más incisivo de los dirigentes, la piedra en el zapato, al que no aceptaba invitaciones a cenar y no se dejaba dar palmaditas en el lomo.

La forma más eficaz de deshacerse de él, o por lo menos de neutralizarlo, era ofrecerle alguna cantidad de dinero. Aunque, para ser sinceros, todos sabíamos que a muchos ni siquiera se necesitaba comprarlos, se vendían solos, y por algo tan deshonroso como la invitación a un cabaret (aunque no fuera uno de los mejores), en donde no les avergonzaba la ignominia de que otro le pagara sus polvos. Y eso los pintaba de cuerpo entero: eran unos pobres papanatas que no se daban cuenta de su degradación. Porque un hombre con las alforjas bien puestas, como se dice en la pampa, jamás soportaría la afrenta de que otro le pagara las fornicaciones.

Sin embargo, el problema de nuestros dirigentes era otro. No tenían armas para defenderse, su lenguaje era básico y les faltaba cancha. Los abogados los estaban haciendo pebre, por lo que la compañía no se había molestado en comprarlos.

Aunque todo indicaba que les había ido como las berenjenas, esperaríamos a que entregaran la cuenta en la asamblea. Dependiendo de eso, se vería si los dejábamos en el cargo o los echábamos a patadas a los tres.

* * *

—¿De dónde vienen ustedes, carajos?

—De Santiago.

—¿A qué se dedican?

—Soy promotor de pomadas, ungüentos y similares, todos productos para la salud corporal y espiritual.

—¿Y el tonto grande que te acompaña?

—Es mi monaguillo.

Recibe otro gualetazo en el estómago.

—¿Acaso eres cura, cabrón?

—O sea, es mi ayudante.

—Y la mujer que canta, ¿qué hace?

—Canta.

Otro gualetazo.

—¡Sin atrevimientos, cabrón!

Después de cada golpe en el estómago, al aspirar hondo para recuperar el aire, el empalagoso olor a bosta de caballo traslada a Ángel Salomón al Temuco de su infancia.

—Te pregunté qué hace ella.

—Ya le dije: cantar. Es mi número artístico.

—¿Dónde está ahora?

—No tengo idea —Ángel Salomón se dice que es mejor no nombrar al sindicato—. Ella es como un pajarito. De repente vuela y de repente vuelve.

—Anoche estaban los tres en el casino.

—Sí, pero se entusiasmó no sé si con un obrero joven que la miraba mucho, o con una de las meseras que le sonreía cada vez que pasaba por su lado. Y desapareció. Ahora ya nos debe andar buscando. Así es ella.

—¿A qué vinieron a Tricolor?

—Andamos de gira, ofreciendo honradamente nuestros productos. Lo que pasó fue que nos empampamos y llegamos aquí de casualidad.

Ángel Salomón sabe que la mejor forma de hacer tragar una mentira es dándole una untadita de verdad.

—Se les vio en el casino conversando con un obreros muy vinculado al sindicato. ¿De qué hablaban?

—De lo mala que es la comida en el casino de obrero. La verdad, es un asco. Pero si he de ser sincero, las he comido peores.

—¿Qué hablaron de la huelga?

—Nada. Solo hablamos de comida. Ah, y le preguntamos si aquí había algún taller mecánico.

—¿Y qué les dijo?

—Que había uno, pero era de la compañía. Y que, por la huelga, estaba cerrado.

—Por la huelga, ¿eh? ¿Qué más dijo sobre la huelga?

Ángel Salomón ya intuye que quien lo interroga es el gringo administrador de la oficina, de quien don José Santos había dicho que era peor que un tirano. Y comienza su acto.

—Le repito: ¿qué dijo sobre la huelga?

—Dijo que los leguleyos contratados por la compañía eran unos cabrones hijos de mala madre.

—¿Qué más dijo?

—¿Qué? ¿Le parece poco?

Otro gualetazo.

—No se haga el pendejo —dijo la voz gringa—. Qué más dijo sobre la huelga.

—Si nos estaban siguiendo deberían saber que no hablamos tanto tiempo como para que me

dijera más cosas.

El Ajicito se le fue encima y lo zamarreó fuerte:

—¿Qué más dijo, conchadetumadre? Contesta bien.

Ángel Salomón recuerda entonces algo que ha leído hace poco, y, apretando el estómago para recibir mejor el golpe, lo vomita:

—Bueno, sí, dijo algo más. Dijo que los dueños de las compañías salitreras pagaban un sueldo de hambre a los pobres obreros, mientras ellos y sus administradores viajaban por el mundo y se hacían construir fastuosos palacios, con mármol de Carra...

Una patada en el pecho lo voltea con silla y todo. No supo si fue el Ajicito o el gringo.

De vuelta al calabozo, Ángel Salomón apenas puede hablar. Aguantando el dolor del pecho, vuelve a preguntar por qué los han detenido. El Ajicito lo empalaga a puteadas. Después, ya encerrado, le dice a través de las rejas que si descubrían que eran activistas políticos serían llevados a la cárcel de Antofagasta.

—¿Y hasta cuándo nos tendrán detenidos?

—Hasta que se me canten las pelotas.

* * *

Un abejorreo despierta a Eva La Scala. ¿Qué es? ¿De dónde proviene? Le cuesta algunos segundos recordar dónde está. Entonces cae en la cuenta de que el abejorreo es un murmullo de gente, y que proviene del salón. Claro, la asamblea. Mira su reloj de pulsera: las diez de la mañana. Eva La Scala se había quedado conversando con la encargada del sindicato hasta casi la madrugada.

Se viste rápido. Para ir a la cocina de la señora Herminia tiene que cruzar el salón a todo lo ancho, por el pasillo que queda entre la primera fila y el proscenio. Ella aún anda con su saya blanca, vaporosa y larga hasta los tobillos, sus leves sandalias cristianas; la corona de flores colgada al cuello y los tirabuzones de su melena rubia disparados hacia todos lados. Cuando cruza el salón, ligerito y en puntillas, casi flotando, los viejos de primera fila quedan desconcertados. El más viejo de todos se quita el sombrero y se rasca la cabeza:

—¿Vieron lo que yo vi, paisitas?

La señora Herminia la esperaba para desayunar juntas. Conversadora como ella sola, por la noche, entre mates y cigarrillos, le había contado la película de su vida. Un largometraje en blanco y negro, de casi tres horas, con detalles tan íntimos, tan escabrosos e innecesarios que la censura cinematográfica la hubiera catalogado para mayores de cuarenta años. Resumiendo, era oriunda de Llanquihue. A los quince años había llegado a la pampa con una tía, aquí se casó a los dieciséis y a los seis meses se separó. Su marido, un empleado de escritorio, pese a ser un hombre culto, de voz suave y maneras delicadas, resultó un maltratador, un monstruo en la

intimidad, un verdadero demonio. En seis meses la tenía convertida en una piltrafa humana, física y psicológicamente. Al quedar sola y sin tener dónde vivir —su tía se había devuelto a Talca—, no le quedó más que prostituirse en los buques. De ahí la había rescatado un antiguo dirigente sindical que la contrató para que se hiciera cargo del sindicato. Fueron amantes por dos años. Él era maquinista y murió en un accidente de trenes. Después, su único hermano se vino de Talca con su hijo mayor. Se había separado de su mujer y venían en busca de trabajo. Fueron contratados los dos, pero al hermano, un parrandero incorregible, no le gustó el ambiente y se fue a Antofagasta. Su hijo es el jovencito que se cree James Dean.

—Ahora quiero saber todo sobre ti —dice en tono imperativo la señora Herminia, mientras le pasa el primer mate de la mañana. Eva La Scala se ha dado cuenta de que esta mujer le turba el juicio. El celeste de sus ojos y el tono sensual con que le habla le produce una efervescencia helada en el vientre. ¿Y en qué estarán esos dos papanatas que no llegaban a buscarla? Acorralada por el poder de seducción de esa mujer, y sin tener más remedio, comienza a relatarle parte de su vida, abreviando lo más que puede y ocultando su intimidad.

Había nacido en La Serena. Era hija única. Su padre, contador auditor, era un hombre circunspecto y parco de palabras. Su madre era lo opuesto (tal vez por eso se amaban tanto), era hablantina, jovial y jocunda. Y cantaba. De ella heredó el don del canto lírico. Lástima que hubiera muerto tan joven y de un cáncer que la hizo sufrir dos años. Su padre se gastó lo que no tenía en su tratamiento. Hasta la llevó a Estados Unidos a que la trataran los mejores especialistas. No hubo caso. Cuando su madre murió, ella tenía dieciséis años. A los diecisiete se fue a Santiago a probar suerte en el canto. Le fue bien. Hasta ahora llevaba nueve años cantando en los teatros del mundo. Hacía poco había muerto su padre y ella tuvo que venir a resolver un asunto de herencia: su padre, en total banca rota, había dejado solo una casita de adobe, que se caía a pedazos, y el Ford A, modelo 1927. Para pagar lo de su madre en Estados Unidos, su padre había vendido una casa más grande y el Ford T, modelo 1908, uno de los dos autos de colección que había heredado de su padre, y que cuidaba con celo desmedido. Los cuidaba tanto que, de niña, la había tenido convencida un buen tiempo de que si tocaba cualquiera de los dos iba a recibir un golpe eléctrico.

En ese momento, Eva La Scala es interrumpida por una sirena de incendios. El fuerte sonido la sobresalta.

—Es la sirena de las doce —la tranquiliza la señora Herminia.

La cantante lírica se preocupa: las doce del día y sus compañeros de viaje no han hecho acto de presencia. Manda a un niño a ver si sus amigos están en el auto. No están.

—Ya aparecerán —murmura la señora Herminia—. Así de inciviles son los hombres.

Eva La Scala iba a salir a buscarlos cuando un estallido de rechiflas anuncia la llegada de los dirigentes. La cosa pinta entretenida. Decide no salir hasta que vengan por ella. Se quedará a oír la asamblea.

Su monaguillo roncó y babeó como un abuelo desdentado esa noche en el calabozo. No sin cierta simpatía, Ángel Salomón lo observó un buen rato. El mastodonte, como le decía a veces, dormía en la misma posición cuando lo vio por primera vez debajo de un puente del río Mapocho.

Fue un sábado de febrero, vísperas del Día de los Enamorados. Ángel Salomón había vendido más cruces y medallas para la suerte que en todo el mes; y con tanto dinero en el bolsillo, no quiso ir a encerrarse a la pieza que arrendaba en Ñuñoa, cerca del Estadio Nacional. Guardó su infraestructura en el lugar de siempre —un kiosco de diarios y revistas— y se fue a recorrer bares al garete, para donde lo llevara su olfato cervecero. Ya pasada la medianoche, llegó a un antro del barrio Mapocho, cerca del Mercado Central.

Allí lo atendió una pelirroja de risa fácil y tetas criminales, a la que él se pasó dos horas haciéndole ojitos, mientras bebía, comía y gastaba como un califa, para impresionarla. Hasta que al final logró llevársela, o más bien ella lo llevó de la mano, a un cuartucho donde las meseras se cambiaban de ropa al terminar el turno. Lo hicieron de pie. Hacía rato que él no tenía un coito. De modo que no duró ni cuatro minutos. Al terminar, mientras se subía los calzones y se bajaba la falda, la mujer dijo:

—Son doscientos escudos.

Ante la cara de sorpresa de él, la muy canalla se burló:

—¿Qué pasa, corazón? ¿Acaso pensaste que ibas a tener este cuerito gratis? Ni que fueras Julio Jaramillo.

Al salir a la calle, Ángel Salomón tenía tres certezas: Una, que lo de la mesera prácticamente había sido un asalto a mano armada. Dos, que eran las cuatro de la mañana y a esas horas ya no corrían micros. Tres, que no le habían quedado monedas ni para pagar un taxi, de manera que no sabía dónde iba a pasar la noche.

Pensó irse caminando. Pero llegaría a su pieza cerca de las siete de la mañana y tenía que levantarse a las ocho, porque ya a las nueve debía estar de nuevo en el centro. A esa hora llegaba el cojo del quiosco que le guardaba sus elementos de trabajo. Si se atrasaba hallaba sus cosas en la calle.

Encendió un cigarrillo y se puso a andar sin norte. Pasaría la noche caminando. De pronto se vio cruzando un puente del río Mapocho.

—¿Y si duermo un rato aquí abajo, como los canillitas?

La noche era templada y no sentía frío.

Alumbrándose con fósforos, comenzó a descender. Apenas llegó abajo casi se tropieza con un hombre tendido sobre cartones y con una piedra de almohada. Dormía de espaldas, estirado cuan largo era, y con las manos entrelazadas sobre el pecho. De pronto despertó y de un salto felino, que no iba con su corpulencia, se puso de pie con las manos empuñadas.

—¿En qué anda, gancho?

El tipo era un gigantón de más de dos metros de altura, con el cuerpo de un practicante de lucha libre.

—No se asuste, hombre —dijo Ángel Salomón, cuando el asustado era él—. Busco un lugar donde echarme a dormir un rato. Eso es todo.

Entonces sacó su cajetilla de Ópera y encendió uno, sin ofrecerle al grandulón. Esperó a que él se lo pidiera, de ese modo tomaría el bastón del mando.

—Convídeme un pucho, caballero.

Ángel Salomón sonrió. Antes de pasarle el cigarrillo, le preguntó su nombre.

—Juan de Nadie —contestó el otro, y esquivó su mirada, esperando las risotadas de siempre.

Ángel Salomón se dio cuenta de que el gigante era como un niño grande. Un ser simple y algo torpe.

—Bonito nombre para un vagabundo. Yo soy Ángel Salomón.

—Bonito nombre —repitió el vagabundo.

De eso hacía un año y medio. Y desde esa vez no volvieron a separarse. Él lo sacó del puente y lo «contrató» de palo blanco, labor que Juan de Nadie hacía a la perfección.

* * *

La asamblea de ese martes estaba programada para las doce del día. A las diez habíamos comenzado a llegar los obreros. Queríamos hacernos de una buena ubicación. De modo que antes de las doce repletamos el salón del sindicato. No queríamos perdernos detalle de lo que dirían los dirigentes. Los compañeros que no alcanzaron sillas se amontonaron a los costados del salón y otros quedaron parados atrás, taponeando la puerta de entrada. Muchos quedaron afuera.

El clima de efervescencia era tan espeso que se podía raspar con una cuchara.

Pasado el mediodía, con diez minutos de retraso, aparecieron los dirigentes. Tuvieron que entrar por la puerta del callejón. Apenas subieron a la tarima, la silbatina fue atronadora. Bajo una lluvia de insultos y algunos huevos que les arrojamos, los pobres querían retirarse, pero en cada puerta había montones de obreros taponeándolas.

—Yo nunca vi algo así, jefe —le contaba después Eva La Scala a Ángel Salomón.

No los dejaban hablar. Hasta que alguien tomó un florero de una repisa, se subió en una silla y lo hizo estallar contra el piso. El estruendo los hizo callar a todos, y todos volvieron la cabeza hacia el causante del estropicio esperando ver a un tipo rudo, de camisa arremangada y aires de bravucón, y se encontraron con la figura reposada de don José Santos que comenzó a exhortarlos para que terminaran con la trifulca. Parecen perros rabiosos.

—Así no se llegará a ninguna parte. Lo que tenemos que hacer en estos momentos es dar una sensación de unidad y de fuerza ante la compañía. Demostrarle que somos un solo bloque, que

no flaquearemos, que estamos dispuestos a todo. Es fundamental dar una buena impresión. Por si no lo saben, yo les digo que hoy mismo los de la compañía se enterarán del triste espectáculo que estamos dando aquí. ¿Y saben por qué? Porque ya nos deben haber infiltrado. Así juegan de sucio ellos, así han jugado siempre. Se los digo yo que he trabajado en tres compañías distintas. Y apenas termine esta asamblea sabrán lo que aquí se dijo y lo que no se dijo, lo que se hizo y lo que no se hizo. Y se sobarán las manos de gusto porque esta barahúnda que hemos armado les estará indicando que no hay unión entre nosotros, y que por lo tanto no estamos en condiciones de mantener una huelga. Por eso tenemos que controlarnos, hacerles ver que están equivocados, que somos un solo equipo para enfrentar este conflicto. Y que no entregaremos la oreja muy fácilmente, pase lo que pase con la huelga, dure el tiempo que dure. Eso es todo, amistaitas. Gracias por escucharme.

Después de la ovación que recibió don José Santos, las cosas se calmaron un poco, y los dirigentes lograron rendir cuenta de sus gestiones que, a decir verdad, eran nulas. Al término de la cuenta la rechifla que les dieron fue tan fiera que los dirigentes se vieron obligados a renunciar. Por lo tanto tendrían que hacer una rápida votación para elegir una nueva directiva.

Ese mismo día, en la tarde, en la pizarra del sindicato apareció una citación escrita con tiza:

Mañana, 11 horas,
votación para elegir nueva directiva

Se presentó una lista de seis candidatos: don José Santos era uno de ellos.

* * *

Llevaban unas semanas de haberse conocido cuando, en Santiago, los detuvieron juntos por primera vez. Fue entonces cuando Ángel Salomón supo que Juan de Nadie no era un apodo de su palo blanco, sino su nombre real. Días después, sentados en la plaza de un pueblito del sur, mientras esperaban a que acampara la lluvia para ponerse a trabajar, se le ocurrió preguntarle cómo fue que llegaron a bautizarlo con ese nombre.

Apenas el hombrón comenzó a contarle cómo había sido, Ángel Salomón se arrepintió. Era una historia como para cortarse las venas a lo largo, como decía su padre. Era más triste que cualquiera de esos radioteatros que se transmitían a la hora de la siesta y que hacían llorar litros de lágrimas. Basta decir que el hombre no nació, sino que apareció. Así como lo oyen. Ese día en el hospital, la enfermera jefa se dio cuenta de que en la maternidad había seis parturientas, y en la sala cuna lloraban siete recién nacidos, uno sin ajuar, completamente desnudo, aún cubierto de placenta y más grande que todas las demás criaturas. Ninguna de las parturientas había tenido mellizos o gemelos. De modo que nadie podía entender cómo este bebé apareció ahí. Algunas de

las enfermeras más creyentes hablaban del Espíritu Santo. La suposición de las descreídas era que el bebé había sido parido en un baño del hospital y de alguna forma lograron dejarlo en la sala cuna. Enfermeras y matronas recorrieron el hospital preguntando a gritos de quién era esa guagua. Nadie contestó. Nadie dijo es mía. Nadie lo reclamó. Cuando hubo que inscribirlo en el Registro Civil a las enfermeras se les ocurrió bautizarlo como Juan de Nadie. Lo dejaron por un tiempo en el hospital, por si aparecía la madre, o por si alguna doctora o secretaria o enfermera se animaba a adoptarlo. No ocurrió ni lo uno ni lo otro. A todas les daba miedo: esa guagua era muy grande. Fue llevado a un orfanato.

Ángel Salomón no quiso oírle contar su vida en el orfanato. Bastaba y sobraba con lo que le había dicho unos días antes sobre la tembladera y los deseos de vomitar que sufría al oír la palabra *monaguillo*. Y es que la palabrita le traía el recuerdo de un cura del orfanato que lo elegía siempre a él para hacer de monaguillo, y de las cosas que le hacía después de misa. Ese fue el principal motivo de haberse escapado a los doce años. Desde entonces que vivía en la calle.

Ángel Salomón dijo que debía de poner atajo a eso. Que una palabra no le podía estar cagando la vida. Y la mejor manera de exorcizar el mal recuerdo que le traía era repetirla y repetirla como un mantra. O que alguien se la repitiera a diario, hasta que la palabra perdiera todo significado y se volviera inane. Y desde ese día, en vez de *ayudante*, comenzó a llamarlo *monaguillo*. Los primeros días Juan de Nadie temblaba al oír la palabra. Pasado un tiempo, oyéndola todos los días y a cada rato, la palabra volvió a ser lo que era: un inocuo sonido de vocales y consonantes.

* * *

Antes de que apareciera la cantante lírica, en las ciudades y pueblos por donde pasaban, Ángel Salomón era dado a albergarse en las pocilgas más baratas, residenciales de mala muerte donde, según él, bullía la verdadera vida. La realidad real, decía. Y cuando le iba bien y le alcanzaba para salir a celebrar por las noches, invitaba a Juan de Nadie y buscaba los boliches más cochambrosos. A su monaguillo no lo invitaba por ser una buena persona. Lo llevaba para que el gigantón lo defendiera en algún boche de bar, que nunca faltaba.

Él fue toda su vida malo para pelear. Cuando niño siempre era él el que quedaba sangrando. Pero golpeado y sangrando, seguía tirando gualetazos, embistiendo como un toro ciego. Nunca se rendía. Hasta que alguien los separaba o el otro se cansaba y no quería pelear más. Por eso era respetado por los niños del barrio. Sabían que aunque perdiera una pelea por golpiza, su contendor no se la llevaba muy pelada.

Fue en un boliche de Copiapó donde Ángel Salomón se dio cuenta de lo que causaba la presencia de su monaguillo. Ese día, vísperas de Pascuas, había vendido tantas cruces y medallitas que se quedó sin stock y tuvo que encargar otra partida a los fabricantes en Santiago. Fue tal la ganancia que tuvo que por primera vez se sintió generoso y llevó a Juan de Nadie a

celebrarlo. Hasta esos momentos, Ángel Salomón veía en su monaguillo nada más que a un burro de carga.

Donde Mueren los Valientes, se llamaba el tugurio al que entraron. Y a esas horas ardía de borrachos gritones, de borrachos cargantes, de borrachos pendencieros. Como a la media noche uno de los parroquianos, el más borracho y el más bocón de todos —bigote grueso, cuello de toro y rostro sanguíneo—, que se jactaba a cada rato de ser el mejor camionero del país, empezó a mirar fijo a Ángel Salomón. Desde su mesa rinconera no le quitaba la vista de encima. De pronto, sin decir agua va, se paró y caminó tambaleándose hacia el mesón donde se acodaban él y su monaguillo. Sin dejar de mirarlo y resoplando como un toro, se le acercó hasta casi rozarle la nariz.

—¿No eres tú el charlatán de las mechas de indio? —le preguntó babeando—. ¿No eres tú el hijo de puta que engaña a las abuelitas con sus menjunjes mágicos y sus crucecitas milagrosas? Dime, conchadetumadre, ¿eres tú?

Cuando el borracho agarró de las solapas a su jefe como para darle un cabezazo, Juan de Nadie reaccionó y, de un salto, se puso junto a él. Sin necesidad de decir una palabra, solo con cerrar los puños y ponerse en pose de boxeador, hizo que el borracho lo soltara y se retirara puteando.

Desde esa vez, Juan de Nadie, además de monaguillo, palo blanco y niño de los mandados, pasó a ser su guardaespaldas personal. Aunque hasta ese momento no le tenía sueldo, solo cama y comida (que su monaguillo le agradecía perrunamente), desde ese día comenzó a darle también algo de dinero para el bolsillo.

* * *

Después de la asamblea, viendo que sus compañeros de viaje no vienen a buscarla, Eva La Scala se dirige hacia el auto. Ya está casi segura de que se los han llevado los carabineros. El auto se ve entero y adentro todo en su lugar. Parece no faltar nada. Suspira:

—Esto solo pasa en la pampa.

Cuando abre la cajuela donde cada uno guarda su carnet, solo encuentra el suyo, lo que viene a confirmar sus sospechas.

Abre el portamaletas, hurga en su mochila, saca unos documentos y se va directo al retén. En la sala de guardia pide hablar con el oficial a cargo. Le traen al Ajicito. Al ver a la cantante lírica el gordo le pregunta sonriendo:

—¿Te vienes a entregar, rubita?

—Soy su abogada —responde enfática.

Antes de media hora tiene a los dos hombres libres.

—¿Cómo crestas lo hiciste? —dice Ángel Salomón antes de saludarla.

—Soy maga.

—No jodas, Tirabuzones. ¿Cómo lo lograste?

Ella dice que sabe algo de leyes, y que su detención, a todas luces, no fue legal. Ángel Salomón le rebate que cualquier mortal puede saber «algo de leyes» y no por eso los pacos le van a hacer caso. Y menos uno como el Ajicito.

Eva La Scala mira a su jefe y luego a su monaguillo. Está bien, dice, tienen derecho a saberlo. Y cuenta que hace solo un año se ha titulado de abogada, nada más que por darle una satisfacción a su padre, pero sin dejar de viajar y de cantar. Estudió dos años en la Universidad Complutense de Madrid, dos años en la Universidad Nacional de Buenos Aires y remató en la Universidad de Chile, que fue donde se tituló. De modo que, pese a que aún no ejerce, es poseedora de un flamante título de abogada. Además, está afiliada al Colegio de Abogados de Chile.

—¿Que cómo lo hice con el Ajicito? Pues lo abrumé con leyes, códigos y artículos constitucionales que él ni siquiera sabía que existían. Cuando se vio atosigado se metió a una oficina contigua y llamó por teléfono. Por el tono rastrero que adoptó, me pareció que hablaba con un superior de muchas estrellas. Del otro lado debieron de darle la orden que los soltaran.

—Seguramente llamó al administrador —dice Ángel Salomón—, el gringo que me interrogó y que trata a los carabineros como si fueran sus vasallos.

—Si reciben órdenes de él, lo son —dijo Eva La Scala.

—¿Y qué dijo el Ajicito? Debe de haber quedado hecho un locoto.

—¿Qué es un locoto? —dice Juan de Nadie.

Por la noche, después de cenar en el casino de obreros (no vieron a José Santos), los hombres deciden ir a celebrar su libertad a la fonda. La cantante lírica prefiere irse a dormir. La señora Herminia le ha ofrecido alojamiento por todos los días de permanencia en Tricolor, y no va a abusar de su generosidad llegando tarde y con olor a cerveza.

Los hombres la pasan a dejar al sindicato.

* * *

La fonda se halla repleta. Al momento de entrar, una ranchera en la voz de Antonio Aguilar resuena por sobre la bullanga de los borrachos: *de piedra ha de ser la cama / y de piedra la cabecera...*

—Esa era tu canción —le dice Ángel Salomón a su monaguillo—. ¿Te acuerdas?

Juan de Nadie no entiende.

Se arriman al mesón de zinc. Cuando piden su quinta cerveza, se les acerca un anciano delgado y pequeño, de pelo blanco, traje con chaleco, muy atildado. A Ángel Salomón le parece haberlo visto antes.

El hombrecito se presenta como Gilberto Rosas, diácono de la oficina. Y dirigiéndose a Ángel Salomón dice haberlo oído hablar en la plaza el otro día. Sus palabras habían calado hondo en su corazón.

—Sobre todo cuando, aseverando no me acuerdo qué cosa, juró por las cenizas de su madre que era cierto. Eso me hizo llorar, porque yo también perdí a mi madrecita. ¿De qué murió la suya, don Ángel?

Ángel Salomón, un tanto achispado, a punto de largarse a reír, se pregunta de dónde habrá aparecido este anciano tan relamido.

—De qué murió, don Ángel.

—Perdone el señor diácono —dice el charlatán— pero yo, a mis cuarenta años, aún gozo el privilegio de tener a mi madrecita viva. Si usted la viera, pese a todas esas enfermedades que se inventa, la viejita tiene cuerda para rato.

—¿Entonces por qué jura por sus cenizas?

Ángel Salomón, sorprendido de que el vejete no se sepa un chiste más viejo que él mismo, dice, con desgano:

—Es que la vieja fuma como chimenea.

El diácono lo queda mirando con cara de culo. ¿Va a romper en llanto o a cagarse de risa? Lo que hace al fin es reír hasta saltársele las lágrimas. Y mientras ríe y llora, trata de decir que a las madres no se les hace eso, cabrón.

—Usted es un condenado hereje —dice el vejete con voz aflautada—. Pero hay que reconocer que es buena la talla. Nunca me reí tanto. Y dígame algo, don Ángel, además de charlatanear, ¿qué más hace usted?

—Nada más, señor.

—¿Y de dónde son ustedes?

—De Santiago.

—¿Y qué andan haciendo por aquí en tiempos de huelga?

—Nada, solo esperar a que arreglemos nuestro auto.

—Supe que estuvo preso. ¿La pasó mal?

—Lo de siempre.

—¿Sabe quién lo interrogó?

Ángel Salomón solo levanta los hombros. Son muchas preguntas. Además, se da cuenta de que el ancianito no está tan borracho como aparenta. ¿Cómo este viejujo sabe lo del interrogatorio? ¿Dónde lo habrá visto antes?

Al salir de la fonda, Ángel Salomón le dice a su monaguillo que ocupe todo el auto para dormir, que él va a llegar por la mañana. Y se va a buscar la dirección de la viuda. Es una casa de obreros en la última calle del campamento, más allá todo es pampa. Mira la hora: son las dos y media de la mañana.

—Bueno —se dice sobrado—, ella dijo a la hora que se me antojara.

* * *

El miércoles, día de elección de los nuevos dirigentes, Eva La Scala despierta contenta. Se levanta de un salto y se mete a la ducha tarareando una canción que se le ha quedado pegada al paladar: «Uno de tantos», en la voz de Cecilia, una cantante que comienza a brillar en el firmamento artístico nacional, como dicen los locutores de radio.

Y es que, por la noche, Hermi (así le pidió doña Herminia que la llamara), además de los mates y los cigarrillos, sacó su tocadiscos para escuchar algunos temas de la Nueva Ola. Hasta se bailaron un twist las dos.

Calculando que los hombres no vendrían a buscarla sino hasta la hora de almuerzo —deben de estar apelotonados en el auto durmiendo la mona—, Eva La Scala se queda en el sindicato a ver la votación programada para las once. Apenas son las nueve y ya se ve gente esperando.

En estas dos noches, la Hermi le ha contado sobre lo que pasa entre los dirigentes y los abogados de la compañía.

—Esos sanguijuelas capitalinos, con su lenguaje de leguleyos, les pasan por encima como una aplanadora. Sin contar que el trato que reciben de ellos es como de terrateniente a inquilino.

La votación comienza a la hora.

Todo tranquilo.

Antes de la una de la tarde ya se ha elegido a los tres nuevos dirigentes. Después, entre ellos, eligen a don José Santos para presidir el sindicato. Al tomar el cargo, el nuevo presidente sube al estrado a agradecer la confianza que han depositado en él, y a decir algunas palabras sobre cómo y por dónde dirigirá su gestión. Al finalizar el breve discurso del nuevo presidente sindical, Eva La Scala, sentada junto a la puerta que da a las habitaciones de la Hermi, para sorpresa de los presentes, levanta la mano y pide la palabra.

* * *

Don José Santos la reconoce enseguida. Lo mismo que muchos de los presentes que comienzan a gritar:

—¡Que cante! ¡Que cante!

Ella espera a que se acallen las voces. Para eso basta que el presidente alce su mano pidiendo silencio. Eva La Scala comienza pidiendo que disculpen su intromisión, pero cree que si los dueños de la compañía han contratado a tres abogados de la capital —tres perros rottweiler según se ha sabido—, es fundamental que ellos también lo hagan, aunque sea a uno, para que los

asesore frente a los capitalinos. Un abogado que, al entender su terminología, les hable y les conteste en su mismo idioma. O sea, les dé batalla en su propio campo.

José Santos dice que suena muy bonito. Sin embargo, aparte de no tener los fondos suficientes para pagarlo, los abogados de Antofagasta tienen miedo de enfrentarse a los capitalinos.

—Yo soy abogada —dice ella, irguiendo el pecho—. Y me ofrezco a ayudarlos, a asesorarlos, a representarlos frente esos abogados santiaguinos.

Algunos rompen en carcajadas. El presidente alza la mano nuevamente y pide respeto. Él conoce a la dama y tiene toda su confianza. Escuchémosla.

Eva La Scala dice que, si bien tiene su título de abogada, debe de ser honesta y decirles que, por entregarse al canto, aún no ha ejercido. Pero siempre hay una primera vez.

—Y yo quiero debutar defendiendo una buena causa, como la de ustedes. Pruébenme. No pierden nada con hacerlo.

Un obrero toma la palabra y dice que él le cree a la cantante. Que la otra noche los carabineros se llevaron detenido a sus compañeros de viaje y ella fue sola al retén y sola se enfrentó al Ajicito.

—Esto me lo contó un primo al que tuvieron detenido un par de horas en la sala de guardia, en donde pudo ver y oír todo. Que la señorita aquí presente, en menos de media hora, a punta de leyes y reglamentos, apabulló al cabrón del Ajicito y lo obligó a liberar a sus amigos.

—¿Y cuánto nos costaría la gracia? —se oye otra voz del fondo de la sala.

—Nada, dice ella. No les cobraré nada.

—Sé que fue un arranque de temeridad —contaba después Eva La Scala a su jefe—, un gesto de osadía solidaria casi inconsciente. Pero me nació del epigastrio.

—¿Qué es epigastrio? —dijo Juan de Nadie.

* * *

—¿Para cuándo tienen agendada la próxima reunión? —pregunta Eva La Scala.

Se halla conversando en el salón con los dirigentes recién elegidos.

—Hasta ahora no se ha programado ninguna —responde don José Santos.

Sería buena estrategia esperar que ellos la pidan y no nosotros —indica Eva La Scala—. Que sientan que no estamos urgidos. Mientras tanto, para mostrarles que estamos preparados y dispuestos para afrontar un año de huelga si así lo quieren, qué les parece si comenzamos a programar eventos.

—Sí, claro —responde don José—. Ya hay gente que ha comenzado a organizar campeonatos de juegos de mesa. Y mujeres que se han reunido para dar comienzo a las ollas comunes.

—Se podrían organizar veladas artísticas —agrega ella—. Que los obreros, sus mujeres y sus niños canten, dancen, reciten, actúen. Todo eso para mantenerles el ánimo al tope, para que no se

les apague el fervor guerrero que brilla en sus ojos. Yo cantaré en la primera velada para que la gente tome vuelo y se anote para las siguientes. Ah, y están mis acompañantes que seguramente querrán hacer cada uno su número.

Don José Santos, entusiasmado, dijo que habría que hacer las veladas en el biógrafo, pues este salón era muy chico.

Recién a la una de la tarde llega Ángel Salomón al auto. La viuda, descendiente de aimara, resultó ser una comanche en la cama. No lo dejó dormir en toda la noche. Vino a pegar los ojos al quebrar el alba.

Su monaguillo, que lo ha esperado pacientemente para ir a almorzar, le pregunta por qué viene tan pálido. Él dice algo sobre un ring de cuatro perillas y una comanche en llamas, y se ríe. Juan de Nadie también sonríe, pero no sabe de qué.

A la una y media pasan a buscar a Eva La Scala. Ella les presenta al nuevo presidente del sindicato. Los hombres lo felicitan con un abrazo.

—Espero que no haya sido por hablar más fuerte —bromea Ángel Salomón.

—De ninguna manera —dice don José.

—Donde hay que hablar y pisar fuerte —dice Ángel Salomón—, es en los choques con los abogados de la compañía.

—Así es, amigo mío. Ahora la cosa va a ser distinta: tenemos a una abogada que nos va a asesorar. Y es muy buena. Creo que aquí salvó a dos tipos de las mismísimas garras del Ajicito.

Ángel Salomón y Juan de Nadie se quedan mirando a la cantante lírica.

—Ah, y les agradezco —dijo don José—. La señorita Eva me acaba de decir que no tendrían problema en participar con algún número en la velada cultural que pretendemos hacer.

Los hombres volvieron a mirarla.

Camino al casino, Eva La Scala les va hablando sobre la velada. Ángel Salomón, con el ceño fruncido, guarda silencio.

Juan de Nadie no entiende nada.

* * *

Entran juntos al casino. Esta vez Eva La Scala pasa desapercibida. Un estallido de aplausos y vivas recibe al nuevo presidente sindical, quien va saludando a todos, de uno en uno, hasta quedar enredado por ahí con unos carrilanos, compañeros de trabajo.

Acomodados en una de las pocas mesas libres, Ángel Salomón toma los cubiertos y, cuchillo en mano, le reclama a la cantante lírica:

—¿Por qué no me preguntaste antes de ofrecerme de payaso en una velada?

Ella toma también su cuchillo y dice que porque estaba segura de que los dos iban a aceptar.

—¿Por qué tan segura?

—Primero, porque es por una buena causa y, segundo, porque podrán hacer en el escenario justo lo que más les gusta hacer.

—¿Qué tendré que hacer yo?

—Su participación, jefecito, consistirá en dar una charla de tema libre, y yo sé que se sentirá en su salsa. ¿Y sabe por qué? Porque usted sufre de éxtasis escénico. O sea, su máximo placer es que lo vean y lo escuchen, y el teatro es el lugar ideal para personas como usted. En cuanto a su monaguillo —prosiguió Eva La Scala, ahora apuntando con el cuchillo a Juan de Nadie—, participará haciendo gallitos. Ahí donde lo ven, tan modosito y quitado de bulla, en el fondo es como todos los grandotes: en cuanto tienen la oportunidad les gusta demostrar lo forzudos que son. Y hacer gallitos es lo ideal para demostrar fuerza.

—¿Qué son los gallitos? —preguntó Juan de Nadie.

—Otra cosa —dice Eva La Scala, con una leve sonrisita irónica despuntando en sus labios—: su monaguillo será presentado como «El Gigante de Fierro, el hombre más forzado de la comarca». ¿Cómo le gustaría ser presentado usted?

* * *

Pese a lo incómodo de dormir en el auto, la mañana del jueves Ángel Salomón despierta contento. Parece ser uno de esos contentamientos gratuitos que de pronto nos regala la vida. Pero no, es motivado por una leve brisa refrescante que se cuela por los intersticios del Ford A, modelo 1927. Al bajar del auto se encuentra con un cielo galvanizado de nubecillas blancas refrescando lo ardiente del clima. Contentísimo, se despereza en un estirón que le hace tronar todas sus articulaciones.

Le dan ganas de silbar.

En el auto, Juan de Nadie sigue durmiendo. Son las ocho de la mañana. A esa hora en la pulpería entra y sale gente. La mayoría mujeres. Mientras saca una toalla de su bolso, alguien le toca el hombro. Es Zenobia María, la viuda.

—Hola, Angelito, ¿qué está haciendo?

—Preparándome para ir al sindicato a ducharme.

A la viuda se le lubricaron los ojos.

—¿Y por qué, pues, no viene a mi casa y se ducha mientras yo le preparo un desayuno rico? Acabo de comprar pan y está calentito. Mire, toque, pues.

—No es mala idea —dice Ángel Salomón. Y mira a su monaguillo para avisarle, pero duerme como un bendito. Lo deja dormir y se va con ella.

Ángel Salomón sabe poco, casi nada, sobre la viuda. La boliviana no es de andar contando sus cosas. No habla del difunto, por ejemplo, ni de su familia. No es mujer de palabra, sino de

acción. Lo poco que sabe de ella: oriunda de Santa Cruz de la Sierra, de ahí su piel blanca, casi lechosa. Fanática de los radioteatros, asidua de la parroquia y una comanche en la cama.

Lo único malo que tiene —y él se lo dijo la primera noche— es que le gusta tocarle el pelo. Me hincha las pelotas que me manoseen el pelo, le dijo. Pero ella no entiende. Y le da por tocárselo a cada rato, acariciárselo, y hasta mechonearlo cuando entra en éxtasis.

Ese jueves, Ángel Salomón no apareció en todo el día por el sindicato. Su monaguillo lo buscó toda la mañana sin resultados. A la hora del almuerzo, cuando no llegó al casino, Eva La Scala se preocupa, le dice a Juanito que la acompañe al retén. Que tal vez el Ajicito...

Pero allá tampoco estaba.

* * *

Apenas entra a la casa de la viuda, el Príncipe Incaico comienza a ser atendido como tal. Mientras se ducha, la viuda, con el pretexto de llevarle más toallas, entra al baño y lo agasaja con una fellatio digna de una comanche.

Después del desayuno retozan en el dormitorio hasta las doce del día. A esa hora, por el calor de horno que irradian las calaminas recalentadas por el sol, los dos en la cama rezuman un sudor espeso como medicamento. A la viuda le cuesta desprenderse. Brillante de sudor su cuerpo, se levanta desnuda a preparar algo de comer. Se sientan a la mesa ambos sin ropa y en silencio. Ninguno habla. No quieren romper ese halo de fatigado encanto que los nimba. Luego de almorzar vuelven en silencio al dormitorio.

A las seis de la tarde, Ángel Salomón se desprende de las viscosas piernas blancas de la viuda, y comienza a vestirse. Ella lo invita a quedarse a dormir. Él dice que tiene cosas que hacer y, sin más explicaciones, se despide.

Camino al sindicato, siente la sensación agobiante de estar enredándose en algo parecido a una telaraña. Este asunto con la viuda se está poniendo peludo. La mujercita ha comenzado con insinuaciones alarmantes: «Sería lindo, Angelito, pues, vivir juntos, ¿no le parece a usted?». «Estoy segura, pues, de haberlo amado en otra vida». Y esa mañana, en uno de sus vociferantes orgasmos, le salió desde sus vísceras más profundas un «te amo, Angelito, pues, te amo muchísimo».

Ángel Salomón llega al sindicato convencido de que, si quiere seguir siendo el Príncipe Incaico, el charlatán trashumante, el que va donde lo lleva el viento, le conviene comenzar a replegarse de los contornos de la viuda.

* * *

La velada se lleva a efecto el viernes. En el biógrafo está todo Tricolor. Alfonso Luna, profesor

de castellano de la escuela, las hace de presentador. La función comienza con las canciones de una niña de doce años que, horas antes, con mucho temple, se presentó en el sindicato diciendo que quería cantar. «Yo canto rancheras», dijo. Le hicieron una prueba y cantaba tan bien que la dejaron que abriera la velada. El profesor la presenta como la reina de la canción ranchera. Se supone que va a cantar solo un tema, pero el público no la deja ir y termina cantando tres: «Cartas marcadas», «La Calandria» y «El hijo desobediente». Fue ovacionada de pie.

Se llama Guadalupe del Carmen.

El profesor anuncia cada número como lo hace en los actos matinales de la escuela: tratando de hacerse entender por los alumnos más pequeños:

—Señoras y señores, ahora un número físico-cultural, físico referente al cuerpo humano, ¿ya?, y cultural, por la cultura, ya saben. Esto es algo nunca visto en Tricolor. Llegado directamente desde la capital, o sea desde Santiago de Chile, dejo con ustedes al Hombre de Fierro, campeón nacional del gallito. El gallito se trata de... Bueno, ahora lo van a ver. ¡Adelante, Hombre de Fierro!

Juan de Nadie aparece en camiseta y trotando, como los campeones de box. En el escenario, una mesa y dos sillas es todo el decorado. Mesa y sillas de tamaño normal, pero al entrar él se vuelven muebles para enanos. Detrás de una de las sillas, a torso desnudo y en fila india, lo esperan cinco forzudos locales inscritos para enfrentarse con el capitalino: cuatro derripiadores y un cargador de tiros, dos de los trabajos más pesados en el proceso de producción del salitre, donde se requieren hombres fortachones.

Antes de salir al escenario Juan de Nadie le confiesa a Eva La Scala que nunca antes ha hecho gallitos.

—Todos tenemos una primera vez, amigo mío —le dice ella, y le da un beso en la mejilla. Juan de Nadie queda pasmado. Nunca había sentido la sensación de un beso de mujer.

Veinte minutos después, sin mucho esfuerzo, el Hombre de Fierro ha despachado a los cinco contrincantes. En medio de los aplausos y los vítores del público, no levanta las manos al cielo ni salta como hacen los campeones, sino que se dirige a sus contrincantes y les da la mano, como pidiendo disculpas. Por ese gesto espontáneo se gana otro aplauso y el cariño del público.

* * *

Porque la gente había ido a la velada más por ver y oír a la cantante lírica, es que un rumor de decepción se derramó entre el público cuando el profesor anunció:

—Señoras y señores, como segundo número dejaré con ustedes nada menos que a Ángel Salomón, el Príncipe Incaico, charlista profesional, diplomado y premiado con la Medalla de Oro de la Academia de los Rosacruces de Brasil. Después explicaré lo de los Rosacruces.

Ángel Salomón sale al escenario con el aplomo de los grandes pensadores de la historia.

Espera a que se apague el rumor mirando al público fijamente, sin hablar, como hipnotizándolo. Cuando tiene a todos los espectadores en silencio y expectantes, dice que para su charla de hoy ha elegido el tema del enamoramiento, un tema humanamente universal. Y en un tono apacible, casi íntimo, como leyéndoles un poema, comienza a exponer motivos, nociones, razones y sinrazones de por qué en esta vida enamorarse no solo es bueno, bello y saludable, sino lo mejor que le puede ocurrir a un ser humano. Para ratificar esto acude a la poesía y a la épica; cita el *Cantar de los cantares*; habla de Dante y de su excelso amor por Beatriz. Crea metáforas y parábolas. Dice que los enamorados van por la vida como un transatlántico con todas sus luces encendidas, que cuando ríen el alma les aletea en torno a la cara. A los quince minutos, el embrujo de su verba hechicera tiene a todo el auditorio suspirando, convencido plenamente de que enamorarse es la gloria misma. Entonces, sin solución de continuidad, solo cambiando la expresión de su cara y el tono de su voz, confiesa que todo lo dicho hasta ese momento es falso de falsedad absoluta. Que ahora sí hablará con la verdad. Y con la misma convicción con que glorificó el enamoramiento, comienza ahora a denostarlo, a predicar que enamorarse es nefasto. Que el manicomio está lleno de enamorados. Expone razones que dejan atónitos a los espectadores. Que el veneno que mató a Romeo y Julieta, por ejemplo, no fue otro que su enamoramiento. Si en quince minutos los había convencido sobre lo grandioso de enamorarse, ahora, en menos de quince, el magnetismo de su verba hechicera los convence de lo contrario, de que el enamoramiento, como decía Ortega y Gasset, es un estado de miseria mental, en que la vida de nuestra conciencia se estrecha, se empobrece y se paraliza.

Su acto fue un paradigma del poder de la palabra.

Así lo siente Eva La Scala que, impresionada por lo que su jefe acaba de hacer con el manejo de su verba, lo espera entre bastidores para preguntarle si él sabe lo que es un sofista, y lo que hacen con la palabra. Ángel Salomón la mira sonriendo:

—¿Y qué crees tú que acabo de hacer?

Más tarde, mientras Eva La Scala canta sus líricas canciones, una gran parte del público aún se quiebra la cabeza: ¿será propicio o catastrófico enamorarse?

* * *

Ángel Salomón había nacido para ser charlatán. A los seis meses de nacer pronunció su primera palabra. Y no fue mamá ni papá —que pese a su corta edad hubiera resultado más natural—, sino una palabra más complicada, de cuatro sílabas: *cacerola*.

Y esto no tenía nada de esotérico. Su padre era vendedor de trastos de cocina y cacerola era la palabra que más se repetía en casa. Entusiasmado, su padre comenzó a enseñarle los nombres de cada uno de los trastos que vendía. A los diez meses el niño repetía perfectamente cacerola, paila, olla, tetera, sartén, colador, entre otras. Al año podía recitar algunos poemas de Gabriela

Mistral que sus hermanas aprendían en la escuela. A los dos años ya hablaba como un niño de cinco y a los cinco aprendió a leer y a escribir. El día que, entre los cachureos de la bodega de su padre, descubrió un cajón lleno de revistas *Okey*, se hizo adicto a la lectura.

Su padre era un vendedor callejero, mercachifles les llamaban algunos. Recorría las calles poblacionales de Temuco arrastrando un carretón de mano con toda clase de trastos de cocina. Las vecinas ya lo conocían. Su ronco vozarrón era reconocible a dos cuadras.

Ángel Salomón aún no cumplía los cuatro años la primera vez que su padre lo llevó con él en su carretón. Su madre se hallaba enferma (su pobre madre pasaba más en cama que de pie), y sus dos hermanas en el colegio. Fue tal el éxito de ventas aquel día que enseguida vio a su niño como una especie de amuleto. Y comenzó a llevarlo a diario.

A los seis años, de tanto ver a su padre comerciando con las mujeres de las poblaciones, Ángel Salomón ya conocía el valor de cada billete o moneda. Sentado entre los trastos, aleccionado por su padre, observaba qué compraban las señoras, cuánto costaba cada artículo, por cuánto dinero salía la compra y cuánto vuelto se debía. El niño debía de estar atento a todo aquello, porque en cualquier momento su padre le preguntaba qué había comprado la señora de lentes o cuánto le había pagado la veterana de verde o cuánto vuelto le había dado a la joven bonita.

De modo que ya a los siete años, además del amor por las palabras que le daban sus lecturas, el niño Ángel Salomón —o Salmoncito, como lo llamaba su madre hipocondriaca— estaba convertido en un rayo para las matemáticas. Vendía, cobraba y daba vuelto con la seguridad de un viejo comerciante turco. Incluso, celebrado por su padre, había ideado un par de trucos para dar vuelto de menos. A esa edad debía de entrar a la escuela y su padre estimó que sería un desperdicio. El niño sabía leer y escribir y era un as para las cuatro operaciones. De modo que siguió acompañándolo hasta cumplir su mayoría de edad.

Ángel Salomón siempre decía que no solo la lectura le había ayudado a cultivar su pasión por las palabras, sino que de igual forma habían influido todos esos años tratando con las bravas mujeres de los barrios pobres, esas leonas cruzadas con cacatúas a las que, amontonadas alrededor del carretón —desdentadas, chasconas, ojos moreteados—, oía hablar, conversar, insultar, rezar, discutir. Decía que el lenguaje natural y espontáneo de esas mujeres, sin una pizca de afectación, habían enriquecido el bagaje de su retórica charlatana, incorporando el insulto, la picardía, el engaño y la mentira.

Y la mentira ya le destilaba por los poros cuando, al cumplir su mayoría de edad, Ángel Salomón dejó tirado el carretón de su padre y se fue de la casa a conquistar la capital.

* * *

El sábado temprano en la mañana, en las afueras del sindicato, un grupo de mujeres comienza a instalar la primera olla común. Sin pedir ni necesitar la ayuda de ningún hombre, acarrear

durmientes, los parten con hacha y barreta y encienden el fuego para hacer hervir los épicos fondos de fierro fundido. Ese primer día cocinan los proletarios porotos con mote, ornados con una mancha de ají color.

Por otro lado, el profesor Alfonso Luna ya ha comenzado el casting para hacer una segunda velada. José Santos, al verlo tan activo, le pide que organice y se haga cargo de un comité de huelga. Este será el encargado de supervisar los eventos sociales, culturales y, sobre todo, deportivos, que se llevarían a cabo en el salón del sindicato: campeonatos de billar, de dominó, de brisca, de cacho y de pimpón.

A propósito de esto, José Santos ordena que, mientras dure la huelga, las puertas del sindicato se mantengan abiertas hasta las doce de la noche. Así los obreros tendrán un lugar donde entretenerse y más tiempo para entrenar con miras a las competencias.

El domingo amanece más luminoso que nunca. El cielo parece ostentar el sol como una medalla de oro olímpico. Tricolor cumple una semana de huelga y el ánimo de la gente no ha decaído. Ángel Salomón y Eva La Scala, ya conocidos y apreciados por la gente, son invitados especiales en la olla común. Los niños y las ancianas se han encariñado sobre todo con Juan de Nadie. Miran con asombro a este gigante con alma de niño, y no pueden no sentir compasión por lo estorboso de su estatura al verlo encorvarse para entrar por las puertas y a veces descalabrándose en los travesaños. Él se hace querer por los niños jugando con ellos al hachita y cuarta o haciéndoles bailar el trompo.

Desde hace un par de noches, Ángel Salomón y Juan de Nadie también están durmiendo en el sindicato. Como no hay más catres, fueron autorizados a dormir en las mesas de billar. Para el gigante resulta más cómodo, y puede tenderse confiado, pues las mesas de billar son de su largura y tienen la firmeza suficiente para resistir su peso, cosa que no ocurre con los catres de las residenciales, que al final termina desbaratando.

Al día siguiente, tarde en la noche, suena el teléfono del sindicato. El salón bulle de obreros entretenidos en los juegos de mesa, en los billares o jugando pimpón. Al primer ring del teléfono el salón enmudece. La estridencia del silencio parece más potente que el segundo ring.

Puede ser el llamado que se espera.

En la cocina, junto a doña Herminia, se hallan tomando mate con pan amasado José Santos, Ángel Salomón, Juan de Nadie y Eva La Scala.

—Don José, es para usted —se le oye decir a la señora Herminia.

Cuando el presidente sindical toma el teléfono, todas las miradas convergen en él.

—Aló. Sí, con él. José Santos, sí. Presidente del sindicato. ¿Para cuándo sería? A ver, espere un momento.

Don José tapa la bocina del aparato y le dice a Eva La Scala que la compañía pide una reunión para mañana. Ella levanta los pulgares.

—Bien, señor, ¿mañana a qué hora? ¿En la mañana? —repite don José mirando a su abogada.

Ella le hace señas que no, y se le acerca al oído:

—Dígale que en la mañana es imposible. Si quieren que nos reunamos tendrá que ser por la tarde.

Don José titubea un segundo, pero se lo dice.

Tapa de nuevo la bocina y dice, sonriente:

—Nos están copiando la táctica.

Tras un rato corto de espera, vuelve a hablar don José:

—Sí, diga. Ah, ya. Está bien. Sí, sí, señor abogado. Comprendo. Por supuesto. Sí. Buenas noches.

El presidente del sindicato, con el ceño fruncido, cuelga el teléfono, se queda cabizbajo, luego alza la cabeza y estalla:

—¡Ganamos el primer gallito!

Los obreros rompen en aplausos y vuelven a sus juegos.

* * *

La reunión es fijada para ese lunes a las cuatro de la tarde. Esta vez se hará en un hotel del centro de Antofagasta.

Por el sobrino de uno de los dirigentes defenestrados, don José se entera de que los abogados capitalinos, solo de arrogantes que son, llegan a lo menos quince minutos tarde a las reuniones. Pensando en eso, a Eva La Scala se le ocurre un plan que, de puro sencillo, se vuelve genial.

—Es para dar el primer combo.

Llegan a la reunión cuando faltan diez minutos para las cuatro. Entran al hotel. En el vestíbulo se ven pocos pasajeros. Eva La Scala, secundada por los tres dirigentes, se acerca a la recepción, atendida por un joven y una señorita. Pregunta casi gritando en qué salón se iba a hacer la reunión. La señorita se lo indica con una mueca de fastidio. Luego le pregunta la hora al joven. El recepcionista le mira el reloj en la muñeca y dice:

—Faltan diez para las cuatro, «señorita» —por el tono se entiende clarito «huevona loca».

Al retirarse del mesón, Eva La Scala vuelca un jarrón con caramelos Ambrosoli, pide disculpas con exageración, y se van a esperar en un café, frente al hotel.

—No creo que se olviden de nosotros en la recepción —comenta sonriente Eva La Scala.

—Al menos no muy pronto —agrega don José Santos, admirando el arrojo de su abogada. Al rato, desde las ventanas del café, ven llegar a los abogados capitalinos; vienen con diecisiete minutos de retraso.

—Ahora nos hacemos esperar un poquito —declara Eva La Scala. Y se toman su café tranquilamente.

Cuando entran a la sala de reuniones ya son las cuatro y media y los abogados de la compañía,

despatarrados en los sillones, se notan mosqueados. Los nuevos dirigentes entran saludando con educación y presentan sus credenciales. Los capitalinos saludan apenas.

—¿Así que ustedes son los nuevos?

—Somos —dijo José Santos—. Y ahora traemos abogada. Les presento a Eva La Scala.

El más gordo de los tres abogados ni siquiera se para de la silla. Con un retintín de desprecio en el tono, se dirige a Eva La Scala con la pandillera intención de ablandarla de entrada, para aplastarla luego como a una cucaracha:

—Usted como abogada, mijita, debiera de saber que a estas reuniones es menester llegar a la hora. Eso es una mínima muestra de respeto hacia la otra parte, y hacia sus propios representados.

Don José Santos y los otros dos dirigentes miran a su abogada. Esperan expectantes su reacción.

—Perdón —dice Eva La Scala, mira fijo a los ojos del gordo—. Lo primero: no le doy permiso a mijitearme porque no soy su mijita. Usted me respeta, señor. Lo segundo: nosotros sí mostramos respeto hacia la otra parte y hacia nosotros mismos. Para su conocimiento llegamos a la reunión cuando faltaban diez minutos para las cuatro. Pueden preguntar en la conserjería. A las cuatro y cuarto nos cansamos de esperar y, pensando que ya no venían, nos fuimos al café de enfrente. Aquí en el hotel el café es muy caro para nosotros. ¿Y quieren saber el tercer punto, caballeros? —Aquí Eva La Scala se pone de pie como si estuviese en un tribunal, el gordo ocupando el banquillo de los acusados y ella como abogada querellante—. ¿Quieren saberlo? Ahí les va: desde el café de enfrente los vimos llegar a ustedes exactamente a las cuatro con dieciocho minutos. Y ni siquiera tuvieron el decoro de bajar apurados del auto, como cualquier persona que va atrasada. No, ustedes lo hicieron con toda la parsimonia y toda la displicencia del mundo. Más rápido se hubiese bajado un parapléjico. ¿Eso es una muestra de respeto hacia la otra parte y hacia sus representados? Me parece que no. Pero esta falta de respeto a los trabajadores se va a acabar, señores, porque ahora el sindicato tiene abogada.

Los capitalinos se habían quedado oyéndola como hipnotizados, mientras don José y los otros dirigentes trataban de que no se les notara la sonrisita burlona.

—Y ahora, queridos colegas —continuó Eva La Scala, sin darle tiempo a réplica—, basta de cháchara y comencemos la reunión. ¿Qué les parece?

* * *

Al salir de la reunión una brisa de mar les lame la cara. Son las siete y media de la tarde. El sol ya se ha puesto y desde los cerros pelados, como un derrumbe de negrura, comienza a caer la noche.

Después de tres horas de intensa negociación, en que ambas partes lucharon defendiendo cada

chaucha de sus representados, Eva La Scala y los dirigentes están agotados pero contentos. Para no disminuir los escuálidos fondos del sindicato, Eva La Scala propone volver de inmediato a Tricolor. El último bus sale a las nueve de la noche. Como aún hay tiempo pasan a un boliche a servirse un té y un sándwich. Lo necesitan. Y es que por iniciativa de Eva La Scala en la reunión no aceptaron ni café, ni caramelos ni esas galletitas como para enfermos derramadas en una bandeja. Todo pagado por la compañía. Rechazaron también la invitación a quedarse a cenar. Y cuando uno de los abogados, en gesto claramente paternalista, quiso ir a dejarlos a la puerta, Eva La Scala dijo que creía que podían llegar a la salida sin necesidad de lazarillos.

—Y espero, señores —se despidió cortante—, que para la próxima reunión respetemos el horario.

El boliche al que entraron tiene un teléfono que funciona con fichas. Don José Santos aprovecha de llamar al sindicato para avisar que llegarán hoy mismo.

A las once cuarenta y cinco de la noche llegan a Tricolor y, seguidos por un grupo de obreros que querían saber, ya, el resultado de la reunión, se van directo al sindicato. Allí José Santos pregunta quién tiene mejor letra y hace escribir en la pizarra al obrero que alza la mano:

Se cita a una asamblea general para el martes a las once de la mañana. Único punto a tratar: la cuenta de la última reunión con la compañía.

Por respeto a la asamblea, le dice al grupo de obreros que no les puede adelantar nada. Pero para que duerman tranquilos, que no les había ido nada mal. Y que pasado mañana tendrían otra reunión que esperaban fuera la definitiva.

—Buenas noches, amistaitas.

En tanto los otros dos dirigentes se van a sus casas, José Santos dice que se siente mal del estómago. La señora Herminia lo hace pasar a la cocina y le prepara una agüita de yerbas. Luego, Eva La Scala, el charlatán y su monaguillo lo van a dejar a su casa. El presidente del sindicato cree que la comida del casino le está haciendo mal. Que echa de menos las cazuelas de su mujer.

—Llevo diez días solo —dice—. Ella anda de viaje por Canela Alta, su tierra natal. Fue a cuidar a su madre enferma.

* * *

Cuando doña Hermi fue avisada por don José que volverían esa misma noche, se hallaba en compañía de Ángel Salomón y su monaguillo.

—¿Con qué cosa rica podríamos esperar a Evita? —dijo la doña, tras colgar el teléfono.

—Con sopaipillas —dijeron los hombres.

Que Evita, como le decía ella, era loca por las sopaipillas. Entonces se pusieron de acuerdo: el

charlatán puso el dinero para los ingredientes, Juan de Nadie los fue a comprar y doña Hermi, como ya le decía la cantante lírica, las amasó y las hizo en un dos por tres.

De vuelta de ir a dejar a don José, inician las rondas de mate. De pronto Hermi, como por sorpresa, pone delante de Evita una fuente llena de sopaipillas.

—Hechas especialmente para usted —dice con zalamería—. Me contó un pajarito que le gustan mucho.

La cantante lírica mira a su jefe con ojos de asesina. Ella las odia.

—Lo siento —dice él por lo bajo—, pero mi monaguillo y yo moríamos de ganas de comer sopaipillas.

En un instante, mientras le pasa el segundo mate, la señora Hermi clava el cielo celeste de sus ojos en Evita y le pregunta, como al descuido, qué tal les había ido en la reunión. Si es que se podía saber, claro; porque don José Santos había llegado muy misterioso.

Eva La Scala dice que, aparte de que los abogados de la compañía ya no volverían a humillar a ningún dirigente, obtuvieron un par de cosas importantes.

—De entrada, les demandamos que, si querían seguir con la negociación, debían reponer esos puntos del petitorio que primero otorgaron y luego quitaron. Que eso no era ético ni aquí ni en la quebrada del ají. Lo aceptaron. Les hicimos firmar un papel. Luego nos abocamos en el porcentaje de aumento en el sueldo base. Después de dos horas de discusión y de telefonazos por parte de ellos a sus patrones, logramos sacarlos de la trinchera del uno por ciento. Al final, luego de ofrecer el uno punto cinco, luego el dos punto cero, terminaron ofreciendo el dos punto cinco. Y jurando, casi por Diosito, que era lo máximo que se nos podía ofrecer. Nosotros estamos seguros de que podemos sacarles más. No sé cuánto más. El jueves tenemos la próxima reunión, en la que podría salir humo blanco.

Después dice que don José le habló de algo que ella ignoraba: en los petitorios, o pliego de peticiones, el porcentaje de aumento en el sueldo se pedía siempre con el tejo pasado. Y que eso era de conocimiento de ambas partes.

—Por un lado, ellos sabían que no aceptaríamos el uno por ciento, que tenían que subirlo, pero trataban de que no fuera mucho más. Nosotros sabíamos que no íbamos a obtener el diez por ciento, y que tendríamos que aceptar menos, pero tratando de que no fuera mucho menos. Lo ideal es que ambas partes vayan cediendo el mismo porcentaje y el aumento quede en un cinco por ciento. Eso sería lo más justo. Pero creo que nunca se ha llegado a eso, siempre los obreros han quedado dos o tres escalones más abajo. Esperamos que esta vez las cosas cambien.

—¡Viva la Evita! —grita entusiasmada la señora Hermi. Y la abraza y le da un sonoro beso en la mejilla.

* * *

El martes, los dirigentes, acompañados de Eva La Scala, dieron cuenta de los puntos ganados producto de su cometido en la última reunión. Tras la asamblea, lo que sacaron en limpio los obreros fue que habían logrado desentramarse del uno por ciento ofrecido en principio por la compañía, y eso ya era un punto importante. Y lo mejor era saber que aún se podía lograr más, que solo era cuestión de seguir resistiendo. Y que pasado mañana tenían la segunda reunión, la que esperaban con mucha confianza, pues creían que el conflicto se podría arreglar. Por lo cual los dirigentes, incluida la señorita Eva La Scala, fueron aplaudidos de pie por los cientos de obreros que copábamos el salón sindical.

Al término de la asamblea, en el momento en que Ángel Salomón y su monaguillo se acercan a decirle algo a Eva La Scala, son interrumpidos por tres obreros que se presentan como maestros del taller mecánico y se ofrecen, en retribución a lo que ha hecho ella por el sindicato, a revisar el auto, ver cuál es la pana. Así, cuando termine la huelga y lo lleven al taller, su reparación será más rápida y expedita. Eva La Scala, sorprendida, les agradece el gesto abrazándolos. Ángel Salomón le dice a su monaguillo que acompañe a los señores al auto. Que enseguida van ellos.

Lo que quería decirle Ángel Salomón a la cantante lírica antes de la interrupción, era que el diácono de la oficina, ese viejito atildado, tenía todas las trazas de ser un sapo de la compañía.

—A mí me parece un viejito inofensivo. ¿Por qué dice, jefe, que puede ser un infiltrado?

—Porque a pesar de no ser obrero y no tener nada que ver con la huelga, se filtra igual en todas las reuniones, incluida en esta. Y siempre sentado en un rincón, como queriendo pasar desapercibido. Además, la otra noche en la fonda, haciéndose el borracho, el anciano me hizo varias preguntas capciosas. Me preguntó sobre mi detención y si sabía yo quién me había interrogado. ¿Como supo él que había sido interrogado, si nadie lo sabía? Supe también que le instalaron un teléfono en la parroquia. Y para que sepas aquí los teléfonos los instala la compañía. Y nada más que a los jefes.

Cuando ambos llegan a ver el auto, los mecánicos ya tienen un diagnóstico favorable: el motor del Ford A, modelo 1927, no está fundido. Así que no será muy difícil repararlo.

* * *

Ese martes la gente de Tricolor se preparaba para asistir, a las nueve de la noche, a la segunda velada organizada por el recientemente creado comité de huelga a cargo del profesor de castellano. De nuevo se llevaría a efecto en el biógrafo, ahora solo con artistas locales, donde la estrella principal sería Guadalupe del Carmen, la niña cantora de rancheras que, en la velada anterior, cautivó a todo el mundo.

La gente de Tricolor se notaba contenta. Hasta ahora todo iba bien. Los nuevos dirigentes habían renovado la confianza en que la huelga terminaría pronto y con buenos resultados. Sin

embargo, ese clima de tranquilidad que cubría a Tricolor fue roto de pronto por un apagón del alumbrado público que dejó las calles y algunos locales sin luz. Eran las ocho y media de la noche. El biógrafo, donde ya había gente esperando, quedó a oscuras y la velada tuvo que suspenderse. Tricolor entero quedó a oscuras. En las casas particulares no se cortó, pero bajó el voltaje y las ampolletas quedaron irradiando una luz mortecina.

En el sindicato, Eva La Scala, la señora Herminia y Juan de Nadie jugaban cartas haciendo hora para ir a la velada, cuando se produjo el apagón. Fue justo en el momento en que el monaguillo preguntaba si alguien sabía de su jefe.

—Pues no se ha visto en toda la tarde.

Dos de los dirigentes (José Santos se recuperaba de un cólico en su casa) llegan rápidamente al sindicato para llamar a la administración y pedir explicaciones. Después de dos horas tratando de comunicarse, la compañía adujo que el corte del alumbrado fue debido a una pana en la Casa de Fuerza. Y que el electricista de emergencia estaba haciendo todo lo posible por solucionar la falla, pero que el problema era muy grande para él solo. De modo que las calles se quedarían a oscuras hasta que se termine la huelga y vuelvan todos a trabajar.

—Este es un golpe bajo —dice don José Santos, al saber la respuesta de la compañía.

Al instante manda a buscar a los dirigentes y a la señorita abogada para que se reúnan en su casa y ver qué se iba a hacer mañana. Si iban o no a la reunión. Y si iban, cómo enfrentarían esta canallada. El presidente del sindicato tiene cincuenta y seis años, y es un hombre apacible, siempre que no le arrastren el poncho.

Cuando le dan el recado a Eva La Scala, Ángel Salomón todavía no hace acto de presencia en el sindicato. Juan de Nadie se ofrece a acompañarla. Eva La Scala dice que no es necesario, que ya sabe dónde queda la casa de don José. Y, además, apenas son tres cuadras.

—Pero está oscuro —dice el grandote.

—Nunca le he tenido miedo a la oscuridad —dice ella.

Y sale taconeando fuerte y se pierde en las sombras de la noche. Al ir llegando a la tercera esquina, y estar a cuatro puertas de la casa del dirigente, dos sombras desprendiéndose de las sombras se lanzan sobre Eva La Scala.

* * *

Las dos sombras le caen encima a la cantante lírica golpeándola y arrojándola al suelo. Mientras intentan ponerle una capucha y ella grita y patalea y rasguña y muerde, emerge de las sombras otra sombra más grande, que se mete entremedio golpeando furiosamente a las sombras asaltantes, las que, sorprendidas, sueltan a Eva La Scala para irse encima de la sombra grande, quien, con más ahínco aún, las sigue golpeando sin lástima, con pies y puños, hasta que una de las sombras agresoras, sangrando por boca y narices, sintiendo que la paliza que están recibiendo

por cuenta de la sombra gigante va a terminar mal, saca un revólver y dispara tres veces al bulto. La sombra grande cae pesadamente al suelo, y en el suelo recibe dos disparos más.

Las sombras atacantes echan a correr, pero por la tunda recibida no pueden hacerlo muy rápido, y una de ellas es alcanzada por los vecinos que, al oír gritos de mujer, habían comenzado a abrir sus ventanas y a salir a la calle premunidos de palos y linternas. Al salir los dirigentes encuentran a Eva La Scala sentada en el suelo, llorando, con la cabeza de la sombra grande apoyada en su regazo. Y es que pese a la negativa de la joven a que la acompañara, la sombra grande igual la había seguido, y ahora yacía con cinco perforaciones de balas en el pecho. Después se supo que una de las primeras balas dio en pleno corazón. La sombra gigante había muerto antes de caer al suelo. Los dos últimos disparos fueron hechos sobre un cadáver.

Mientras tanto los vecinos que salieron con fierros y mangos de picota persiguiendo a las sombras atacantes lograron atrapar a una. Al sacarle la capucha no les sorprendió en absoluto ver que se trataba de un carabinero. Era el más joven de la dotación de Tricolor, que en total sumaban siete. Lucía el rostro completamente magullado y, al primer apretón de güevas que se le hizo, soltó que la orden había sido del Ajicito. Al segundo apretón, dijo que el Ajicito trabajaba para la compañía. Le dijeron que eso lo sabía todo el mundo. Lo que querían saber era con qué persona de la compañía trataba. Se necesitó tres apretones más para que dijera que su capitán siempre estaba hablando con el administrador. Lo que sacaron en limpio fue que el administrador, el gringo que se creía el amo de la oficina, para que la abogada no siguiera aleonando a los dirigentes había ordenado secuestrarla. La idea era mantenerla desaparecida hasta que terminara la huelga. Pero la lealtad de Juan de Nadie le echó a perder el plan.

Después del informe del practicante (solo una vez a la semana pasaba un doctor), y el certificado de defunción correspondiente, llevaron los despojos de Juan de Nadie al sindicato. Allí sería velado. Como aún no estaba el ataúd, y no había mesas tan grandes como para contener su cuerpo, se dirigieron a la sala de juegos y lo tendieron sobre una de las mesas de billar. La misma en la que dormía.

* * *

Al mismo tiempo que el cuerpo de Juan de Nadie era llevado al sindicato, una horda de obreros enardecidos salía a la calle a protestar contra Carabineros. Un rato después alguien pasó por el sindicato a prevenir a los dirigentes: un montón de obreros estaban apedreando el retén y querían quemarlo.

Cuando los tres dirigentes —José Santos se había levantado de su lecho de enfermo— llegaron al cuartel, la turba ya había quebrado todos los vidrios de las ventanas y ahora trataban de incendiarlo. Los carabineros, parapetados detrás de puertas y ventanas, habían hecho algunos disparos que detuvieron por algunos instantes el avance de los que se acercaban con antorchas.

En tanto trataban de apaciguar los ánimos, en el retén se abrió una puerta y apareció uno de los carabineros. Haciéndose bocina con las manos pidió hablar con el presidente del sindicato.

José Santos se adelantó.

—Soy el cabo Pedro Aguirre —se presentó el carabinero—. Quiero que sepa que el único culpable de todo este embrollo acaba de huir. Es el capitán Maldonado. El muy cobarde, cuando supo que uno de los carabineros lo había delatado, ensilló un caballo y huyó a Desolación. «Voy a buscar refuerzos», dijo. Cuando en verdad fue a atrincherarse con el administrador, su amo. El resto de la dotación se siente traicionado por el Ajicito, y están dispuestos a entregar a la justicia a los carabineros involucrados en la muerte del hombre. Y si fuera necesario, no tendrían ningún empacho en declarar en contra del Ajicito. Acabamos de llamar a Antofagasta y mañana mismo llega una comisión investigadora para ver en terreno lo sucedido.

* * *

En ese mismo momento, Ángel Salomón aparece en el sindicato. Desde la tarde que no se veía. Viene pálido. Se acerca al cadáver de su monaguillo y se lo queda mirando en silencio. Después, con sus ojos ardidos en lágrimas, toma sus manos tendidas a lo largo y se las pone enlazadas sobre el pecho, como acostumbraba a dormir Juan de Nadie. Tal como lo vio la primera vez debajo del puente. Después de un rato, pregunta por Eva La Scala. Que le están curando algunas heridas en el consistorio, le dicen. Pero nada grave. Un vago sentimiento de culpa le picotea el vientre a Ángel Salomón por no haber estado con ellos en esos momentos.

Había ocurrido que, poco antes de las seis de la tarde, la viuda se había dejado caer por el sindicato. Venía a buscarlo.

—Hace días que no va a verme, Angelito, pues.

Él, sin decirle nada a nadie, se fue con ella. Después de días sin sexo, a Ángel Salomón le pareció que la viuda se había convertido en una comanche tipo viuda negra. Y mientras lo rasguñaba y lo lengüeteaba y lo sorbía y lo mordía, él sintió el temor ancestral de que, después de la inseminación, ella terminaría comiéndoselo vivo.

Eran las once diez de la noche cuando logró escapar de su telaraña. Camino al sindicato se metió a la fonda a tomarse una cerveza. Se sentía deshidratado y se la bebió de un envión. Cuando pidió la otra, alguien le dijo lo de la balacera y salió corriendo. Como la casa de la viuda quedaba en la última calle del campamento, y ellos mantenían puertas y ventanas cerradas, no había oído ningún balazo.

En el año y medio que Juan de Nadie lo acompañó en sus correrías, Ángel Salomón había terminado por quererlo como a un hermano, un hermano menor demasiado crecido, un poco torpe, pero con un corazón más grande que una marraqueta. Tan grande de corazón era el monaguillo que dio su vida por defender a quien consideraba su amiga.

El hombre que yacía en una mesa de billar se había convertido en héroe.

* * *

El miércoles desde temprano comienza a reunirse gente en las afueras del sindicato. Quieren despedir al gigante, verlo por última vez. Han aprendido a quererlo. Mientras, se intenta localizar al jefe de la carpintería para conseguir que dos carpinteros entren a construir el ataúd. Los que tiene el departamento de bienestar en bodega son ataúdes para gente de estatura normal. Dos dirigentes y Eva La Scala, que amaneció con un brazo en cabestrillo y llena de peladuras y moretones, llaman cada cinco minutos. Después de dos horas por fin el jefe de carpintería responde el teléfono. Dice que no hay problemas pero que debe conseguir la firma de la administración. Y como el administrador no está, tendrá que llamar a Antofagasta.

De Antofagasta se demoran tres horas en dar el visto bueno. Recién a la una de la tarde se comienza a construir el ataúd. En tanto la gente, que desde la mañana está pidiendo que permitan el último adiós al gigante muerto, amenaza con entrar a la fuerza. Ya no aguantan la respuesta «En cuanto llegue el ataúd».

Los del sindicato no pueden seguir negándolo. Es demasiada gente, y por intervención de Ángel Salomón, se les deja entrar. Él mismo se hace cargo de que lo hagan en orden y con respeto. Deben entrar en fila india, pasar junto a la mesa de billar y salir por la puerta del callejón. Los obreros entran con sus mujeres y sus hijos tomados de la mano, en silencio y con mucha compunción. El niño gigante, como lo llaman algunos, parece dormido. Al pasar junto a su cuerpo yacente le hablan, lo tocan, todos se persignan. Hay quienes le dejan un presente.

A las cinco de la tarde, construido de tablas brutas y la pintura negra aún fresca, llega el enorme ataúd de Juan de Nadie. Grande como debe ser la barca del Leteo, se dice Ángel Salomón. Los carpinteros contaron que al medir al finado, con el estirón de la muerte, había sobrepasado los dos metros y quince centímetros. De modo que al terminar el cajón, y ver lo grande que era, se les ocurrió ponerle cinco manijas por lado, en vez de tres, como era lo normal.

A la hora que llega el ataúd, la verde pradera de la mesa de billar está repleta de flores y coronas de papel dejadas por las mujeres, de fichas de la pampa antigua ofrendadas por los hombres, y de bolitas de vidrio, palitroques y muñequitas de trapo que le fueron dejando los niños.

* * *

Con el ataúd dispuesto, Ángel Salomón busca en la mochila de su monaguillo la mejor de su ropa —o la menos peor— y se encarga de vestirlo. Eva La Scala, por su parte, con un toque de colorete en las mejillas, le apacigua un poco la palidez del *rigor mortis*. Después, entre varios

hombres levantan su humanidad para depositarla en el ataúd. Cerrada la tapa y encendidas las cuatro velas, Ángel Salomón se planta a su cabecera como guardia de honor.

En tanto, en el salón, la directiva resuelve que el asesinato de un hombre y el intento de secuestrar a la abogada no puede quedar impune. Hay que decidir cómo hacer frente a este atentado de la compañía. Se cita entonces a una asamblea general para las seis de la tarde.

Cuando dan las seis y media y el presidente del sindicato aún no aparece, la gente comienza a preocuparse. En su casa no está y nadie sabe nada. Cuando ya se formaba una turba para ir a rescatarlo a la comisaría, a alguien se le ocurre preguntarle a la señora Herminia si lo había visto. Que como a las cinco, dice ella, don José pasó a pedirle un vaso de agua y, justo cuando se lo pasaba, sonó el teléfono. Atendió con el vaso en la mano, no habló más de dos minutos, colgó y salió disparado. Ni siquiera se tomó el agua.

Eso decía la señora Herminia cuando José Santos apareció en la puerta.

El presidente del sindicato da inicio a la asamblea contando lo que le ha ocurrido. Hoy temprano había llegado una comisión de Antofagasta para investigar los hechos in situ. Ya habían interrogado a cada uno de los carabineros, de modo que, internamente, estaban al tanto de todo.

—Solo querían oír un testimonio externo para confirmar lo recabado hasta ese momento, y me llamaron. Para conocimiento de la asamblea tengo el placer de informar que el Ajicito y los carabineros cómplices serán dados de baja y entregados a la justicia.

Después de los aplausos y los gritos y los zapateos correspondientes, sigue la discusión sobre si está bien asistir a la reunión del jueves o no. Al final se acuerda informar a los abogados que, si la compañía quiere seguir negociando el término de la huelga, habrá una condición: deben de sacar de su puesto al administrador y ponerlo a disposición de la justicia, tal y como se estaba haciendo ahora mismo con los carabineros involucrados.

* * *

El jueves a las cinco de la tarde se realiza el funeral. El cementerio de Tricolor queda solo a un kilómetro del campamento, de modo que los funerales se hacen a pie y cargando al muerto a pulso. Por ese motivo, los que van pulseando el ataúd gigante dicen que los carpinteros se han ganado un poroto al atornillarle cinco manijas por lado. Así y todo, los cinco hombres que lo cargan con la mano derecha, encabezados por Ángel Salomón, cada cierto tramo piden relevo.

En cambio, los otros cinco, que habían pedido ellos mismos el lado más duro —pulsear con la izquierda—, aguantan hasta llegar al cementerio. Ese fue el homenaje que le hicieron los cinco fortachones vencidos por el finado en la competencia de gallitos.

Por su caballerosidad en la victoria, dicen.

Eva La Scala, con un pañuelo en la mano, camina junto al cajón, tratando de aguantar el llanto.

Y es que es impresionante todo, dice, es maravilloso que Tricolor se haya despoblado para acompañar el funeral de un desconocido. El muerto más grande que han visto en su vida.

En el cementerio, el sepulturero, al ver el tamaño del cajón, tuvo que ir por sus herramientas y agrandar en medio metro la fosa que había cavado.

Nadie me informó que se trataba de un gigante, dijo.

El hombre vivía en una casita de dos piezas levantada en una esquina del cementerio, y porque raras veces se asomaba por el campamento, no había conocido a Juan de Nadie.

Mientras el sepulturero trabaja, la gente comienza a gritar consignas contra el administrador. Una vez ampliada la fosa y antes de depositar el ataúd, el profesor que animó la velada hace callar a la gente. Luego, como encargado del comité de huelga, da un pequeño discurso contando cuando conoció a Juan de Nadie. Más que su estatura, dice, le impresionó su mirada de niño. Luego habla don José Santos, alabando la candidez y el buen corazón de este gigante que se hizo querer por toda la gente de Tricolor. Después, la niña Guadalupe del Carmen se posiciona junto al ataúd, va a cantar una canción en homenaje a un gigante bueno, dice. Enseguida se persigna y se larga con «Juan Charrasqueado», el corrido de moda por esos días.

Todo esto ocurre mientras el diácono de Tricolor espía escondido detrás de un mausoleo. El día anterior se había apersonado al sindicato ofreciendo hacerle una misa de cuerpo presente al finado y entre José Santos y Ángel Salomón, sin decirle nada, lo echaron a la calle.

El momento sublime del funeral se produce cuando Eva La Scala, con la voz quebrada, dice que, entre su repertorio de canciones líricas, «O sole mio» era la favorita de Juan de Nadie. Y comienza a cantarla, emocionando y haciendo llorar a la gente. Hasta el sepulturero, un hombre de cuero seco, que usa suspensores y sombrero recortado, parece conmovido —cosa inaudita en un sepulturero— y saca un pañuelo apoltonado y se suena fuertemente las narices.

Al terminar la canción, Ángel Salomón hace bajar el ataúd a la fosa. La gente se extraña, pues todos creían que el hombre de la cola de caballo, dueño de una verba delirante, iba a dar el mejor de los discursos fúnebres jamás oído en Tricolor. En cambio, todo lo que hace es lanzar un puñado de tierra sobre el cajón.

* * *

Ese jueves por la mañana había llamado uno de los abogados de la compañía —el gordo, el más recalcitrante de los tres—. Llamaba para confirmar la reunión de esa tarde.

—Eso no va a poder ser —dijo José Santos al teléfono—, porque en la tarde tenemos el funeral del hombre que ustedes mataron por evitar el secuestro de nuestra abogada.

El gordo, un tanto turbado, dijo que la compañía no tenía ninguna participación en ese crimen.

—Tal vez no directamente —le aclaró don José—, pero sí la tiene el administrador que es el representante de la compañía. Y para su conocimiento, ayer, en una asamblea, se acordó que si la

compañía quería volver a reunirse para negociar, era requisito que sacaran de su puesto al administrador.

—Desde ya le digo, don José, que la compañía está dispuesta a conversar sobre lo ocurrido. Además, se nos encargó poner sobre la mesa una nueva oferta en el aumento de sueldo. Esto les indica que por nuestra parte se tiene toda la voluntad de solucionar el conflicto.

—Por la nuestra también. Que la compañía nos haga una oferta favorable y se acaba la huelga ahora mismo. Pero tiene que ser lo antes posible, pues los obreros están con el ánimo exacerbado por lo que ha ocurrido y esto se nos puede ir de las manos. Se lo digo con conocimiento de causa pues para estos hombres cualquier acción de protesta es poca. Desde apedrear el cuartel —que ya lo hicieron— hasta quemar la planta, como ya se había hecho en otras oficinas. Y si nos pusiéramos en esa situación ocurriría que sus representados, los dueños de la oficina, correrían a llamar al Ejército. ¿Y se imagina lo que pasaría?

—Me imagino —dijo el abogado.

—No, señor, usted no podría imaginarlo. Yo le diré lo que pasaría: como el Ejército chileno es ducho en disparar contra los obreros, vendría con sus rifles, sus ametralladoras y sus cañones y dispararía a mansalva, sin importarle niños, mujeres ni ancianos, y la sangre teñiría las calles. Y los que lograsen pasar el cerco y huir hacia la pampa, serían perseguidos y palomeados sin consideración. Entonces ustedes pasarían a ser los responsables de una nueva matanza en la pampa. Como la de Santa María, como la de La Coruña, como la de Marusia, o como la de San Gregorio, de la cual soy un sobreviviente. Tenía catorce años cuando sucedió. Todavía suelo volver en sueños a ese jueves 3 de febrero de 1921, cuando a las 5:30 de la tarde los soldados comenzaron a disparar contra la gente. Escondido en el techo de una casa, vi caer bajo la metralla a decenas de obreros, vi caer a mujeres con sus niños en brazos, vi caer, a través de las lágrimas, a mi hermano mayor y a uno de mis tíos más queridos. Y lo que en esos momentos se siente, perdone señor que se lo diga, usted no lo puede imaginar.

El abogado se notaba tocado por las palabras de José Santos.

Al final dijo que la compañía entendía perfectamente la situación, y que por eso le habían encargado que se reunieran cuanto antes para presentarles la nueva oferta. Don José Santos propuso hacerla el día siguiente por la tarde. Y así lo acordaron.

* * *

De vuelta del funeral, las mujeres se van directo a sus casas, los niños se quedan un rato en los columpios y los hombres se pasan al sindicato. El ambiente en general es de consternación. En el salón de reuniones los viejos hablan bajito, andan en punta de pies y se aguantan las carcajadas. En la sala de juegos es lo mismo: los que ganan en la mesa de pimpón no celebran con gritos y saltos como hacen siempre. Los que ganan una partida de dominó con capicúa no alardean

golpeando la mesa. En los billares tratan de no golpear el piso con los tacos luego de hacer buena carambola, o de fallar una fácil. Incluso tratan de no hacer mucho ruido con las bolas, en especial en la mesa en que yació el finado.

Ese clima de duelo es roto de repente por un grupo que, de la nada, se pone a gritar consignas. Luego se van agregando más voces, hasta que es una sola gritadera contra la compañía, contra el hijo de puta del administrador y contra los pacos. En un instante los ánimos se caldean al máximo, las consignas se inflaman y entre los más exaltados alguien grita:

—¡Vamos a quemar la casa del administrador!

Los dirigentes y la maltrecha Eva La Scala suben al estrado y tratan de calmar a los sublevados, pero sin mucha convicción. La idea ha prendido como llareta.

—¡Eso es, vamos a quemar la casa del gringo cabrón! —gritan mientras salen en estampida a la calle. El diácono, que estaba hundido en una silla en un rincón del salón, salió aterrado, tomó su bicicleta y partió a la parroquia. Entonces los gritos se convirtieron en risas y aplausos.

Todo era una farsa.

Había ocurrido que Ángel Salomón había visto otra vez al diácono queriendo pasar inadvertido en medio de los obreros. Le dijo a José Santos lo que creía, que el anciano era un infiltrado de la compañía. El presidente del sindicato no terminaba de convencerse.

—Es que lo conozco de años.

—Haga una prueba. Ordene que los hombres, a una señal suya, se larguen a gritar consignas en contra de la compañía y luego se pongan de acuerdo en ir a quemar la casa del administrador, por ejemplo. Le apuesto mi cola de caballo que mañana en la reunión usted mismo se dará cuenta de que los abogados sabrán exactamente lo que se gritó aquí.

Y eso fue lo que se había hecho.

* * *

Por la noche, los tres dirigentes y Eva La Scala se encierran en una salita del sindicato para ponerse de acuerdo en lo que harán o dirán en la reunión del día siguiente. Mientras tanto, Ángel Salomón pasa la pena mateando en la cocina con la señora Herminia. Abstraído en su silla, ha desleído su palabrerío en un doliente silencio. Está como en otra dimensión. En un momento, mientras le sirve un mate, la señora Herminia le clava los ojos y lo vuelve al mundo real con una pregunta a la vena:

—Dígame una cosa, don Ángel, ¿por qué no habló en el funeral de su monaguillo?

Ángel Salomón, como volviendo del éter, la mira por lo bajo, le da una sorbida al mate y se queda reflexionando.

—Perdón por la pregunta, es que yo soy muy bruta.

Ángel Salomón se sumerge a bucear en un mar de dudas, de creencias, de dogmas, de credos,

de sueños, de experiencias. En las aguas turbias de ese mar sin fondo busca una respuesta que lo ilumine. Que le revele por qué, en lo referente a la muerte, actúa como actúa. ¿Por qué las condolencias las da sin pronunciar palabra, solo con un abrazo? ¿Por qué prefiere no hablar en los funerales? ¿Por qué cuando se discute sobre la muerte, él calla? Luego de un buen rato, emerge de ese confuso mar trayendo una posible respuesta entre los dientes. Mira a doña Herminia. Que perdone, dice, pero ni con todo su arsenal de palabras está preparado para responder a su pregunta. Sin embargo, acaba de recordar unos versos de León Felipe en donde se atisba una posible respuesta. Los versos dicen así:

«Para enterrar a los muertos / como debemos / cualquiera sirve, cualquiera... / menos un sepulturero».

—Que es lo mismo que decir que para hablar de los muertos como debemos cualquiera sirve, cualquiera... menos un charlatán. Resumiendo, señora mía, ante la muerte no hay palabra que valga. Solo nos queda el silencio.

* * *

El viernes, a insinuación de Eva La Scala y en señal de luto por la muerte de Juan de Nadie, los tres dirigentes y ella llegan a la reunión con una ostentosa franja negra en el brazo. Ella, además del brazo en cabestrillo, lleva una blusa escotada para lucir los moretones y las rasmilladuras. Llegan al hotel cuando faltan cinco minutos para las cuatro. Los capitalinos ya habían llegado.

Se nota que los abogados se sienten conturbados ante la fúnebre puesta en escena. Y estuvieron incómodos durante toda la reunión. Entre los dirigentes y Eva La Scala les cuentan lo ocurrido en Tricolor. El intento de secuestro que ella había sufrido y la muerte a balazos, por parte de los carabineros, de una persona muy querida en el campamento. Uno de los abogados preguntó si era cierto que los obreros querían quemar la casa del administrador. Se quedaron mirando con don José Santos: Ángel Salomón estaba en lo cierto. El diácono es el soplón, pensaron ambos. Les dijeron que era cierto, pues todo el mundo estaba exaltado y no era para menos. Que ellos, como dirigentes, apenas pudieron apaciguar el ánimo caldeado de los obreros. Pero si no sacaban al administrador luego, no estaban seguros de poder frenarlos de nuevo. Y es que el gringo, dijeron, jura que Tricolor es su feudo y tiene de vasallo al oficial al mando del cuartel, el capitán Maldonado, alias el Ajicito. Después de oírlos, los abogados dijeron que traían carta blanca de la compañía para solucionar todo con rapidez. Que si la huelga afectaba la producción de salitre, esos actos mafiosos dañaban la imagen y el buen nombre de la compañía. Por lo tanto el señor administrador sería removido de su cargo, y si tiene que ver con estos crímenes, será denunciado a la justicia. José Santos dijo que agradecían el gesto, y que ahora ya se podía recomenzar a negociar el último punto a resolver. Enseguida, y de frentón, recalcó que,

por mandato de la asamblea, no se aceptaba el dos punto cinco de aumento que ofrecieron en la última reunión. Creían que con un gramo más de voluntad podrían subir un poco la puntería.

Los abogados repitieron que la compañía deseaba terminar el conflicto cuanto antes. Por lo que ofrecieron un aumento del cinco por ciento al sueldo base, más todas las regalías que ya habían otorgado. A los dirigentes les brillaron los ojitos. Entonces Eva La Scala, sin demostrar ninguna emoción, pide permiso a sus colegas para salir a hablar un minuto con sus representados.

—Si vienen ofreciendo voluntariamente el cinco por ciento, y tienen carta blanca para negociar, es que demás podemos sacarle otro puntito.

—¿El seis por ciento? —se maravillan los dirigentes.

—Nos quedan diez minutos para conseguirlo —dice Eva La Scala—, antes de que nos deje el bus.

* * *

Enterados en la misma noche de que el conflicto se había arreglado con el seis por ciento de aumento en el sueldo —lo habían escrito los propios dirigentes en la pizarra apenas habían llegado del puerto—, el sábado por la mañana los obreros salen a trabajar. Por la tarde, en una asamblea a salón repleto, los dirigentes rinden cuenta de su gestión. Todo el mundo está feliz. En todos los años que llevan trabajando, ninguna directiva había logrado un seis por ciento de aumento.

Al terminar de dar cuenta detallada de su gestión, los dirigentes son agasajados con aplausos, vivas y zapateos. Y como la euforia es tremenda y no terminan de aplaudir, el presidente del sindicato alza la mano para pedir silencio y comienza a rendir un homenaje a Eva La Scala y a Juan de Nadie.

—A ella —dice— porque sin su asesoramiento y participación en las negociaciones, y sus estrategias al filo de la ley, no se hubiera logrado lo que se logró. La señorita Eva La Scala puede ser un canarito de cristal como cantante lírica, pero como abogada es todo un acorazado.

Después de los aplausos y muestras de cariño por la cantante lírica, José Santos pide guardar un minuto de silencio por Juan de Nadie. Enseguida, con la emoción cortándole las palabras, dice que, por su acto de heroísmo, el gigante con cara de niño es digno de todos los homenajes.

—Y es que no cualquiera tiene los cojones y el corazón de dar su vida por salvar la vida de otro. Y porque su acto nos ha tocado muy profundamente a todos en Tricolor, hombres, mujeres y niños, le cambiaremos el nombre a nuestro gigante. Ya nunca más lo llamaremos Juan de Nadie, desde hoy será Juan de Todos. De todos nosotros, amistaitas.

Después, el presidente del sindicato hace un breve mutis, carraspea, y mirando hacia un rincón de la sala le pide al distinguido diácono, señor Gilberto Rosas, con mucha cortesía y

consideración a su edad, que por favor haga abandono del salón ahora mismo. Y que no quieren verlo nunca más por aquí.

—Usted sabe por qué, señor diácono.

En medio de la rechifla general, el anciano tiene que salir por entre los obreros amontonados en la puerta, los que le hacen el callejón oscuro y lo sacan a puros chirritos y palmadas en el traste.

* * *

Con la vuelta al trabajo, el sindicato ha vuelto a su horario normal. De modo que el lunes, a las diez de la noche, la señora Herminia cierra las puertas y se queda con Eva La Scala y Ángel Salomón a conversar sus últimos mates. Los viajeros han acordado partir al día siguiente, antes del amanecer, para capear un poco el calor que ahora mismo, ya noche y con ventanas abiertas, parece chorrear por las calaminas.

Por la tarde, los trabajadores del taller mecánico les habían entregado el auto —desde el mismo sábado se abocaron en su reparación— y lo probaron yendo al cementerio a ver a Juan de Nadie. Eva La Scala le llevó un ramo de flores de papel confeccionadas por la señora Herminia. Ángel Salomón, un epitafio que los viejos de la tornería grabaron en una placa de bronce, con las palabras de José Santos:

Nació como Juan de Nadie Murió como Juan de Todos

Como a una hora de estar mateando, fumando y hablando de lo humano y lo divino, Ángel Salomón se da cuenta de que hace rato está hablando solo él. Las mujeres, por su lado, ignorándolo por completo, se dan miraditas y se hacen musarañas, tentadas de la risa. Entonces le cae la chaucha, se da cuenta de que ahí está sobrando. Y se pone de pie.

—Bien, me retiro. Mañana hay que madrugar.

—¿Va a despedirse de la viuda, Angelito? —dice la señora Herminia haciéndole un guiño.

Él queda desconcertado.

—Usted sabe, pues —dice ella, imitando el acento boliviano—: pueblo chico, infierno grande. Eva La Scala solo sonríe.

* * *

Camino a ver a la viuda, Ángel Salomón se ríe solo. Qué manera estas mujeres de enterarse de todo. Seguro que en las últimas dos semanas él y la viuda han sido pasto del conventilleo en las filas de la pulpería.

Como última noche en Tricolor, la comanche lo recibe con pintura de guerra: nimbada del aroma del pachulí, luce negligé negro, de seda, con encajes, medias caladas, también negras, y zapatos de charol rojos y de taco alto. El Príncipe Incaico ha caído en una feroz emboscada comanche. Los tambores de guerra suenan hasta la madrugada. En mitad de la batalla, sudados hasta el deslumbramiento, la viuda se da un breve respiro.

—Quiero entregarle algo mío, pues, Angelito, para que se lo lleve como recuerdo —y le hace entrega de un pequeño cofrecito de madera—. Ábralo.

Adentro hay un manojo de pelos (ahora se da cuenta el porqué la boliviana luce el pubis rasurado). Ángel Salomón le da las gracias. Ella, mimosa, le pide que le deje también algo de recuerdo.

—No es necesario que te afeites ahí, me conformo con un mechoncito de tu melena incaica.

—Te dejo cualquier cosa, cariño, pero mi pelo lo cuido como un diamante negro. ¿Sabes tú los años que me ha costado tener el pelo como lo tengo? Si quieres, te puedo dejar los botones de mi marruecos, sería un buen recuerdo, ¿no te parece?

—Bueno, pues, Angelito, peor es nada.

La mujer recoge el pantalón del suelo y, como haría una comanche del viejo oeste, le arranca los botones con los dientes. Luego toma el cofrecito con su ofrenda púbica, que él ha dejado sobre el velador, y se lo guarda en uno de los bolsillos del pantalón.

—Que no se le vaya a quedar, Angelito.

Y vuelve a la carga.

No lo deja dormir hasta la madrugada.

Cuando Ángel Salomón despierta son las seis y cuarto de la mañana. Se levanta de un salto. Le parece que recién ha pegado los ojos. Mira a la mujer: ella duerme plácidamente, como debe dormir una comanche saciada y expiada. Sin encender la lámpara —no se vaya a despertar—, se pone los pantalones al tacto y, con la camisa desabrochada y los zapatos en la mano, camina en puntillas hacia la puerta. ¡Carajo!, está con llave. A tientas en la oscuridad, se devuelve hacia la puerta que da al callejón. ¡Aleluya! Solo está atrancada con una barreta. Sale.

Afuera el cielo aún no aclara y las calles se ven oscuras. La pobrísima luz del alumbrado público no hace más que subrayar la oscuridad. Termina de vestirse andando. Al llegar a la esquina saca del bolsillo el cofrecito con los pendejos de la boliviana y lo tira a un tarro de basura.

* * *

Eva La Scala lo espera junto al auto estacionado fuera del sindicato. No le dice nada. Ella también ha despertado recién. Él le ayuda con su equipaje. El suyo lo tiene en el auto desde el día anterior. Enciende el motor, ronronea un rato y arranca luego suavemente. Ahora no tendrán

problemas: llevan un bidón de agua y los mecánicos le han entregado el auto con el estanque de gasolina lleno.

Como homenaje a su monaguillo, Ángel Salomón se va tocando la bocina hasta la salida del campamento. Aun no puede hablar sobre su muerte y eso lo entristece. Eva La Scala, sentada en el asiento trasero, mira por la ventanilla envuelta en un chal de nostalgia. Él le había dicho que se sentara adelante, pero ella repuso que, por respeto a la memoria de Juanito, por hoy, se iría atrás. Ya en los extramuros de la oficina, enfilan por la huella que los amigos le han indicado.

Ha comenzado a despuntar el alba. El clima es propicio y se adivina un día resplandeciente. Ángel Salomón, haciéndole un agujerito a su tristeza, se pone a silbar una de las rancheras que le oyó a la niña Guadalupe del Carmen. De pronto, en medio de la silbadera, dice, en tono divertido:

—¡Así que la niña Evita se nos enamoró, ¿eh?!

La cantante lírica asoma la cabeza por sobre el chal de su nostalgia:

—Perdone, jefe, pero eso se llama ser impertinente. Si me enamoré, o de quién me enamoré, no es de su incumbencia.

Él no dice nada, solo ríe y sigue silbando.

* * *

La cantante lírica, acurrucada en el asiento de atrás, quiere dormir, pero no puede. Se endereza en el asiento y abre los ojos. El día ha clareado un poco más y el sol está por salir. Entonces descubre algo insólito. Es increíble que el Príncipe Incaico aún no se haya dado cuenta. Aunque siente pena, sonríe maliciosa. Y en el mismo tono de chanza que usó él para burlarse de su enamoramiento, dice como al voleo:

—¿Así que el Príncipe Incaico también se nos enamoró?

—¿Por qué lo dices?

—Por el regalo que le dejó a la viuda.

Ángel Salomón se sorprende: ¿se habrá dado cuenta de que me faltan los botones del marruecos?

—¿Regalo? —trata de hacerse el loco.

—¿O prefiere que diga ofrenda de amor, jefe?

—¿Qué ofrenda de amor, Tirabuzones?

—Su distintivo, pues, jefecito.

Él sonríe.

—¿Mi distint...?

Se lleva las manos a la cabeza. ¡Mierda! Detiene el auto. Baja. Se mira en el vidrio de la ventanilla. ¡Mierda! Le da dos patadas a un neumático. ¡Mierda! ¡Mierda! Se devuelve unos

pasos hacia atrás, pateo una piedra, pateo otra. Y al fin, sollozando, mirando en dirección hacia Tricolor, grito a toda boca:

—¡Comanche y la puta que te parió!

Retomada la marcha, Eva La Scala, en simulado tono de consuelo, comienza a decir que ser parte de la colección de cabelleras de una comanche debe de tener su lado honroso.

—Pero si la susodicha es solo una pobre viuda urgida, entonces su cola de caballo, jefecito, perdón que se lo diga, terminará colgada en un baño como peinetero. Lo que tampoco es tan malo, créalo.

El Ford A, modelo 1927, pisa una piedra grande y da un salto que casi tumba a su dueña.

FIN

Un hombre llega a Los Dones

*«Si tu fotografía no es suficientemente buena es
porque no estabas suficientemente cerca».*

Robert Capa

*A Glenn Arcos,
gran fotógrafo y amigo*

Fue un domingo de agosto cuando el pasajero desembarcó en la estación de trenes de Los Dones. Hacía tiempo que no bajaba nadie en nuestro andén.

Desde la gran crisis del salitre.

El hombre traía puesto un guardapolvo blanco, calzaba sombrero de ala ancha y un loro impávido se enarcaba en su hombro. Todo el equipaje que bajó fue una maleta de madera, un rollo de lienzos pintados que traía terciado a la espalda y un armatoste que ninguno de nosotros supo decir qué carajo era.

Todos recordábamos la época de esplendor del salitre, cuando en los días de tren, luciendo nuestra mejor ropa de domingo, bien peinados y lustrados, nos veníamos a la estación a ver las llegadas. Esos días eran una fiesta. Cómo nos refocilábamos viendo bajar pasajeros de todas layas y calañas: obispos lujuriosos, políticos con cara de asco, charlatanes vendedores de humo, cristos irredentos anunciando el fin de los tiempos, y toda una fauna de personajes estrambóticos, por decir lo menos.

Sin embargo, ninguno nos había dejado con la boca abierta como ocurrió con el pasajero de ese domingo. Y no por lo estrafalario de su facha, ni por el extraño armatoste que cargaba, sino porque a todos nos pareció haberlo visto antes. Aunque suene insólito, todos los que estábamos en la estación tuvimos la certeza no solo de conocerlo, sino incluso de tenerle cariño.

* * *

El hombre de tez morena, estatura mediana y un tanto desgarbado, lucía un sombrero de ala ancha y unos finos bigotitos de galán de cine.

Frisaba los cuarenta años.

Las mujeres en el andén, desde la más pizpireta hasta la más formalita, incluso las que andaban con su pareja, fascinadas por el pasajero, no dejábamos de mirarlo y de hacer musarañas, buscando que él nos mirara. Hasta las vendedoras de dulces y tecito en botellas de Bilz, siempre tan concentradas en ofrecer su mercancía por las ventanillas de los vagones, ahora desatendíamos el negocio, olvidábamos la canasta y dejábamos de vender por mirarlo.

Lo mirábamos y cuchicheábamos entre nosotras.

Y es que estábamos seguras no solo de conocerlo, sino incluso de haberlo amado.

* * *

El más simplón entre nosotros —el regador de la plaza—, dedujo que el hombre algo vendía porque lucía un delantal blanco igual al de las vendedoras. Otro, no más listo que el jardinero —el aseador del consistorio—, dijo que su delantal era como los que usaban los médicos. El más observador —jefe de turno en la mina— dijo que el hombre con su bigotito fino y su sombrero de gánster era el prototipo de un petardista al que alguna vez le dieron una estocada o un balazo en la pierna.

—Pues, por si no se han dado cuenta, paisitas, el tipo cojea levemente del pie izquierdo.

El cinéfilo del grupo —acomodador del biógrafo—, que fue el primero en decir que el pasajero le era cara conocida, dijo ahora, muy seguro de sí mismo, que su sombrero era el modelo que usaba Pedro Infante en sus películas.

Al oír aquello, una de las vendedoras se acercó emocionada y, con voz ondulante, nos dijo:

—¿También ustedes se dieron cuenta? ¡Si hasta en el sombrero se parece!

Nos quedamos mirando:

—Claro que sí, carajo, por eso nos parecía conocido. Si es igualito a Pedro Infante.

* * *

Era un 18 de agosto de 1957 en la oficina salitrera de Los Dones. Hacía cuatro meses y tres días que Pedro Infante, El Inmortal, había muerto en un accidente aéreo en Mérida, Yucatán. Su muerte causó conmoción y dolor en millones de seguidores. Los diarios dijeron que nunca en el mundo se habían suicidado tantas mujeres en un mismo día por la misma causa y por el mismo amor. Solo en Colombia veinte mujeres se quitaron la vida porque no soportaron la muerte de su ídolo, y en el mundo hispano una cantidad de hombres que se identificaban con el charro se dieron al vicio del alcohol.

En la pampa, donde las canciones mexicanas eran himnos a la alegría, la muerte del Rey de las Rancheras causó consternación. También en Los Dones, donde Pedro Infante era el consentido de todos, mujeres y hombres, sus canciones se tocaban en cantinas, ranchos y fondas, y los borrachos, que se las sabían todas, las cantaban a gritos.

La exhibición de sus películas era un acontecimiento en la oficina. El biógrafo se repletaba en las tres funciones: matiné, vespertina y noche.

Y como en la pampa las películas se exhibían un solo día (tenían que ir rotando de salitrera en salitrera), muchas de las admiradoras más fanáticas —como la joven a la que llamábamos «la novia de Pedro Infante»— seguían el circuito de sus películas por las oficinas más cercanas para volver a verlas.

* * *

Dante, un niño de doce años, salió corriendo de la estación hacia el campamento. Descalzo, pisando las costras de caliche con sus tegumentos de perro, corrió los cuatrocientos cincuenta metros musitando: Tengo que decírselo. Ella tiene que saberlo. Va a estar feliz.

Al llegar a su casa, pasó de largo y se puso a golpear la puerta de la vecina. Golpeaba y gritaba:

—Doña Encarna, ábrame, tengo que decirle algo a la señorita Josefina.

La abuela entreabrió una ventana:

—No grites tanto, carajo, que mi niña está durmiendo. ¿Qué quieres? ¿Qué tienes que decirle?

—Que llegó Pedro Infante, doña. Llegó en el tren. Yo lo vi bajar. Toda la gente lo miraba.

—¿Qué tontería es esa, Dante? ¿Quieres terminar de matar a mi niña?

—Creo que se va a contentar, doña Encarna.

—¡Encarnación, niño, por Dios!

—Bueno, como sea. Solo le digo que vi bajar del tren a Pedro Infante en persona.

—Mira, Dantito, es mejor que no le digas nada a la niña. Puede ser para peor.

—Pero...

—Pero nada. Primero hay que averiguar quién es ese Pedro Infante que bajó del tren.

* * *

El pasajero se dio cuenta de que no dejábamos de mirarlo. Arrimó su equipaje a una muralla de calaminas, echó su sombrero hacia atrás (como hacía Pedro Infante en las películas) y, cargando el extraño armatoste, se nos acercó sonriendo. Sonreía como Pedro Infante en las películas.

—¡Buenas, amigos! ¿Quieren ver el juguete que les traigo?

Nosotros, desconcertados, solo atinamos a asentir con la cabeza. Él, con toda la parsimonia del mundo, tomó la parte larga del armatoste, lo abrió en tres zancas, ajustó cada una de ellas en el piso hasta dejarlas a nivel. Luego, sobre este trípode montó la otra parte: una caja negra, de metal, con un ojo de vidrio por delante y, por detrás, una abertura circular con una manga negra.

—Este es el cerebro —dijo.

Apenas estuvo montada la caja negra de metal, el loro que llevaba en el hombro saltó a posarse en ella. El gemelo de Pedro Infante preguntó:

—¿Saben lo que es esto, amigos?

—Un loro —dijimos todos.

—No, no. Les pregunto por el aparato. Esta es una máquina fotográfica de cajón. Saca fotos al minuto. ¿Quieren que les haga una foto?

* * *

La noche del día que murió Pedro Infante, los hombres de Los Dones —tiznados y patizorros— llenaron ranchos y cantinas con la desesperación de una manada de animales heridos. Aunque lo hacían cada día de pago, aquella vez tuvieron una razón incuestionable para emborracharse sin culpas ni disculpas. Bebieron a su salud, bebieron en su honor; bebieron oyendo sus canciones, cantándolas con él; bebieron llorándolo como lloran los machos de verdad —como una Magdalena—. Tanto bebieron y brindaron por este gavilán pollero, que esa noche acabaron de un viaje con la existencia de botellas, botellones y damajuanas de todos los establecimientos con patente de bebidas alcohólicas. Al día siguiente hubo un cincuenta por ciento de inasistencia al trabajo.

En cuanto a nosotras, las mujeres, viudas inconsolables del charro, esa noche del día de su muerte, tiradas en la cama, desmelenadas de dolor, lo lloramos como hicieron miles de mujeres en el mundo. Hasta tuvimos un intento de suicidio en la oficina. Por suerte la muchacha falló en su tentativa, pero se vistió de negro, se encerró en su habitación y juró seguir amando a Pedro Infante más allá de los lindes de la muerte.

* * *

La mayoría de nosotros habíamos llegado a trabajar a la pampa enganchados desde los más profundos campos al sur de la patria. Nos trajeron como ganado en las bodegas de buques de servidumbre, o apretujados en el tren Longitudinal Norte. De modo que no vimos nada. Fue como si allá, antes de partir, hubiéramos cerrado los ojos y al abrirlos ya estuviéramos aquí. De un día para otro habíamos cambiado el trinar de los pájaros por el silencio de los cerros pelados, el arado de palo por el macho de 25 libras, la eclosión de la semilla por la explosión de la dinamita. Y ni allá en los campos ni aquí en el desierto habíamos visto jamás una máquina fotográfica ni conocido a un fotógrafo.

—Es más —le dijimos a Pedro Infante—, muchos de nosotros nunca nos hemos sacado una foto.

* * *

Uno que siempre andaba apurado y trotando y dando puñetes al aire —el púgil de la oficina— preguntó cuánto se demoraba en salir la foto.

—Y es que algunos tenemos turno de tres a once y todavía no vamos a almorzar.

—Estas son fotos al minuto, amigos —dijo con orgullo el fotógrafo.

Hizo que nos arrejuntáramos en uno de los escaños del andén y nos acomodó para que ninguno quedara fuera del encuadre. Luego introdujo el brazo en el cajón por la manga negra, y

tras un momento de manipular a ciegas no sabíamos qué cosas nos hizo levantar la cabeza y no pidió que nos moviéramos.

—¿Listos? ¡Miren el pajarito! —y apretó un botón—. Está bien. Respiren.

Metió de nuevo el brazo por la manga negra, manipuló otro tanto y sacó una foto en donde todos parecíamos albinos.

—Este es el negativo.

Lo sumergió en un recipiente con agua adosado a una pata del trípode, y luego lo acomodó invertido en una especie de brazo articulado, de madera, que adosó frente al lente. Repitió el procedimiento fotografiando ahora al negativo y así obtuvo la imagen en positivo. O sea, la foto terminada. Todo esto tardó entre siete y ocho minutos.

Antes de entregárnosla, la sumergió también en el agua. Luego la sopló y blandió un rato en el aire:

—Llévenla en la mano hasta que seque bien.

Para nosotros era una foto perfecta. No quedó ninguno afuera. Pasándola de mano en mano nos reíamos nerviosos al vernos retratados tal cual éramos.

—¿Y cuántas chauchas nos costará este chiste, paisita?

—Por ser la primera foto que hago aquí, va gratis, amigos. Solo hagan correr la bulla de que mañana me instalaré en la plaza. Hay fotos tamaño postal, como esta, y media postal.

* * *

Al día siguiente, el fotógrafo se instaló con su máquina, y sus tres telones de fondo, en la pequeña plaza de piedras, frente al biógrafo. Antes lo acompañamos al departamento de bienestar, donde debía sacar el permiso. No tuvo problemas. Mostró su carnet del sindicato de fotógrafos al minuto y ya estaba listo. Al terminar los trámites nos dio las gracias. De ninguna manera podía haberle ido mal en un día como ese.

—¿Por qué? —preguntamos.

—Porque hoy, 19 de agosto, es el día mundial de la fotografía.

El día anterior, en la estación, después de sacarnos la foto, nos preguntó dónde se podía alojar. Ya venía informado de que aquí no había hoteles ni residenciales. Y como algunos de nosotros no teníamos turno los domingos, lo acompañamos a la fonda, único lugar donde tenían una pieza para arrendar, seguidos por una bandada de niños que ayudaron con el equipaje.

Ya en la fonda, con la llave en la mano, el fotógrafo preguntó si no había algo mejor que esto. La habitación era un cuartucho de calaminas, de cuatro por cuatro, con piso de madera y puerta a la calle. Todo su amoblado consistía en un catre de fierro forjado, un velador, una mesa con dos sillas, un clóset adosado a la pared y pare de contar.

—Ah, pero tiene ducha y piso de tabla —le dijimos—, y eso en la pampa es todo un lujo.

Antes de despedirnos, el más entrador entre nosotros —centro forward y goleador de la selección de fútbol— dijo:

—Perdone la pregunta, don: ¿por qué eligió Los Dones?

—Porque soy un fotógrafo itinerante. Y como tal, cada año, entre primavera y verano, recorro los balnearios del litoral central y el sur del país, hasta Chiloé. Pero en invierno la lluvia deja desiertas las plazas y los parques sureños, y el negocio se malea. Entonces, como hacen los circos, me desplazo hacia el norte, pero nada más había llegado hasta La Serena. Este año, un anciano que trabajó por estos lados me aconsejó alargar mi gira hasta la pampa. Que las salitreras, dijo, eran tierra virgen para los fotógrafos. Y me recomendó empezar por Los Dones, la oficina en donde él trabajó por unos años.

—¿No será que el anciano le contó que aquí vive su novia? —dijo el centro delantero, y todos nos largamos reír.

* * *

La muchacha se llamaba Josefina. Tenía veintiún años y una belleza de otro mundo. Nosotros, los mortales, muchas veces quisimos presentarla para Reina del Salitre, pero su abuela, doña Encarnación, nunca aceptó. Josefina era rubia y delgada, y sus ojos verdes derretían el acero. Además de su candorosa sensualidad, tenía una risa que hacía vibrar los cristales.

Bueno, eso antes de su tragedia.

Era hija única de un matrimonio que se disolvió cuando ella aún no cumplía tres años. Su madre engañó a su padre y este, un mecánico tornero, la dejó y se volvió al sur. Después su madre, una joven enfermera, viajó al puerto, se suponía a hacer unos trámites, y no volvió más. La niña fue criada por su abuela materna, doña Encarnación, viuda de un ingeniero civil, y dueña —asociada con el empresario peliculero— de la fábrica de hielo, la única en todo el cantón. Su nieta Josefina se convirtió en la razón de vivir de doña Encarnación y, como le iba muy bien en su negocio, le daba el gusto en todo.

Josefina tenía doce años cuando vio por primera vez una película de Pedro Infante: *Cuando habla el corazón*. Instantáneamente se convirtió en la más fanática admiradora del cantante y actor mexicano. Fue un enamoramiento fulminante.

Desde aquella vez, Josefina juró no ver ninguna película donde no trabajara su amor. Y no subir nunca más a la sala de proyección con el peliculero, que le daba entrada gratis y le reservaba la mejor luneta del biógrafo.

* * *

El fotógrafo decía estar consciente de su parecido con el actor mexicano, pero confesaba que

antes de su muerte eran pocas las personas que se daban cuenta. Ahora el asunto cambió por completo. Estos últimos cuatro meses habían sido insoportables. Por donde andaba, por más que exageraba su cojera, la gente no dejaba de mirarlo como si fuera su reencarnación. De modo que tuvo que aprender a hacer abstracción de su parecido con el actor. Y para quebrarle la fascinación a la gente, sobre todo a las mujeres, dramatizaba su cojera al máximo. Y no paraba de hablar, porque su voz rasposa no tenía comparación con la del actor.

Y eso fue lo que hizo esa mañana cuando se dio cuenta de que éramos solo mujeres las que llegábamos a la plaza. Mujeres y niños (como día lunes, la mayoría de nuestros hombres se hallaban trabajando). Mientras los niños se instalaban a mirar los telones, o se quedaban escudriñando la máquina como si fuera un aparato extraterrestre, nosotras nos quedábamos embelesadas mirándolo a él, como si de verdad fuera alguien que viniera del otro mundo. Para disimular, algunas nos sacábamos la suerte. Otras nos hacíamos fotos. Sin embargo, no faltaban las que llegaban de frentón a pedirle autógrafos, o a tocarlo, o a rogarle que les cantara una cancioncita. De modo que, para quebrarnos el encanto, no paró de cojear y de hablar todo el rato.

Lástima que hable más que una bandada de loros, oímos decir a la desfachatada esposa del arquero del Pulpería Fútbol Club. Algunas de nosotras le rebatimos afirmando que su voz, aunque no era la de Pedro Infante, tenía un raspadito de masculinidad muy atractivo.

* * *

Con su voz arenosa, pero no exenta de sensualidad, nuestro Pedro Infante de las fotos no paró de hablar en toda la jornada. Entre otras cosas, contó historias relacionadas con las máquinas fotográficas de cajón. Nos exhortó a que si alguna vez se nos ocurría la mala idea de hacernos una foto de estudio, como las que se hacen las mujeres de los futres —ojalá no cediéramos al capricho—, deberíamos tener en cuenta algunas cositas: una, que nos cobrarían un ojo de la cara y la mitad del otro; dos, que se demorarían días en entregarnos el resultado; tres, por lejos que esté el estudio, tendríamos que ir a buscarla. En cambio, él nos la tiene al minuto, cobra barato y nos la entrega aquí mismo.

—No por nada somos los fotógrafos del pueblo. Nosotros democratizamos la fotografía. Además, como predicaba mi maestro, Ángel Custodio Mellado, un épico fotógrafo minuterero: «La foto de estudio fotografía solo el traje; la foto al minuto fotografía el alma».

* * *

Al volver a la plaza por la tarde, en el momento en que el fotógrafo instalaba sus telones, apareció la anciana. Todos en la oficina sabíamos que vendría. La Emperatriz del Hielo, le decíamos. Y no solo porque fuera dueña de la fábrica de hielo, también porque pese a lo soleado

que estuviera el día, siempre parecía tener frío. Ahora, además de una chalequina de lana, traía una pañoleta amarrada a la cabeza, por donde se le asomaban algunos mechones de pelo azulino.

El fotógrafo, al verla, no creyó que viniera a hacerse una foto. Y tenía razón. La mujer comenzó a dar vueltas en torno a él y a la máquina, sin dejar de mirarlo. Él la veía de reojo. En esos momentos se hallaba atareado en hacerle una foto a dos hermanitos pequeños que no se quedaban quietos con nada. Cuando al fin logró que los niños miraran al pajarito, la mujer seguía con sus ojos fijos en él, sin parpadear siquiera. Para distender un tanto la situación, el fotógrafo le habló:

—¿Le gustaría ver qué le ofrece la suerte para este día, señora?

—¡Véase la suerte, la suerte! —gritó el loro.

Al oír al loro, la cara de la anciana pareció dilatarse en una sonrisilla y aceptó. El fotógrafo le preguntó el nombre y luego se dirigió al loro:

—¡A ver, Oliverio, sáquele la suerte a Encarnación!

El loro sacudió la cabeza, se acercó al cofrecito, picoteó una de las tiritas de papel y estiró su pescuezo hacia la mujer.

—Recíbalo, señora —dijo él.

La mujer estiró el brazo con recelo, retiró el papel, lo desdobló y leyó. Una lucecita pareció encendersele por dentro. Entonces habló. Su voz tenía una cadencia de anciana benévola que no correspondía con la expresión de su cara:

—¿Puedo pedir un papelito para mi nieta?

Él preguntó el nombre:

—¡Oliverio, sáquele la suerte a Josefina!

El loro hizo todo de nuevo. Ahora la mujer recibió la tirita de papel con más confianza. La leyó y se guardó las dos en el escote. De una chauchera que se sacó del mismo escote extrajo un billete, pagó, dio las gracias y se fue. El fotógrafo sonrió.

Las dos tiras llevaban frases felices.

Al irse la mujer, el encargado de regar los tres algarrobos y el pimiento de la plaza se acercó al fotógrafo:

—¿Sabe quién es ella, paisita? Es doña Encarnación, la abuela de su novia.

* * *

Por la noche, mientras cenaban en la fonda, el regador de la plaza —que también salía en la foto de la estación— le preguntó que cómo se le había ocurrido lo del loro de la suerte. El fotógrafo escancié su vaso de vino tinto y dijo que, en un pueblito perdido en el sur del país, había visto a un anciano organillero haciendo lo mismo, pero con un monito de pantalón y camiseta. Que él se

decidió por un loro porque al pájaro no había que vestirlo y le salía más barato alimentarlo: semillas de girasol, alpiste, pan seco, agua y algunos insectos (los insectos corrían por su cuenta).

—El monito —dijo— sería como tener a cargo a un niño.

—¿Y por qué el nombre Oliverio?

—Solo me sonó y ya. Después me di cuenta de que el nombre hacía tono con el verde oliva de su plumaje. Lo mejor fue que el loro aprendió todo rápido.

De fotografías perdidas y halladas I

El edificio es de calaminas. En un ángulo de la foto se alcanza a ver el letrero con letras de madera: Es tación Los Dones. En un escaño del andén, un grupo de obreros se apretujan para no quedar fuera de la foto. De algunos, solo por su pose, se adivina su oficio o su afición. Este, por cómo se acucilla, se nota que es futbolista. Otro, por su cabeza gacha y su mirar por lo bajo, tiene que ser boxeador. El más alto, y de más edad, debe ser sobreviviente de alguna matanza, pues mira a la cámara como quien está a punto de ser fusilado. Todos tienen la piel cuarteada por la inclemencia del clima. Las dos vendedoras de dulces, sentadas en el medio, con sus canastas en las faldas, miran al fotógrafo con el embeleso de estar viendo al jovencito de una película mexicana.

La foto se unta de ternura con los niños colados a última hora: sentados en el suelo, despeinados y descalzos, con cara de conejos asustados, son los únicos que miran al pajarito.

Las cosas en Los Dones habían empezado bien para el fotógrafo. Según contaba después, ese primer día hizo decenas de fotos en la plaza. Y todo el mundo quería verse la suerte con el loro Oliverio. Además, tuvo dos pedidos a domicilio. Uno para hacerle fotos a un «angelito muerto». Otro, para fotografiar a una pareja de ancianos.

Al angelito muerto, un niño de apenas once meses, lo tuvo que fotografiar en pleno velorio. Para él fue una de las fotos más tristes que había hecho hasta ese momento.

Fotografiar a la pareja de ancianos fue un tanto complicado. Ella se negaba a posar para la foto, le daba susto la máquina. Decía que le recordaba las ametralladoras emplazadas en la escuela Santa María de Iquique: esos armatostes infernales también tenían tres patas. Sus hijas insistían y ella, taimada, se agarraba de la puerta de su cuarto como una niña de cinco años. El anciano, para justificar su comportamiento, dijo que su mujer había perdido a su madre y a su hermano en la matanza de Santa María. Y se puso a contar cómo ellos se habían salvado de morir ametrallados. Que, en la tarde de aquel veintiuno de diciembre de 1907, Gregoria Becerra, la madre de su mujer, siendo él el enamorado de su hija, le pidió que la sacara de la escuela y la llevara a dar una vuelta a la playa. Esto ante su desconcierto, pues durante toda la huelga había sido muy celosa con su hija y casi no los dejaba verse a solas. Cuando en la playa, luego de hacer el amor —ambos por primera vez—, oyeron las ráfagas de las ametralladoras, entendieron que la madre había intuido que los soldados iban a disparar. En la matanza, junto a los miles de muertos y heridos (la sangre corría por las calles), Gregoria Becerra cayó abatida bajo la metralla, junto a su hijo Juan de Dios, hermano de su mujer.

* * *

Eran las nueve y quince de la noche. El fotógrafo en su habitación se preparaba para ir a cenar cuando llamaron a la puerta. Era uno de los niños colados en la foto de la estación y que luego ayudó a cargar parte del equipaje. El fotógrafo lo reconoció, era el más serio del grupo.

Luego de saludarlo, el niño fue al grano:

—¿Qué tal si mañana me hace una foto con mi novia fuera del biógrafo, apuntando al afiche de la película?

El niño era el hermano mayor de Dante, tenía quince años.

—Los mismos que tiene mi novia —dijo—. Ninguno de los dos hemos salido de Los Dones y nunca nos hemos hecho una foto. Usted nos la hace y yo le pago ayudándole con el equipaje el día de su partida, ¿qué le parece?

—Eres bueno para negociar, ¿eh?
—Es que el próximo año me mandan a estudiar al puerto, y estaré un año sin verla.
—¿Es linda tu novia?
—Es lindita, y se llama Rocío.
—¿Y tú?
—Yo me llamo Emanuel.
—Trato hecho, Emanuel. Mañana por la tarde vayan a la plaza y les haré una foto. ¿Está bien?
—Perfecto —dijo el niño sobándose las manos.
—Pero, a propósito de novia, quiero que me cuentes ahora mismo todo lo que sepas sobre la mujer que todos dicen es mi novia. Supongo que la conoces.
—Cómo no la voy a conocer —sonrió el niño—, si su novia es mi vecina.

* * *

Lo que sentía la niña Josefina por Pedro Infante era mucho más que admiración. La muchacha se enamoró hasta los huesitos de su imagen fílmica. Mi novio Pedro, decía ella. Y cuando al biógrafo llegaba una de sus películas, la iba a ver en matiné, vermut y noche.

A medida que vaya creciendo se le va a ir esfumando esta locura, decía su abuela, doña Encarnación. Sin embargo, el asunto parecía ir de revés: en tanto Josefina crecía y se convertía en una bella adolescente, y luego en una señorita, su admiración por el cantante mexicano se volvía más exaltada, más apasionada, lindante casi en lo enfermizo.

Compraba todos sus discos, encargaba al puerto las revistas que no llegaban a la oficina y en donde podía aparecer alguna foto suya. Josefina tenía su pieza empapelada con fotogramas y afiches de las películas del actor. Y cada vez que venía una de Pedro Infante, el empresario — con zalamería extrema— le decía a la abuela: Avísele a Josefinita que mañana damos una de su novio.

Esas noches, Josefina no dormía cepillando su cabello, probándose perfumes, eligiendo y preparando la ropa con que al día siguiente iría a ver a su novio.

* * *

Era su tercer día en Los Dones y el fotógrafo se sentía contento. Le estaba yendo bien y había conocido gente de muy buena tela, pese a haber llegado de Santiago con el prejuicio de que los pampinos eran gente de mala calaña. Y esto por lo que le contó, llorando, el anciano que lo indujo a venir a la pampa: a un mes de que el pobre hombre abandonara la oficina y se fuera a la capital con la familia, se le había suicidado una hija de trece años. En la carta que dejó decía que en Los Dones había sido abusada por un hombre grande durante largo tiempo. Pero, por el bien

de sus padres, no daba el nombre del abusador pues no quería que, por querer tomar venganza, les fuera a ocurrir algo malo a ellos.

A quien se detuviera a charlar con él en la plaza, el fotógrafo le hacía ver lo buena gente que éramos los pampinos. Nosotros tratábamos de bajarlo a tierra. Que no se confiara tanto, le decíamos, que aquí también, como en la viña del Señor, pululaba toda clase de cristianos. Pero él, con el índice en ristre, afirmaba saber lo que decía, pues había descubierto un sistema infalible para medir la calidad moral y humana de las personas.

Telónmetro, había bautizado su método.

El asunto era simple: tenía que ver con los lienzos que traía terciados a la espalda cuando bajó del tren, y que resultaron ser tres telones de fondo para fotografiarse. Telones nada menos que del pintor Julio Lucero, el mejor proveedor de estos lienzos en el sur de Chile. Uno tenía pintado un auto último modelo; el otro, una muchacha en bikini junto a una palmera en una playa de aguas turquesas, y el tercero, un paisaje sureño con un riachuelo, un par de sauces, una casita de adobe y un fondo de montañas. Que en el tiempo que llevaba en este oficio ya podía decir, parafraseando el refrán: «Dime qué telón prefieres y te diré qué persona eres».

Según su teoría, el primer telón atraía a los de vibras negativas; el segundo, a los de vibras neutras, y el tercero a los de vibras positivas. Y afirmaba que la mayoría de la gente en Los Dones éramos atraídos por el telón número tres.

Eso no quiere decir nada, le rebatíamos.

Es pura nostalgia.

* * *

Contaba el fotógrafo que cuando comenzó con esto del loro de la suerte escribía papelitos con frases felices y de los otros. Luego los barajaba y que fuera el azar, coaligado con el loro, quienes dispusieran a quién entregarle qué mensaje. Con el tiempo fue viendo que existía gente en este mundo que de verdad necesitaba una palabra de aliento, y con urgencia, así como había hijos de puta que se merecían una buena filípica. Entonces ideó una pequeña trampita. Las frases felices a un lado y las funestas al otro. Como el loro picoteaba del lado cercano a él, para que sacara una u otra era cuestión de girar disimuladamente el cofre.

Después advirtió una falla en su frase publicitaria. Al decir «véase la suerte», el cliente podía entender que el mensaje, feliz o infeliz, iba a regir por el resto de su vida, y por ende ya no volvían por otra. Aunque cobraba una chaucha estaba perdiendo plata. Ya se había dado cuenta de que, por fe o diversión —con un unto de morbo de por medio—, a todos les gustaba saber lo que le vaticinaba el papelito. Y pagaban por ello. De modo que ahora especifica, como en los horóscopos: «Vea qué le trae la suerte para este día».

* * *

Desde el primer día en Los Dones, el fotógrafo ya contaba con amigos con quienes hablar. En especial tres: el acomodador del biógrafo, con el que se veían diariamente en la plaza al terminar la función de la matiné, el jefe de turno de la mina y el encargado de regar los árboles de la plaza. Estos dos tenían su pensión en la fonda y con ellos podía quedarse conversando una botella de vino después de la cena, y así acortar las largas noches del desierto.

En esos encuentros etílicos, el fotógrafo les contaba anécdotas fotográficas, pero nada de su vida personal. En tres días de compartir una botella aún no sabían ni su nombre. De modo que lo llamaban simplemente el Fotógrafo. En los momentos chacoteros lo jodían llamándolo el Gavilán Pollero. Él solo sonreía, pero no soltaba prenda. Solo en la noche del tercer día —se habían tomado tres botellas de vino— se atrevieron a preguntarle de frentón si sabía algo de la novia de Pedro Infante.

—Cuál de todas —dijo él, haciéndose el loco—. Porque he leído por ahí que tuvo decenas de novias.

—¿Y usted, paisita? —sonrió, grosero, el regador de la plaza.

—¿Yo? —dijo el fotógrafo, y lo miró directo a los ojos.

Cuando el placero creía que iba a recibir un coscacho, el fotógrafo tomó su vaso y se lo mandó al colete de un envión. Luego, mirando el fondo de su vaso vacío, dijo que al contrario de Pedro Infante él había tenido una sola novia en su vida, la misma que llegó a ser su esposa.

—Pero se me murió a los dos años de casados. Ni siquiera alcanzamos a tener un hijo. Se llamaba Catalina, que significa mujer pura. Y su sonrisa era como agua de vertiente, transparente. Nunca he visto otra mujer con una sonrisa tan bella.

Entonces, en tono solemne, les hizo alzar las copas y brindar por ella.

—Antes de Catalina y después de Catalina —dijo—, las mujeres han sido solo aves de paso en mi vida.

De fotografías perdidas y halladas II

El frontis del biógrafo es de calaminas. Sobre las cabezas de los jóvenes se advierte el afiche de la película del día. No se alcanza a leer el título, pero los sombreros gritan que es mexicana. Los jóvenes se notan atolondrados. Ella lo abraza por sobre el hombro; él, por la cintura. Los dos sonríen con timidez y apuntan con su mano libre hacia arriba,

hacia el afiche de la película. Él viste un pantalón Pecos Bill y una polera blanca y peina un copete a lo Elvis. Ella es una jovencita de aire tímido, lleva un vestido floreado, una chalequina abotonada hasta el último botón y un cintillo en el pelo. Su belleza limpia aún tiene rastros infantiles.

La foto gana en afecto si se sabe que la película del afiche ya la habían exhibido hacía justo un año.

Y que fue viendo esa película que se dieron el primer beso.

Nos conocimos en la Plaza de Armas de Santiago. Yo tenía veintiocho años, ella veinticinco. Yo llevaba nueve años instalado en la plaza con mi maquinita, cuando ella apareció. Fue una tarde de domingo —tediosa como suelen ser las tardes de domingo—. El cielo se veía enfurruñado de nubes grises. Y como todas las tardes de domingo, las pocas personas que se paseaban por el centro, hasta recalar en la plaza, eran en su mayoría jubilados de oficinas públicas, conscriptos de franco, gitanas pidiendo monedas y empleadas domésticas puertas adentro.

—Quiero sacarme una foto, dijo.

Yo, ese día, como solía suceder las tardes de domingo, andaba de mal humor.

—¿Sabe qué, señorita? —le dije—. Yo no saco fotos, yo hago fotos.

Ella me quedó mirando y no dijo nada, pero sacó a relucir su más mortífera arma de guerra: sonrió. Quedé encandilado. Fue como si de pronto hubiera salido el sol.

Por supuesto que no la dejé ir.

Me empeñé en hacerle la mejor foto de mi vida. Le arrimé conversación y luego la invité a un café. Sentados, mientras hablábamos de cualquier cosa, de pronto me quedó mirando como si recién me hubiese visto, y dijo que me iba a contar algo gracioso. Solo unos días antes había visto una película de un cantante mexicano nuevo, y que, ahora, de pronto, me hallaba muy parecido a él. Se llama Pedro Infante, dijo. Aunque yo no sabía de quién hablaba, me sentí halagado. A todos nos complace que nos hallen parecido a un actor o actriz de cine. Por ese entonces yo aún no vivía el incidente que me dejó cojeando.

—Además —dijo—, tu sombrero es igual al que llevaba él en la película.

—Error —dije yo, todo engreído—: el sombrero de él es igual al que yo uso a diario en mi oficio.

Ella era de Talca, y ya iban siete años que se había venido a la capital a trabajar de empleada puertas adentro en la casa de un comerciante. A los dos meses nos casamos. Yo entregué la pieza que arrendaba en un conventillo y nos fuimos a vivir en una casita de madera en las lindes del barrio Bellavista. Al año y medio de estar casados, le diagnosticaron un cáncer de mamas. Duró seis meses. Esto fue hace diez años.

* * *

Hasta la edad de dieciocho años, Josefina no había aceptado ninguna invitación a salir de ningún joven de la oficina. Algunos decían que era una chica lésbica. Otros, que su abuela, la Emperatriz del Hielo, no se lo permitía. Los más avisados comentaban que Josefina tenía un trauma con los

hombres y que el culpable era el empresario pelicularo. Que, desde muy niña, antes de comenzar la película, la hacía subir a la sala de proyección. Que el acomodador lo sorprendió un par de veces con la niña sentada en sus rodillas.

Entre los diecisiete y los dieciocho años, Josefina comenzó a hablar en el biógrafo. Más bien a pensar hablando. Y parecía no darse cuenta. Ya nadie quería sentarse cerca de ella porque comentaba cada acción del actor. Le lanzaba besos cuando le hacían un primer plano a la cara, y cuando cantaba, ella cantaba con él (se sabía todas sus canciones). Y ella, que en sus cabales era toda una señorita, insultaba llamando putas a las actrices cuando lo besaban.

Doña Encarnación insistía en que fuera del biógrafo su niña era completamente normal. Decía que ese tal Infante tenía tratos con el diablo. Y que tendría que hablar con el curita por si le hacía un exorcismo y así librarla de este hechizo.

* * *

Doña Encarnación quedó fascinada con el personaje que había llegado a agitar el alquitrán de nuestra rutina. Y no le quedó más remedio que rendirse a la evidencia:

—Por Diosito santo, qué manera de parecerse al finado este hombre.

El dilema que enfrentaba ahora era decirle o no decirle a su nieta de la aparición de quien parecía ser la reencarnación de su ídolo. Sentía temor de que su reacción fuera adversa.

Las mujeres del vecindario estábamos divididas. La mitad de nosotras le decíamos a doña Encarnación que no hiciera ni tal de contarle a su nieta sobre el Pedro Infante de las fotos. Porque, así como las heridas en sus muñecas ya se veían cicatrizadas, la herida de su corazón debería de estar también ya restañándose. Y que ver de pronto al amor de su vida sacando fotos en la plaza, si no le daba un infarto, la haría tener una recaída que podría ser fatal. Por algo el doctor había aconsejado no dejarla ver las películas del cantante por un buen tiempo. Y así como le ocultaron el festival de películas que llegó tras la muerte del ídolo, del mismo modo se le debía ocultar la presencia de este hombre que, seguro, andaba de paso y ya pronto se iría.

En cambio, otra parte del vecindario opinábamos lo contrario: que sería bueno para Josefina contárselo pero así como al pasar. Con la liviandad de una anécdota. Tal vez le entre la curiosidad y se levante y lo vaya a ver. Y si no le hace ningún efecto verlo, por lo menos se habrá logrado hacerla salir de su encierro.

* * *

En las primeras semanas después de la muerte de Pedro Infante y de haber intentado quitarse la vida, Josefina se pasaba los días llorando, encerrada en su dormitorio, sin salir ni a la puerta. Y apenas probaba la comida. Esto lo sabíamos por lo que doña Encarnación contaba a las beatas de

la pequeña parroquia. Que vestida entera de negro, si no estaba durmiendo, estaba contemplando los afiches y los fotogramas de sus películas. O, sentada junto a la victrola, escuchando los discos del charro mexicano, banda sonora de su tragedia.

Sin embargo, ahora último, con los tajos de sus muñecas ya cicatrizados, Josefina ya no lloraba tanto, ni besaba tanto los fotogramas, ni se quedaba tanto rato absorta frente a los afiches. Aunque seguía enclaustrada en su dormitorio con la victrola encendida. Pero en este último tiempo —esto ponía contenta a doña Encarnación, y se lo contaba a sus amigas— la había oído acompañar sus canciones a todo grito.

Mejor oír sus desafinaciones, decía la doña, que seguir sufriendo su llantito de viuda inconsolable.

* * *

Eran las dos de la tarde del jueves, cuando Dante entró a la casa de su vecina a devolver las tijeras que doña Encarnación le había prestado a su madre. El niño entró agitado y hablando más alto que de costumbre:

—¿Sabe qué, doña Encarna?

—Encarnación, niñito, por Dios.

—Bueno, como sea, doña, pero quería contarle que llegó un fotógrafo a la oficina, se pone a sacar fotos en la plaza con una máquina muy rara. Y tiene un loro que saca la suerte y que se llama Oliverio. Pero eso no es nada —alzó más la voz—. ¿Sabe qué? El fotógrafo es igualito, igualito, a Pedro Infante. Pero igualitito, como dicen los mexicanos en las películas.

—Cállate, niño, por Dios, que te puede oír mi nieta.

Después llegó una vecina a que le prestara una tacita de azúcar. Antes de retirarse, la mujer le preguntó a la doña si acaso ya lo había visto.

—¿A quién, vecinita?

—Como que a quién, doña, por Dios, si toda la oficina está hablando del fotógrafo. Las muchachas andan loquitas sacándose fotos. Yo voy a ir otro ratito a sacarme una foto con mis dos hijos. Dicen que es calcado a Pedro Infante.

—Algo oí hoy en la mañana en la pulpería. Dicen que parece gemelo del actor.

—Más que eso, doña —se entusiasmó la vecina—, si parece el mismísimo Pedro Infante resucitado.

* * *

El fotógrafo estaba impresionado. En estos cinco días lo habían llamado a fotografiar a tres angelitos muertos. Nosotros le explicábamos que la mortalidad infantil en la pampa era así de

espantosa. Y eso porque en la mayoría de las oficinas, como en Los Dones, no había hospital, sino nada más que un exiguo consistorio atendido por un practicante. Y solo una vez por semana subía un doctor desde el puerto más cercano.

—Aquí las guaguas se mueren de un resfrío, paisita. O de una diarrea. No por nada los cementerios pampinos están llenos de tumbas de niños.

Después de la experiencia de ver y fotografiar a estos tres angelitos, el fotógrafo tenía la sensación de que ahí la gente competía por quién adornaba y maquillaba mejor a su angelito muerto. Quién lo hacía aparecer más vivo en el velatorio.

La parafernalia de la muerte llevada a su extremo.

* * *

Desde el mismo domingo en que lo vimos bajar del tren con su delantal blanco, su máquina de cajón, su rollo de lienzos y el loro Oliverio equilibrándose en su hombro, desde el preciso instante en que nos dimos cuenta de su semejanza con Pedro Infante, en cada casa de Los Dones, en cada mesa de cantina, en cada fila de la pulpería, en cada escaño de la plaza, en todas las esquinas, todos nosotros comenzamos a preguntarnos: ¡Madre mía, qué irá a pasar con Josefina cuando se encuentre cara a cara con su novio convertido en fotógrafo!

* * *

Días antes de la muerte del charro, llegó al biógrafo la película *La mujer que yo perdí*. Ese día Josefina no llegó a la función de matiné. Todos estábamos sorprendidos. Algunos la habían visto en la pulpería comprando en la sección tienda. Unos decían que metros de seda, otros, que organza. Lo cierto fue que esa tarde, en la función vespertina, cuando el biógrafo estaba repleto y ya sonaban los sonos de la marcha que anunciaba el comienzo de la función, apareció Josefina caminando por el pasillo central. Venía vestida de novia, con un ramito de flores en las manos y luciendo, sonrojada, su maravillosa sonrisa.

Ante el asombro de las mujeres, la gritería de los niños y el silbido de algunos hombres, la novia de Pedro Infante caminó con la actitud y la lentitud de quien camina de verdad hacia el altar. En traje de novia, la belleza de Josefina se volvía majestuosa. Y ese brillito de insania en sus ojos verdes la hacía más sensual de lo soportable. El peliculero no apagó la luz, la mantuvo encendida hasta que Josefina llegó a la primera fila, donde se sentaban los niños. Allí, Dante, el hijo de su vecina, le tenía reservado un lugar en la banca. A nosotros no nos quedó más que aplaudirla. Y algunos de pie. Estábamos todos locos.

En la película, la protagonista, María, una bella joven indígena, no dudaba en dar su vida interponiéndose ante las balas dirigidas a Pedro Montaña (Pedro Infante), de quien se había

enamorado sin ser correspondida. Aunque él creía amar a su novia, en ese instante, ya demasiado tarde, se daba cuenta de que, en verdad, a la que amaba era a María.

Josefina salió del biógrafo con la certeza absoluta de que ella, igual que la joven indígena, daría su vida por salvar la de su novio.

* * *

Esa tarde del jueves Josefina estaba despierta y escuchó todo lo que Dante llegó a contarle a su abuela. Primero se sorprendió, después dudó. Dante era un niño que, quizás por la desatención que sufría en su casa —sus padres trabajaban sin descanso, él en las calicheras, ella en la pulpería—, andaba inventando cosas raras para conseguir llamar la atención. Como cuando una noche inventó que se le había aparecido el ánima de la Llorona, y que se parecía mucho a la señora flaca que vendía los boletos en el biógrafo.

Media hora más tarde de la visita de Dante, cuando oyó lo que la vecina de la taza de azúcar le decía a su abuela, dio un respingo en la cama y paró la oreja. Como no oía muy bien, se levantó de un salto y puso la oreja en la puerta.

¡Entonces es verdad!

De fotografías perdidas y halladas III

De fondo una pared de calaminas. Extendida en la pared una sábana con soles, lunas y estrellas, toda una astrología recortada en papel celofán. Arrimada a la sábana estrellada, una mesa de madera bruta,

y sobre la mesa, una sillita de mimbre en la que han sentado al niño muerto de no más de un año. Tiene las manos juntas, como rezando y por la espalda le asoman dos alitas de cartón recubiertas en papel de platino. Toda una puesta en escena. Su cara no tiene la palidez del rigor mortis, sus mejillas parecen sonrojadas. Un brillo en sus ojos abiertos y el prodigio de una sonrisa asomando en sus labios lo hacen parecer más vivo que cuando vivía.

Sin embargo, la foto se entristece al saber que todo ese milagro no es más que el oficio de los arregladores de angelitos. Esos artesanos de la muerte colorearon sus mejillas, lustraron sus ojos y, como si fuera arcilla, moldearon su carita hasta darle ese mohín de sonrisa viva.

Viernes, día de suple. El fotógrafo no estaba dando abasto para toda la gente que llegaba a la plaza. La mayoría mujeres. Unas venían a sacarse una foto (perdón, a «hacerse» una foto), otras, a verse la suerte con el loro Oliverio, que cada vez se hacía más famoso, y algunos nada más que a mirar los telones. Sin embargo, bastaba un poco de atención para darse cuenta de que, en el fondo, a lo que venían era a mirarlo a él.

Ese día llegó a la plaza sin su delantal blanco. Se lo había dejado a una lavandera junto con otra ropa. Sin el delantal, luciendo ropa de parada, y con el sombrero echado hacia arriba, era más Pedro Infante que el mismo Pedro Infante. De verdad no se sabía qué fascinaba más a la gente, si hacerse una foto por primera vez en su vida, o contemplar al Pedro Infante de las fotos, como ya le decía la gente.

Lástima que una no pueda hacerse una foto con él, suspiraban las mujeres.

* * *

El fotógrafo se quedaba en la plaza hasta que la luz declinaba y ya no era apta para fotografiar. Entonces enrollaba los telones, se lo cruzaba a la espalda, hacía saltar a Oliverio sobre su hombro, desarmaba su máquina en dos —caja de metal y trípode de madera—, y se encaminaba a su pieza. Ese viernes, sin embargo, había tal cantidad de personas en la plaza que no lo dejaban desarmar la máquina. Que no fuera malito, le decían las mujeres, que si ya no podían fotografiarse, por lo menos las dejara verse la suerte. Se quedó hasta más tarde, hasta después de que oscureció, y la plaza, con un alumbrado deficiente, se quedó vacía. Solo era visible la silueta de una que otra pareja abrazándose en los escaños más oscuros.

Cuando el fotógrafo comenzaba a enrollar los telones, sintió de pronto como una punzada en la nuca, esa sensación de que alguien lo miraba. Pero, barbeta, se dijo, si te han mirado todo el día. Y siguió en su tarea. Pero la sensación fue más fuerte que su lógica.

Alguien le estaba perforando la nuca con la mirada.

Al volverse vio una silueta de pie bajo el pimiento, a unos seis metros de distancia. El árbol filtraba la escasa luz del alumbrado público, y en la penumbra se podía entrever la figura de una mujer vestida toda de negro. Él se echó el sombrero hacia arriba, como hacía Pedro Infante en las películas, levantó el rollo de lienzos y caminó unos pasos hasta su máquina. Desde ahí la saludó:

—Buenas noches, señorita, lástima que ya me estoy retirando.

Ella salió huyendo.

* * *

El día anterior, Josefina se había aguantado las ganas de ir a la plaza. Ningún hombre en el mundo podía ser igual a su Pedro. Sin embargo, en la noche no pudo dormir imaginando cómo sería encontrárselo en persona, poder tocarlo, poder hablarle, besarlo como lo besaban esas putas en las películas. Se durmió de madrugada y, a mediodía, al despertar, seguía cavilando sobre lo mismo.

Pero no pensaba ir a verlo.

Se pasó la tarde oyendo sus discos en la victrola, sin levantarse de la cama. Sin embargo, la curiosidad se la ganó cuando, por su ventana abierta, oyó a una familia que venía de la plaza comentando sobre el fotógrafo.

«Es tan bonito como el actor», alcanzó a oírle decir a una de las muchachas.

Ya estaba anocheciendo.

Josefina se hallaba sola en la casa.

Su abuela andaba en la fábrica de hielo y volvería tarde. Bajó de la cama de un salto, se lavó la cara, le dio una rápida cepillada a su cabellera, vistió su ropa negra y se amarró un pañuelo en la cabeza, también negro, para ocultar su melena rubia. Y salió a la calle. Eran más de cuatro meses los que llevaba encerrada. En el exterior se embriagó de oxígeno, se sintió como una pluma. Le dieron ganas de correr y saltar como esos perritos que sueltan después de un largo encierro. Parecía pisar en el aire. Las pocas personas con las que se cruzó no se percataron de quién era.

Llegó a la plaza justo cuando el fotógrafo se preparaba para irse. Se quedó parada junto al pimiento. El hombre estaba de espalda a ella. Ya en la espalda notó el parecido pero cuando se volteó, y se quedó mirándola, casi se desmaya.

Era él. Era su Pedro en persona.

Su primer impulso fue correr hacia sus brazos, como en una película, y abrazarlo, acariciarlo, besarlo. Pero entonces el hombre dio unos pasos y, junto con verlo cojear, lo oyó hablar. Josefina salió corriendo.

* * *

Tiene que haber sido la joven de la que dicen es mi novia, se sorprendió pensando el fotógrafo, mientras se duchaba. Después, en la fonda, mientras terminaba de cenar y pedía una botella de vino en compañía del jefe de turno y del regador de la plaza, les contó lo sucedido.

—Es muy posible que fuera ella —saltaron entusiasmados los amigos.

—Aunque no se le ha visto en la calle desde la muerte de Pedro Infante. Seguro que ya se ha enterado de su presencia y quiso comprobarlo —dijo el regador de la plaza.

—Según la comidilla de la gente —dijo el jefe de turno de la mina—, al enclaustrarse en su

dormitorio, la joven durmió una semana sin quitarse su vestido de novia manchado de sangre. Hasta que su abuela se lo quitó a la fuerza y lo quemó junto a algunas yerbas medicinales, como un sahumero contra la malandanza de su nieta. Entonces fue que ella comenzó a vestirse toda de negro, como las viudas.

—¿Se dio cuenta, paisita, lo joven y bonita que es su novia? —se atragantó preguntando el Gato con Botas, como le decía el jefe de turno al regador de la plaza.

—No pude apreciarla bien —dijo él—, pues, además de estar vestida de negro, estaba parada bajo la oscuridad del pimiento. Y cuando la saludé se echó a correr como si le hubiera hablado un fantasma.

—Es que eso es usted para ella, pues, paisita —dijo el jefe de turno—: un fantasma.

—Creo que soy más que eso —profundizó el fotógrafo, apurando su vaso de vino Sonrisa de León—: creo que soy el fantasma de su fantasma. Porque enamorase de una imagen fílmica es enamorarse de un fantasma.

* * *

El pequeño avión de carga, piloteado esa mañana de abril por Pedro Infante, despegó del aeropuerto de Mérida a las 7:40, y nunca pudo ganar altura. Ocho minutos duró en el aire y cayó envuelto en llamas en medio de la ciudad, en el patio trasero de una bodega llamada Socorrito. El astro del cine y de la canción mexicana, y sus dos acompañantes, murieron calcinados. Eran las 7:50 hora de México. Las 9:50 en Chile. La noticia se desparramó por el mundo en menos de media hora.

En Los Dones, el primero que la escuchó por radio —a las 11:15— fue el sereno de los buques. A las 11:30 ya todas las casas tenían encendido su aparato de radio para conocer los pormenores de la tragedia. Josefina en esos momentos se hallaba en la pulpería, haciendo la larga y fragorosa fila de la carne. Llevaba una hora y cuarenta minutos esperando. Cuando solo le faltaban dos personas para llegar a la ventanilla, alguien que llegó de la calle prendió la mecha de la noticia al final de la fila, y ningún reguero de pólvora corrió tan rápido como corrió la noticia hasta los primeros lugares de la fila. Cuando llegó a oídos de Josefina, se quedó como alunada. Tuvieron que repetirle la noticia. Entonces, más alunada aún, se salió de la fila y, como pisando en altibajos, con ganas de vomitar, se dirigió a la salida. Una vez fuera del recinto, emprendió una carrera desesperada hasta su casa, a la que entró como un disparo a encender el radio.

En esos momentos doña Encarnación se hallaba supervisando su fábrica de hielo. Cuando el junior de la fábrica llegó de la calle con la noticia, doña Encarnación gritó: ¡Mi niña! Y salió andando lo más rápido que pudo hacia su casa. Encontró a Josefina tirada en el piso del living, junto al aparato de radio que en ese momento tocaba el disco *Amorcito corazón* en homenaje al ídolo muerto. Josefina yacía desmayada abrazada al afiche de la película *Si me han de matar*

mañana, en donde la cara de Pedro Infante debía de aparecer, mejilla a mejilla, con la de la actriz Sofía Álvarez, pero Josefina había pegado sobre ella su propia cara dibujada por Emanuel, el hijo mayor de la vecina.

* * *

Al día siguiente en la mañana —su máquina ya armada y desplegados sus telones—, mientras el fotógrafo le daba alpiste a Oliverio, vio aparecer por el lado oriente de la plaza a una joven vestida de negro. Con un andar decidido, pleno de sensualidad, avanzaba directo hacia él, sin quitarle la mirada.

Tiene que ser ella, se dijo nervioso.

Ya a escasos metros de distancia, el fotógrafo se dio cuenta de que todos los que le hablaron de su belleza eran unos inexpertos en el tema. Ella era lo más bello que había visto con sus ojos y con el ojo de su máquina.

Es de una belleza inolvidable, se dijo.

Las personas que en esos momentos pasaban por la plaza, al ver a Josefina caminar tan altiva y decidida hacia el fotógrafo, se quedaron congeladas en espera de ver qué iba a pasar.

La joven se le acercó hasta quedar a una cuarta de su cara. Sus ojos verdes tenían un brillo húmedo, como si recién hubiese llorado o estuviera por llorar. Y antes de que él pudiera hacer o decir nada, ella lo rodeó con sus brazos y lo besó largamente (después diría que lo besó tratando de poner el entusiasmo que, en las películas, ponían las putas actrices). El fotógrafo no halló qué hacer. La bolsita de alpiste se le cayó de las manos y el loro se quedó esperando.

Al darse cuenta de que a la joven, mientras lo besaba, le corrían las lágrimas, trató de consolarla y la abrazó. Como tocada por un golpe de corriente, ella se despegó de sus labios, dio un paso atrás y, ante el estupor del fotógrafo y el regocijo de los que se habían detenido a mirar, le dio una cachetada que le volteó la cara. Luego dio media vuelta y se fue.

Aunque iba llorando, la joven caminaba taconeando, segura y campante, por los adoquines de la plaza.

* * *

Los habitantes de Los Dones conocíamos bien la primera parte de esta serie, esa que había comenzado por los días en que la protagonista, de doce años (doce para trece, decía ella), vio por primera vez una película de Pedro Infante. Primera parte que terminó, de forma abrupta, con la horrorosa muerte del galán mexicano allá en Mérida, Yucatán, y el intento de suicidio de la joven enamorada, aquí en Los Dones.

Ahora había quienes decían que la escena del beso y la cachetada de Josefina en medio de la

plaza, a plena luz del día, fue el comienzo de la segunda parte de esta serie de amor, de locura y de muerte, protagonizada por Pedro Infante y Josefina Valdivia.

Sin embargo, aunque la escena fue digna de la pantalla del biógrafo, como se comentaba después en la oficina, para nosotros, los de su primera foto, el inicio de la segunda parte había comenzado la mañana del domingo, cuando Pedro Infante —o su gemelo, o su reencarnación, o el propio actor resucitado— fue el único pasajero que bajó del tren en nuestra estación.

* * *

Doña Encarnación llegó a su casa y no encontró a su nieta. Se contentó. ¿Habrá resultado el truco con Dante y la vecina? Ojalá, Virgen santa, que, si fue a la plaza y lo vio, haya sido para mejor. Por lo menos logró sacarla de su encierro.

Había comenzado a cebarse un mate cuando sintió abrir la puerta. Josefina entró como un remolino. Venía llorando.

—¿Qué pasó, niña, por Dios?

—Abuela, tienes que ir a verlo. El hijo de puta es igualito a mi Pedro.

Doña Encarnación la llevó a la cocina y le preparó una tacita de té. Después de que Josefina probara la infusión, y la sintiera más calmada, le contó que ella ya había ido a verlo.

—Y hasta crucé unas palabras con él.

—Abuela, ¿y por qué no me lo contó?

—Quería ver primero qué tipo de persona era el famoso fotógrafo del que todos hablaban. Al menos es simpático. Y anda con un loro que saca la suerte. ¿Lo viste?

—No va a creer en eso, abuela.

—Por supuesto que no, mi niña. Nada más para ver qué tan embaucador era, accedí a sacarme la suerte. Fue increíble. La frase del papelito que sacó el loro es como si hubiese sido escrita para mí. Léela tú misma.

Doña Encarnación saco su tiritita que llevaba en su chauchera:

HAZTE EL FAVOR DE NO ESTAR TRISTE. TODO PASA.

—Todos estos meses muriéndome de tristeza por ver cómo tú te consumías de dolor. Y justo ahora presiento que el dolor y la tristeza comienzan a pasar.

—Ay, abuela, fue pura casualidad que te tocara esa frase. Además, es muy general. No hay que ser tan crédula.

—Nada de crédula, mi niña. Para comprobar que no había sido una chiripa, le pregunté si podía sacarle la suerte a mi nieta. Ella no puede venir, le dije. Me preguntó tu nombre y dio la orden al loro. Mira la frase que el pajarraco sacó para ti, y dime si no acertó medio a medio:

A VECES EL AMOR UNE A DOS SERES QUE NUNCA
se PODRÁN REUNIR, A PESAR DEL AMOR.

Josefina se quedó pensativa. Luego se paró, pero no fue a encerrarse a su pieza, se sentó en el living. Doña Encarnación sonrió feliz. De verdad, este hombre le había caído del cielo.

* * *

El domingo en la mañana, Emanuel y Rocío pasaron a la plaza a ver al fotógrafo. La foto que les había hecho días atrás en el frontis del biógrafo, por la luz crepuscular de esa tarde, resultó muy buena. Tanto así que él les consultó si podía hacer una copia y exhibirla en el muestrario. Ellos habían aceptado felices. Ahora venían a rogarle que no lo hiciera. Ocurría que en casa de Rocío solo la madre sabía de su romance, y tenían su consentimiento. Su padre no podía saberlo.

—Es que es muy a la antigua —dijo Rocío—. Y mi madre le tiene miedo. Si llega a saber que estoy andando con alguien, no me dejará salir más de la casa. Ni siquiera asistir a la escuela. Ya pasó con mi hermana mayor. Ella se tuvo que fugar con su novio. Ahora nadie sabe dónde está. Mi pobre madre llora todos los días por ella, y no quiere que pase lo mismo conmigo.

El fotógrafo prometió no ponerla en el muestrario.

—Es más —dijo—, les voy a regalar la copia para que tengan una foto cada uno. Que fueran a buscarla a su habitación en la tarde, después de la siesta.

* * *

Por la tarde solo llegó Emanuel.

Rocío no pudo, su padre estaba en casa. El fotógrafo estaba preparando la máquina para irse a la plaza. Emanuel dijo que le gustaría aprender a sacar fotos.

—¿Es muy difícil?

—Hacer la foto es muy fácil, hacerla bien cuesta tiempo. Si quieres te puedo dar algunas lecciones.

—¿En serio?

—Pero tienes que hacerme un favor.

—¿De qué se trata?

—Tiene que ver con tu vecina.

Emanuel sonrió con malicia:

—Parece que el beso fue más potente que la cachetada, ¿eh?

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Todo el mundo lo comenta. Y es que el encuentro entre ustedes dos era más esperado que el

final de un radioteatro.

—Pueblo chico... —dijo el fotógrafo.

—Mire, hagamos un trato: usted me enseña a hacer fotos y yo le hago una con mi vecina cuando se casen.

El fotógrafo se largó a reír.

—Lo repito: eres muy bueno negociando —le pasó la copia de la foto con su novia. —Ahora tienes que hacerme un favor.

—Está bien, disculpe. ¿Qué tengo que hacer?

El fotógrafo hizo que ordenara al loro sacarle la suerte a Josefina; luego, que esperara a que el loro escogiera el papelito; y cuando el loro lo escogió, hizo que él mismo lo recibiera.

—Ahora llévaselo a tu vecina y cuéntale cómo lo hiciste. Y dile que yo no toqué el papelito para nada, y menos lo leí.

Emanuel se fue.

Por el camino no se pudo resistir y leyó:

QUIEN AYER AMÓ, AMARÁ MAÑANA

* * *

—Tenemos que averiguar, mi niña, quién es en realidad el fotógrafo ese, y qué anda haciendo por estas pampas. Por qué y a qué vino precisamente a Los Dones. Es demasiado misterioso el hombre.

—¿Y qué se puede hacer, abuela?

—Habría que buscar el modo de entablar una conversación con él a solas, aunque lo veo difícil pues siempre está rodeado de gente.

—¿Y si lo invitamos a tomar las onces, abuela?

—No, mi niña, eso sería muy directo. Se me ocurre algo mejor: le mandamos a decir que queremos una foto a domicilio y que venga a la hora del té. ¿Qué te parece?

—Tienes razón, abuela, y una vez aquí ya no podrá despreciar la invitación a sentarse a la mesa.

—Exacto, mi niña, entonces ahí le metemos conversa y lo hacemos hablar sobre su vida.

—Así, además, yo podría sonsacarle cuál es el truco del loro de la suerte.

—¿Todavía no crees en la suerte, hija?

—En la suerte tal vez, abuela, pero no en el loro.

—Mira, mi niña, en este caso el loro es solo el vehículo que el azar usa para hacer llegar la suerte, buena o mala, a quien pide verla. En otras palabras, el mensajero no tiene nada que ver con el mensaje.

—¿Y el fotógrafo, abuela, qué monos pinta, me lo puede decir?

—En este caso él solo es quien propicia el evento, y por ende tampoco tiene nada que ver con el mensaje.

—¿Cómo que no? ¿No viste la frasecita que me envió? Por si no te diste cuenta conlleva claramente una insinuación amorosa.

—Tal vez, hija, pero es la frase que sacó el loro. Y no creo que Emanuel nos esté mintiendo al decir que el hombre no tocó el papelito.

—Pero los papeles los escribe él, abuela.

—Conforme, pero él no sabe qué papel va a picotear el loro.

—Ya no sé qué pensar.

—No te pongas ansiosa, pues, mi niña, esperemos a que esté aquí y ahí vemos qué pasa. Ah, y cuando venga, si es que viene, contrólate, por favor, que no te dé por darle otra cachetada, o por agarrarlo a besos. Mira que ya todo el mundo sabe lo que pasó en la plaza.

—Es que, ¿sabe qué, abuela? Al verlo tan de cerca me imaginé protagonizando una película con Pedro Infante en persona y no me aguanté las ganas de besarlo como lo hacían esas putas actrices.

—¿Y la cachetada?

—Es que me quiso abrazar, y usted sabe que yo no me dejo tocar por ningún hombre.

* * *

Después de que doña Encarnación la revivió haciéndole aspirar sales aromáticas, Josefina se encerró en su habitación y no paró de llorar en toda la tarde. A ratos dormitaba, despertaba y seguía llorando. Su abuela no podía hacer nada, pues la niña había echado llave a la puerta por dentro. Oscureció y ella aún sollozaba.

A las nueve de la noche se levantó de la cama y se puso el traje de novia. Llamó a su abuela y, sin abrirle la puerta, le pidió, por favor, que fuera a buscar a Dante, el niño de la vecina.

—¿Para qué lo quieres?

—Después le cuento, abuela.

En cuanto doña Encarnación salió por la puerta de calle, Josefina salió de su pieza, se fue a la cocina, tomó el mejor de los cuchillos y, sin preámbulos ni ceremonias, se rajó de dos cuchilladas las venas de las dos muñecas. Borboteándole la sangre, salió a la calle por la puerta del callejón. Como el fantasma de una novia enloquecida, corrió en la noche dejando un reguero de sangre en la tierra salitrosa. Corrió convencida de que su lugar exacto para morir era el biógrafo, lugar de sus encuentros con Pedro. No sabía si alcanzaría a llegar. A medio camino ya se sentía a punto de desmayarse.

La función nocturna estaba comenzando. Sin dejar de correr, pero sintiendo ya lo feble de la

muerte, se llevó al portero por delante —joven enclenque, se quedó paralizado al ver sangre— y, ya desfalleciente, irrumpió por el pasillo central lo mismo que la otra vez, pero ahora con el vestido de novia lleno de sangre.

En mitad del pasillo se desmayó.

Tirada en el piso, Josefina sentía la sensación de ir entrando en un sueño neblinoso, tibio, insonoro. A lo lejos, como a un año luz de distancia, le llegaban voces que decían: «¡Se está desangrando!», «¡Hay que llevarla al consistorio!». El peliculero cortó la película y encendió las luces.

Esta vez no hubo aplausos.

* * *

El lunes, el fotógrafo llegó a la plaza más tarde que de costumbre. Por la noche, después de la cena, se había quedado conversando unas botellas de vino con el jefe de turno de la mina y el regador de la plaza.

Para el fotógrafo resultaba raro que esos dos, siendo tan diferentes, fueran amigos y anduvieran juntos para todos lados. Un solo ejemplo: mientras el jefe de turno se presentaba a cenar bañado, peinado y lustrado, el regador de los cuatro árboles de la plaza —que también aseaba los baños públicos— no se sacaba ni las botas de goma que usaba en su trabajo.

Tratando de que el fotógrafo contara algo más sobre su vida, los amigos le recordaron —lo hizo el regador de la plaza— que la otra noche había dicho, así como al pasar, que por el tiempo en que conoció a su mujer aún no cojeaba.

—¿Cómo llegó a quedar cojo, paisita?

—Si se puede saber, claro —intervino el jefe de turno de la mina.

El fotógrafo dijo permiso, caballeros, y fue al baño. Al volver llenó su copa y brindó por la amistad. Luego comenzó a contar la historia de su cojera, a grandes rasgos y con el desgano del que ya ha contado quinientas veces la misma vaina.

De fotografías perdidas y halladas IV

Paredes de calamina, piso de tierra, casa de obre ro. Sentados en una banca hecha de un durmiente,

los ancianos posan los ciento treinta y ocho años que suman en conjunto. Hundidos en su postura, la pareja viste sus trajes de parada de cuando las culebras andaban con chaleco: él lleva un raído terno cruzado, a rayas, y un sombrero condecorado de lamparones. Ella lleva una pollera larga, de tafe tán, y una blusa llenita de vuelos. Su gran lujo es un deshilachado echarpe tejido de hilo con el que cubre sus hombros vencidos. Los zapatos de ambos se ven llenos de tierra. Están tomados de la mano.

Sus caras cruzadas de surcos subrayan los setenta y un años de él y los sesenta y siete de ella. Los finí

simos surcos en la piel de ella le confieren un aire de ancianita venerable. Los profundos pliegues del anciano parecen ser la geografía del desierto cartografiada en la piel de su cara.

La fotografía se vuelve épica al saber que los ancianos son sobrevivientes de la matanza de obreros en la escuela Santa María de Iquique. Por algo escrito al dorso de la foto se sabe que él se llamaba Idilio Montaña y ella Liria María.

—El hecho ocurrió a los tres meses de haber perdido a mi mujer, por aquellos días en que salía a la calle con mi máquina de pura inercia. Me instalaba en cualquier plaza y me quedaba sentado al sol o a la sombra, según fuera el clima. Me importaba un dedo hacer o no hacer fotos. El día de mi desgracia estaba instalado en la plaza Brasil. Era domingo. Era la hora de la siesta y la plaza se veía desolada. Solo estábamos yo y un borrachito tendido en uno de los bancos enfrente de mí. El mundo era una taza de leche tibia. De pronto, mientras a falta de clientes yo limpiaba la máquina, unos gritos quebraron la paz del mundo y ocurrió lo que ocurrió. Y lo que ocurrió no duró sino unos cuantos segundos, me demoro más en contarlos. Atrasito de los gritos apareció un tipo corriendo con una pistola en la mano. Al verme, se me acercó apuntándome con el arma. ¡Pásame tu delantal!, dijo. ¡Rápido! Tenía una mirada de loco. Como yo me demoraba, me lo sacó a tirones y se lo puso. Ahí me di cuenta de que venía herido. Luego me quitó el sombrero y me ordenó que me pusiera ante la máquina como si me estuviera haciendo una foto. ¡Rápido huevón! Justo cuando, con mi delantal y mi sombrero echado al ojo, el tipo se ponía detrás de la máquina, y yo frente a ella como posando para una foto, aparecieron dos carabineros, también pistola en mano. Eran dos gordinflones que apenas corrían. Cuando cruzaban de largo frente a nosotros —el perseguido estaba pasando colado como fotógrafo—, el ebrio, que recostado en su banco lo había visto todo, levantó la cabeza y gritó: ¡El fotógrafo! ¡El fotógrafo! Los carabineros se detuvieron y lo miraron. Este, al verse descubierto, comenzó a disparar y los verdes a responder, y de un segundo a otro me vi en medio de una balacera de padre y señor mío. Nunca supe de qué lado vino la bala que me dio en la pierna. La balacera no duró más de quince segundos y dejó dos heridos: un carabinero y yo. Y dos muertos: el delincuente y el borrachito a quien este le disparó su última bala.

* * *

—Cuando estoy haciendo fotos mi visión se vuelve toda en blanco y negro —respondió el fotógrafo a doña Encarnación cuando, tras contemplar largo rato la foto que le acababa de hacer a Josefina, preguntó, extasiada, cómo hacía para lograr esos matices, esos contrastes de luz y sombra que resultaban tan hermosos.

Estaba en casa de doña Encarnación, sentado a la mesa tomando el té junto a la joven y a su abuela. La doña no paraba de hablar. La joven en cambio no hacía más que mirarlo, tal vez comparando cada uno de sus gestos, de sus muecas, de sus tics, con los del actor mexicano.

Él quería oírla reír.

O, al menos, verla sonreír.

Por la mañana de ese lunes había llegado a la plaza el niño Dante, el hermano menor de Emanuel:

—Manda a decir doña Encarna que si puede ir a hacer una foto a su domicilio. Lo espera a las cinco de la tarde. Qué le digo.

Al llegar a la dirección que le dio Dante, con su máquina y sus telones atravesados a la espalda, fue recibido por la abuela de la joven. Con una amabilidad solemne, lo hizo pasar y le ofreció asiento en el living. El fotógrafo casi la desconoció. Esta señora no tenía nada que ver con la anciana iracunda que lo fue a ver en su primer día en la plaza.

Luego de admirar los afiches y los fotogramas de las películas de Pedro Infante pegados en las paredes, y de intercambiar algunas palabras de buena crianza, y de beberse el vaso de Bilz servido por doña Encarnación, justo en el momento en que el fotógrafo preguntaba a quién había que fotografiar, apareció Josefina desde su cuarto:

—A mí —dijo, y le sonrió.

Para el fotógrafo fue como una visión.

La joven lucía una falda acampanada, de seda, color azul cielo, una blusa sin mangas y un pañuelo anudado al cuello, también de seda, que hacía tono con la falda. Su melena rubia lloviéndole toda sobre un solo hombro y el brillo de sus ojos verdes le daban un toque de sensualidad casi obscena. Pero lo que obnubiló al fotógrafo fue la luminosidad de su sonrisa. Era una sonrisa de hada.

Solo faltaba oírle reír.

* * *

Atolondrado ante la hermosura de Josefina, el fotógrafo dijo haber traído sus telones de fondo. Pero ahora se daba cuenta de que no los iba a necesitar.

—Usted es demasiado bella.

—Gracias —se sonrojó un tanto Josefina—. Mire, me gustaría posar junto a este afiche —y apuntó al de la película *El Mil Amores*, donde aparecían las caras de Pedro Infante y Rosita Quintana.

—No se lo recomiendo —dijo el fotógrafo en tono profesoral—; cualquier elemento ajeno a su entorno, incluidos mis telones de fondo, haría ruido, ensuciaría su imagen. Creo que contra esa pared desnuda estaría bien. La indignidad de las calaminas realzará aún más su belleza.

Ella sonrió entre halagada y sorprendida.

—¿Me puede explicar eso?

El fotógrafo, loco con su sonrisa, dijo:

—La blancura de una paloma destaca más entre una bandada de cuervos que en un palomar.

¿No le parece?

Ella volvió a sonreír.

—Ahora, si queremos irradiar aún más su sensualidad, debiera posar a pies desnudos.

* * *

Mientras hacían sobremesa, doña Encarnación no podía bajar la efervescencia de su contento. A todas luces su niña estaba mejorando. Y es que mientras el fotógrafo preparaba la máquina, le hacía la foto y le conversaba, la vio sonreír, y no solo una vez. Al fin, después de tanto tiempo, su nieta recuperaba la sonrisa.

Y todo por obra y gracia de este hombre.

Ahora, en todo el rato que llevaban de sobremesa, la doña, de tan feliz, no había dejado de hablar. En un momento el loro, que esperaba en el living, comenzó a gritar. El fotógrafo sacó del bolsillo una bolsita con alpiste, pidió permiso a las damas y fue a ver a Oliverio.

Josefina, hablando en susurros, le recordó a la abuela que al que debían hacer hablar era a él.

—Usted se ha llevado todo el rato contando la historia de su vida.

—Y tú —le reparó la abuela— no has hecho más que mirarlo con ojos de cordera degollada.

Apenas el fotógrafo volvió a la mesa, Josefina le lanzó la primera pregunta:

—¿Y hasta cuándo se queda por aquí, don...? ¿Cuál es su nombre? Porque no creo que se llame Pedro Infante, ¿verdad?

—No, señorita. Perdonen por no haberme presentado antes. Mi nombre es Glenn Marcos. Glenn, con dos enes.

—No se preocupe, señor Glenn —trató de calmar los ánimos doña Encarnación—, nadie se ha presentado. Mi nombre es Encarnación.

—El mío es Josefina —dijo la joven. Y siguió interrogando—: Me parece que Glenn es un nombre gringo. ¿Acaso sus padres son norteamericanos?

—No, señorita Josefina. Lo que ocurre es que mi padre, que era músico, tocaba el trombón en una banda militar, siempre fue un gran admirador de Glenn Miller, el mejor trombonista que ha tenido Norteamérica en toda su historia. De ahí mi nombre.

Después de que Josefina le hiciera hablar de su padre, de su infancia, de su vida en general, de pronto, sin solución de continuidad, cambió de tema:

—¿Dígame, señor Glenn, cuál es el truco del loro de la suerte? Porque hay un truco, ¿verdad?

El fotógrafo se levantó de la mesa.

—Tal vez les gustaría comprobarlo con sus propios ojos, ¿me acompañan?

Josefina y doña Encarnación lo siguieron al living.

—Este es Oliverio. Perdonen no haberlo presentado antes. Y esto es el baúl de la suerte.

El fotógrafo le pidió a Josefina que sacara del pequeño baúl todas las tiritas de papel y que las

revolviera como si fuera una baraja de naipes.

—Bien, ahora devuelva los papelitos al baúl. Ustedes mismas han sido testigos de que yo no he tocado nada, ¿verdad?

Entonces mandó.

—A ver, Oliverio, sácale la suerte a Josefina.

—¡Véase la suerte, la suerte! —gritó el loro.

Josefina, que no lo había oído antes, ya no solo sonrió, sino que se largó a reír de buena gana. El fotógrafo sintió como un golpe de corriente directo al corazón: su risa tenía el mismo cascabeleo que el de su difunta mujer.

El loro esponjó su plumaje, estiró el pescuezo y sacó un papelito.

—Recíbalo, Josefina —dijo el fotógrafo.

Josefina lo desplegó y leyó:

ESTÁ LA BELLEZA QUE ATRAE Y LA BELLEZA TUYA,
QUE ENAMORA

* * *

El martes amaneció revolucionado el ambiente en Los Dones. En la sala de proyección del biógrafo encontraron muerto al empresario peliculero. El primer rumor que circuló fue que había muerto de un infarto. El hombre, además de asmático, estaba muy gordo. Muchos de nosotros se lo habíamos advertido.

Él decía que era un sibarita.

Cuando, a las diez de la mañana, el fotógrafo llegó a instalarse en la plaza en las afueras del biógrafo, había una muchedumbre de curiosos. La dotación completa de carabineros —que eran seis— entraba y salía del edificio. Entre el gentío divisó al acomodador de biógrafo. Se le acercó.

—¿Qué se comenta, amigo?

—Está enredado el asunto, paisita. Según cree el practicante, mi jefe habría muerto a consecuencia de un infarto. Pero por unas marcas raras en el cuello, el capitán de carabineros optó por esperar al doctor. Creo que ya se avisó al puerto y vienen en camino el doctor y el juez. Pero, ¿sabe qué, paisa? —el acomodador bajó la voz—, aquí entre nosotros, yo creo que fue el papá de alguna de las niñas que mi jefe subía a la sala de proyección.

—¿Nunca nadie lo denunció?

—Es que siempre fue muy amigo de los carabineros.

Por la tarde llegó el doctor y dictaminó muerte por asfixia. Que las marcas en su cuello, dijo, indicaban un estrangulamiento. Nosotros estábamos sorprendidos. Nunca en Los Dones había ocurrido algo así. Por las noches podíamos dormir con las puertas abiertas, la de la calle y la del callejón, y nunca pasaba nada. Esto tiene que ser cosa de algún forastero, decíamos algunos en la

cancha de rayuela. Aquí el único forastero es el fotógrafo, decían las mujeres en la pulpería, y nadie podría creer que haya sido él. Esto tiene que ser venganza de algún padre, susurraban, persignándose, las beatas en la parroquia.

El juez autorizó levantar el cadáver y carabineros empadronó las casas cercanas al biógrafo y la de los vecinos más cercanos a su camarote. Hacía quince años que el empresario pelicularo vivía en un camarote de soltero en los buques. La oficina de bienestar le quitó la casa cuando su mujer lo abandonó para irse con el doctor que, contratado por la compañía, venía a ver a los enfermos una vez por semana. Era un doctor «joven y bien parecido», como decían las mujeres. Venía del puerto.

La Tongolele, como le decían sus amigas a la esposa del pelicularo (una morena de película), se inventó una enfermedad crónica y cada vez que el doctor subía del puerto, era la primera a quien atendía. Hubo ocasiones en que el doctorcito subió a la pampa hasta tres veces por semana. Y por cuenta propia.

Su conducta nos tenía sorprendidos a todos. Y todos agradecíamos el gesto humanitario del doctor, incluso algunos llegaron a asignarle un halo de santidad. Todo esto hasta el día en que desapareció con la esposa del pelicularo. De ahí en adelante se comenzó a murmurar en el campamento que el pelicularo abusaba de menores de edad en el mismo biógrafo.

* * *

En la noche de ese martes, doña Encarnación, ahora vestida de negro, se preparaba para asistir al velorio de su socio, cuya capilla mortuoria había sido instalada en el foyer del biógrafo.

Desde que supo de la muerte del pelicularo, en la mañana, la abuela hallaba que su nieta andaba como extraña. Y no parecía que fuera de pena. Después de almuerzo comenzó a pedirle que la acompañara al velorio, pero Josefina no le respondía, y se quedaba mirando un punto en el aire. Como alunada.

Ahora, cuando su abuela, ya preparada para salir, la invitó por última vez, Josefina no pudo más y rompió en llanto. Hizo sentar a su abuela frente a ella y le contó de los abusos que había sufrido por parte del pelicularo cuando era una niña. Desde muy pequeña. Primero engatusándola con que estaban jugando a hacer escenas de películas, pero que eran juegos secretos, y no debía contárselo a nadie. Menos a su abuela, decía. Después, un poco más grande, ella comenzó a entender que lo que el hombre le hacía no estaba bien. Y se lo dijo. Y que por favor no la molestara más, o le iba a contar todo a su abuela.

El pelicularo se había puesto como loco y la amenazó que si hablaba iba a hacerle daño a su abuela. Y más encima, iba a quitarle la fábrica de hielo, porque él era más dueño de la fábrica que ella. Las dejaré a las dos en la ruina, le decía.

—Por eso nunca te dije nada. Yo tenía miedo por ti. De ahí en adelante comencé a ir al

biógrafo solo cuando pasaban una de Pedro Infante, justo por ese tiempo había visto su primera película. A veces creo que me obsesioné con su imagen de hombre porque, por muy enamorada que yo estuviese, su imagen no podía tocarme. Siento repulsión hasta cuando un hombre me toca las manos.

Mientras Josefina, entre sollozos, le contaba todo esto, doña Encarnación lloraba sin parar, culpándose y disculpándose por haber fallado en el cuidado de su niña.

Debí de haberlo previsto, decía.

De fotografías perdidas y halladas V

Aunque la pared de fondo es de calaminas, la irradiación de su belleza las convierte en mármol de Carrara. Ella luce una blusa sin manga, una falda acampanada y, anudado al cuello, un pañuelo de seda. Dos detalles le dan a la joven una sensualidad que emana de la foto como un aroma: sus pies des calzados y esa melena rubia que le llueve toda sobre un solo hombro. La sonrisa que la ilumina parece como recién creada (o que hace tiempo no se asomaba a tomar aire). La belleza de la joven es inolvidable, y atrapa la atención hasta el punto que si después le preguntan a uno qué lleva puesto la joven, a lo más recordaría su blusa sin manga.

La foto se vuelve significativa si uno sabe que la joven, hace apenas una hora, se ha quitado el atuendo de luto que llevaba, como un silicio, desde la muerte de Pedro Infante.

—Si quieres llegar a ser un buen fotógrafo, muchacho, tan bueno como eres para negociar, primero debes hacerte diestro en manipular a ciegas los adminículos con que se revela y se fija la imagen, porque tendrás que hacerlo en el reducido espacio de la caja, y sin mirar. No puedes abrir la caja por ningún motivo mientras la estés manipulando. Eso lo debes tener tan claro como que eres hijo de tu madre (del padre nunca se sabe), ya que un cachito de luz que se cuele velaría y estropearía el papel fotosensible. No sé si me estás entendiendo. Es que yo puedo operar la máquina a ojos cerrados, llevo años haciéndolo, pero nunca he tenido que explicarlo, hay toda una nomenclatura fotográfica que dominar.

—¿Y si lo hace con peras y manzanas, don? Es que debo aprender sí o sí. Acuérdense que le prometí hacerle la foto de su boda con mi vecina.

—Eres un carajo. Pero está bien, pon atención.

* * *

Un familiar del empresario peliculero, de los que habían llegado del puerto, vino en la noche a la pieza que arrendaba el fotógrafo. Lo traía Dante, el hermano de Emanuel. El niño andaba curioseando en el velorio del biógrafo cuando oyó que alguien preguntaba si en Los Dones había algún fotógrafo.

—Yo salté como cabinza y le dije que sí, que había uno, y me ofrecí a traerlo. Y aquí estoy, pues, don. Supongo que tendré alguna comisión.

Sus ojos se sonreían vivaces.

El visitante dijo que venía a contratarlo para que hiciera algunas fotos en el velatorio de su tío, y otras en el funeral. El fotógrafo, que ni siquiera le ofreció asiento, dijo que era lamentable, pero no se iba a poder. Se le había agotado el papel fotosensible y recién hoy había podido encargarle a uno de los encomenderos que le comprara en el puerto.

Pero el hombre llega mañana.

—Entonces vaya usted mañana a fotografiar el funeral. Esto es a las cinco de la tarde.

—Qué lástima. El papel me estaría llegando entre las ocho y las nueve de la noche.

El hombre se fue ofuscado.

A un guiño del fotógrafo, Dante se quedó.

—Por la chita, perdí mi comisión —dijo el niño cuando quedaron solos.

—Si me haces un favor —dijo el fotógrafo—, te doy tu comisión.

—¿Qué favor?

—Que le digas a tu amiga Josefina que quieres sacarte una foto con ella.

—Pero si usted dijo que no tenía papel.

—Para hacerle fotos al cadáver del peliculero no tengo. ¿No sabes lo mal que se portó el gordo con tu amiga cuando era niña?

—¿Se portó mal con ella?

—Muy mal. Aunque suene feo decirlo, creo que se merecía terminar como terminó. Pero óyeme bien, niño, mientras más luego consigas que Josefina quiera sacarse una foto contigo, tanto mejor será tu comisión.

—¿Y para qué quiere que me saque una foto con ella?

—No preguntes tanto y hazlo. Ya lo entenderás.

—Creo que ya lo entendí, usted quiere verla de nuevo.

—¿Y por qué querría yo verla de nuevo?

—Porque usted es Pedro Infante y ella es su novia.

Cuando Dante iba saliendo, el fotógrafo lo detuvo con un silbido:

—Señor Dante, no se le vaya a ocurrir decirle a Josefina que lo de su foto con ella fue idea mía.

Dante abre la puerta y antes de salir se gira y dice, maquiavélico:

—Ella es mi amiga.

* * *

Dante llegó a la plaza a las doce y media del día. Venía corriendo descalzo y chorreando transpiración.

—Oiga, don, lo fui a buscar a la fonda, creí que hoy no venía a la plaza.

—¿Y por qué no iba a venir?

—Porque los familiares del peliculero lo pueden ver aquí haciendo fotos.

—Eso me tiene sin cuidado. Ahora vamos a lo nuestro: ¿cómo te fue con tu vecina?

—Dijo que encantada se hacía una foto conmigo, pero no en la plaza. Que le preguntara a usted si podía ir a su casa hoy a las cinco de la tarde.

—¿A la misma hora del funeral?

—Eso dijo.

En el mismo instante en que la procesión partía rumbo al cementerio, el fotógrafo dejaba la plaza y se encaminaba a la casa de Josefina, cargando toda su parafernalia. Iba sin delantal. Después de almuerzo se puso su mejor tenuta pensando en deslumbrar a la joven. Sin embargo, el que sufrió un deslumbramiento fue él. Porque al llegar a la casa y llamar a la puerta, enmarcada en el dintel, como recién bañada, con un vestido blanco, semitransparente, y una sonrisa que parecía hacerla flotar, Josefina le fue como una aparición de cuento.

Dante estaba sentado en el living comiéndose un helado de los que se hacían en la fábrica de hielo. Bien lavada la cara, bien peinadito, y hasta se había puesto zapatos.

—Qué elegancia —dijo el fotógrafo, y le revolvió el pelo despeinándolo.

Mientras él armaba y preparaba la máquina, Josefina, que le había ofrecido una limonada, dijo, desde la cocina:

—No solo Dante, usted también anda elegantísimo.

Luego, al servirle el vaso de limonada, le dio las gracias.

—¿Gracias por qué?

—Por el gesto de no hacerle fotos al velorio del peliculero. Dante me lo contó. Aunque es penoso que todo el mundo sepa.

—Pero pagó con su vida —dijo el fotógrafo—. Como debe ser.

Y cambió de tema:

—¿Su abuela anda en el funeral?

—No, ella está en la fábrica de hielo. Debe revisar una cantidad enorme de papeles y documentos respecto a la sociedad con el peliculero. Y tiene para rato.

Dijo esto último y se sonrojó.

* * *

Se quedaron solos.

Dante, apenas tuvo la foto en sus manos, se maravilló tanto que dio las gracias y se retiró corriendo. Ni que me hubiese puesto de acuerdo con este niño, se dijo el fotógrafo. ¿Y si fue ella la que se puso de acuerdo con él?

Se sonrió de solo pensarlo.

Estaban sentados en el living, ella en el sofá, él en uno de los sillones. Cuando Dante salió, un silencio sentó plaza entre ellos. Los dos se miraban sin decir nada. Era un silencio de alta tensión. Un silencio que subrayaba lo que decían sus miradas. Ella lo rompió con una pregunta que fue un balazo a boca de jarro.

—¿Tú también eres mil amores como el Pedro Infante de las películas?

Primera vez que lo tuteaba.

El fotógrafo, entonces, le habló de la que fuera su esposa, única mujer importante en su vida. Le dijo lo mucho que la amó y le contó de su larga agonía.

Josefina no decía nada, solo lo miraba.

Él dejó para el último el tema de su sonrisa. Su sonrisa que nunca más volvió a encontrar en ninguna otra mujer.

—Nunca hasta ahora —dijo mirándola a los ojos—. Tal vez su sonrisa era de otro mundo. Tu sonrisa, en cambio, es del país de Nunca Jamás.

Josefina abrió la boca para decir algo, pero en vez de eso se paró y se fue a la cocina. Más bien huyó a la cocina.

—Te haré otra limonada.

Cuando partía un limón casi se rebanó un dedo. Al volver al living con las dos limonadas, dijo que ahora sí estaba segura de que él escribía las tiritas de papel.

—Nunca lo he negado.

—¿Además de fotógrafo eres poeta?

—Soy un buen lector.

—¿Sabes qué? Aprovechando que estás con tu loro, me gustaría ver qué me depara la suerte para lo que queda del día.

—Con todo gusto —dijo el fotógrafo.

—Pero no vayas a pensar que yo creo en estas cosas. Es solo por leer otra frase tuya.

El fotógrafo tuvo ganas de decir que en cada tirita de papel estaban los versos de una gran oda al amor, pero calló. En lugar de eso se puso de pie y fue hasta la máquina:

—Ya, Oliverio, a trabajar. Veámosle la suerte a Josefina.

—¡Véase la suerte, la suerte! —gritó el loro.

Al oír a Oliverio, Josefina no se podía aguantar y reía como una niña.

El loro sacó un papelito. Josefina lo recibió, lo desplegó, lo leyó. Primero abrió los ojos sorprendida. Luego se sonrojó. Después miró al fotógrafo, de otra manera.

Y comenzó a acercársele.

Él no sabía si para besarlo o cachetearlo. Cuando ya estaba por saberlo, llegó doña Encarnación.

El papelito decía:

SI UN FOTÓGRAFO SE ENAMORA DE TI,
JAMÁS MORIRÁS

* * *

Sin que lo haya soñado ni nada, el fotógrafo despertó esa mañana con la convicción absoluta de que ella llegaría a verlo a la plaza. Y se pasó todo el día esperando que en algún minuto apareciera, aunque fuera solo para cachetearlo por la frase escrita en el papelito el día anterior. Al atardecer, perdida ya toda esperanza, llegó Josefina.

Se hallaban conversando en la pérgola de la plaza, desde donde él podía vigilar su cámara. Aunque a esas horas ya casi no llegaba gente.

Si eso de ayer había sido una declaración de amor, le dijo Josefina, tenía que darle todo el crédito del mundo, porque fue muy singular. Sin embargo, aclaró sonriendo, sabedora ya de lo

que causaba su sonrisa, si de verdad el fotógrafo estaba enamorado de ella, tenía que decirle cómo había hecho para que el loro picoteara justo ese papel.

—Tienes que revelarme el truco —decía con ansiedad infantil.

El fotógrafo estaba emocionado. Josefina había venido a la plaza, no a enrostrarle nada, sino solo a verlo. Venía más linda de lo que estaba en la tarde del día anterior.. Y eso de seguir tuteándolo, y sobre todo de hallar singular su declaración de amor con el papelito de la suerte, lo animaba a seguir intentándolo.

—No hay truco —dijo el fotógrafo.

Josefina, sin borrar su sonrisa, dijo que si acaso el señor Glenn Marcos, el mejor fotógrafo minutero de Chile, pretendía convencerla de que lo que hacía era magia pura.

—El amor es mágico —susurró él.

Las bancas de madera de la pérgola eran estrechas y, al sentarse, habían quedado muy juntos. En un acto de arrojo el fotógrafo le tomó las manos y, a medida que hablaba, iba acercando su cara a la suya. Ella no hacía nada por esquivarlo, nada por detenerlo. Cuando sus labios ya casi se rozaban, Josefina se paró:

—Lo siento. Perdona.

Y se fue corriendo.

* * *

Como todos los viernes, día de supe, mucha gente deambulaba por las calles y se reunía en la plaza. El fotógrafo no paraba de hacer fotos, siempre atento a la esquina por donde aparecía Josefina.

Esa mañana, en el biógrafo, cerrado por duelo, amaneció un cartel anunciando para el día siguiente, sábado 31, la reanudación de las funciones. Se proyectaría la última película filmada por Pedro Infante, estrenada en México a diez días de su muerte. La cinta se llamaba *Pablo y Carolina*.

En un apéndice del cartel se avisaba que habría solo función nocturna, y que la venta de entradas comenzaría a las dos de la tarde.

¿Por qué solo en función nocturna?

Lo que nosotros supimos fue que la compañía buscaba un nuevo concesionario. Y mientras tanto se le había pedido al acomodador que operara la proyectora.

El acomodador dijo que aún no se sentía capaz.

De modo que se tuvo que contratar a un profesional del puerto, y este no llegaba hasta el día siguiente por la tarde.

A la hora en que el fotógrafo se preparaba para ir a almorzar, llegó a la plaza doña Encarnación. Venía compungida. No sabía qué hacer. Dijo que cuando su niña supo lo de la

película de Pedro Infante se había transfigurado. Que ella, con mucha serenidad, le había dicho que sería mejor que no fuera a ver la película.

—Hubiera visto usted la mirada que me dio.

El fotógrafo la oía en silencio.

—¿Sabe qué, don? Yo no quiero que mi niña vuelva a caer en la locura de adorar una imagen de película. Por favor ayúdeme a salvarla de esa obsesión. Se lo pido porque usted ha sabido cómo tratarla, y es el único hombre al que ella ha permitido acercársele. Por eso me gustaría que mañana nos acompañara a tomar el té. A ver si entre los dos la convencemos.

—Cuenta conmigo, doña Encarnación.

—Y para que su visita no resulte tan improcedente, hoy le dije que estaba pensando en hacerme una foto. Dijo que era muy buena idea. Así que lo espero mañana.

—Por supuesto, doña Encarnación. Pero debo ser franco y decirle que haré todo lo que pueda por Josefina, no solo porque usted me lo pide, sino porque estoy enamorado de ella.

—¿Y usted cree que no me he dado cuenta, caballero? Pero, ¿sabe qué? Prefiero a mi niña enamorada de un hombre de carne y hueso a que pierda la razón por la imagen de un muerto.

* * *

En la mañana de ese sábado, el fotógrafo llegó a la plaza más tarde de lo común. Se veía demacrado. Estaba trabajando sin ánimo y nosotros lo notábamos. El Pedro Infante de las fotos se enamoró como un colegial, decíamos riéndonos. Otros decían que la enamorada era ella. Algunos con complejo de sicólogos aseveraban que ambos estaban enamorados, pero que él no deseaba comprometerse porque, como todo el mundo sabía, solo andaba de paso. Y que ella, por su parte, evitaba enamorarse por todo lo que había vivido. Al final, concluíamos que nadie sabía cómo diablos iba a terminar esta segunda parte de la serie titulada *La novia de Pedro Infante*.

Después de almuerzo, el fotógrafo no volvió a la plaza. Tampoco hizo su siesta de costumbre. Se quedó escribiendo nuevas tiritas de papel y acicalándose. A las cinco en punto, vistiendo su mejor percha, cargando nada más que su máquina y en el hombro a Oliverio, se encaminó a la casa de Josefina.

Al abrir la puerta, doña Encarnación le hizo un guiño y lo hizo pasar. Sentada en el living, ojeando una revista, se hallaba Josefina, preciosa como siempre. Al verlo entrar, se puso de pie y lo saludó muy formalita. Cuando Oliverio la saludó con un silbido, ella no pudo sostener su seriedad y se rio con ganas. Pero volvió a enfrascarse en su revista.

Mientras el fotógrafo armaba y preparaba su máquina, la doña dijo que el vestido para hacerse la foto se lo había elegido su nieta.

—¿No le parece que tiene buen gusto mi niña?

—Por supuesto, doña Encarnación, todo lo bello se reconoce entre sí.

Josefina desde su sillón lo miró por sobre la revista.

La doña quería posar de pie junto a un mueble con un búcaro de cristal que era la copia de un jarrón etrusco. El fotógrafo le sugirió que posara sentada en un sillón, en la misma postura señorial en que estaba sentada su nieta.

—Esa es una pose elegante y natural —dijo.

Josefina lo volvió a mirar.

* * *

La foto salió perfecta. Doña Encarnación la miraba y la volvía a mirar, alegre como una niñita con juguete nuevo.

—¿No quieres hacerte una tú, mi niña? —le preguntó a su nieta.

Ella dijo que con la que tenía bastaba.

La doña pidió al fotógrafo que le hiciera una copia para regalársela a su niña. Mientras el fotógrafo se ocupaba en hacerla, la doña le insistía a su nieta que se hiciera otra.

—No, abuela, gracias.

—¿Y no quieres que el loro te saque la suerte?

—Bueno —dijo Josefina en tono resignado—. Podría ser interesante saber qué me tiene reservada la suerte para lo que falta del día —y miró de reojo al fotógrafo—. ¿Puedo?

—Por supuesto, Josefina. Es más, para borrar tus dudas, dale tú misma la orden a Oliverio.

Josefina se acercó al loro.

—¿Y qué le digo?

—Eso, que te saque la suerte.

Un tanto cohibida, Josefina ordenó:

—Sácame la suerte, Oliverio.

—¡La suerte, véase la suerte! —gritó el loro.

Luego picoteó en el pequeño cofre, sacó una tirita de papel y alargó su cuello esponjado hacia ella. En el instante mismo en que Josefina lo recibía, llamaron a la puerta. Su abuela abrió y se oyó a Dante preguntando por la señorita Josefina.

—Es que le traigo el boleto para el biógrafo que me mandó a comprar.

Ella, sin desdoblar el papelito de la suerte, se lo puso en el escote y salió disparada a recibir el boleto.

—Mi niña, por favor, no vayas a ver esa película —le suplicó su abuela—. Te hará mal. Te lo he dicho todo el día.

—Tengo que ir, abuela.

La doña, cansada de rogarle todo el día, se fue a llorar a su habitación.

El fotógrafo desmontó la máquina y, ya listo para irse, se acercó a Josefina. La miró a los ojos

y le dijo:

—Discúlpame, pero tengo que decírtelo de nuevo: estoy enamorado de ti. Y hasta los tuétanos. Tan enamorado que en estos días me he sentido capaz hasta de matar por ti.

Ella lo miró en silencio.

Él caminó hasta la puerta. Ya con la mano en el picaporte, se giró:

—En cuanto ir o no ir al biógrafo, tú haz lo que tengas que hacer.

Josefina lo siguió mirando.

Pero no dijo nada.

Él salió.

* * *

Esa noche vimos a Josefina salir de su casa de manera furtiva, la vimos caminar con paso decidido por las calles de tierra, atravesar la plaza en penumbras y llegar al biógrafo. La función nocturna comenzaba a las 9:30 de la noche. Ella llegó justo a la hora. La gente que la vio entrar quedó intrigada, qué locura iría a hacer ahora la Josefina. En el foyer la vimos comprar un cucurucho de palomitas de maíz. Ya dentro de la sala, fue a sentarse en la última fila de la platea. Lo contrario de lo que hacía antes.

Después de cenar, el fotógrafo se había quedado compartiendo un par de cervezas con el jefe de turno, que andaba solo. El regador de la plaza estaba enfermo. Cuando llegó a su cuarto eran las diez y cinco de la noche.

Preparaba los materiales para las fotos del día siguiente, cuando llamaron a la puerta.

Era Josefina.

—¿Por qué esa cara de turulato, señor fotógrafo? —dijo la joven casi empujándolo para entrar. Y es que él se había quedado como alelado en la puerta, con la mano en la aldaba.

—Ya que has tratado de convencerme de que en los papelitos con que me has estado cortejando no hay trucos sino pura magia amorosa, tienes que saber lo que me acaba de ocurrir.

Y le contó que, pese a los ruegos de su abuela, había ido al biógrafo. Pero a los veinte minutos, aburriéndose hasta el bostezo, se había dado cuenta de que miraba al actor y al que veía era al Pedro Infante de las fotos. Y que, en un momento, cuando de puro aburrida se puso a comer sus palomitas, se le cayó una en el escote y, al ir a sacársela, se encontró con el papelito de la suerte del que se había olvidado por completo.

—Como en la penumbra de la sala no pude leerla, salí al foyer, desplegué el papelito, leí y... aquí estoy.

Sacó la tirita de su escote y la blandió ante sus ojos. Que no preguntara qué frase era porque no pensaba mostrársela.

—Ayer me dijiste que el amor era mágico. Y, en verdad, algo de magia debe de haber en todo

esto porque fue tu frase la que me sacó del biógrafo, y me trajo hasta aquí casi levitando.

Todavía un tanto atolondrado, el fotógrafo dijo que, más que mágico, el amor era un milagro.

—Así como para lograr el milagro de salvarse el náufrago debe rezar y remar, para que el enamorado logre el milagro de ser amado tiene que amar y batallar a la vez. Usar todas las tácticas, todas las estrategias, todas las maniobras de guerra. Y eso es lo que he estado haciendo por ti, Josefina.

Ella hizo un gesto sensualísimo —algo entre sonrisa casta y mohín impúdico— y le saltó encima abrazándolo y besándolo con furia. El fotógrafo se demoró unos segundos en reaccionar y responder a esa emboscada de besos, pero cuando lo hizo, Josefina sintió que este Pedro Infante de las fotos besaba como ella soñó muchas veces que besaba el Pedro Infante de las películas. Sin embargo, aunque al actor lo imaginaba siempre bien afeitado y perfumado, lo que la enardecía del hombre con quien ahora se besaba eran las púas de su barba de cuatro días, su áspera lengua de gato y, sobre todo, el grajo a cerveza de su aliento.

Cuando ella se despegó de sus labios para respirar, él se echó hacia atrás:

—¿Ahora viene la cachetada?

Josefina lo miró con los ojos amarillos de una fiera en celo. De un zarpazo lo empujó de espaldas sobre la cama y saltó sobre él.

En el velador, un tanto enroscada, había quedado la tirita de papel. El fotógrafo no se molestó en leerla. Sabía bien lo que decía. No en vano había sacrificado las dos horas de su siesta escribiendo la misma frase en las cien tiritas que llevaba el cofre:

ven a dormir conmigo. no haremos el amor,

el amor nos hará.

De fotografías perdidas y halladas VI

Al fondo, una iglesia de calaminas. Los novios posan sentados en un banco de piedra. A primera vista la foto, un tanto desenfocada, nos hace creer que es un set de filmación y que él es Pedro Infante y ella alguna actriz mexicana. Sin embargo, se trata de la pequeña plaza de la oficina Los Dones. Uno recuerda que la novia, de una belleza inolvidable,

aparece descalza en otra foto, una de mejor calidad técnica. Esta parece hecha por un aprendiz. Aquí

lo que se saca en limpio es que la pareja acaba de casarse y está posando para la posteridad. La joven,

con su traje de novia, apoya la cabeza en el hombro de su marido y sonríe feliz.

Lo que le da cuenta a la foto es que él, serio como su traje oscuro, la abraza de tal forma que pareciera temer que ella, con lo vaporoso de su vestido,

comience a flotar, se eleve en el aire y se pierda para siempre en esos transparentes cielos del desierto de Atacama.

Edición en formato digital: julio de 2022

© 2022, Hernán Rivera Letelier

© © 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789563843545

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.megustaleer.cl